

# Diario de Lecumberri Alvaro Mutis

*Alvaro Mutis, nacido en Medellín, Colombia, el 15 de febrero de 1928. Es uno de los escritores más importantes de la literatura latinoamericana contemporánea. Su obra más conocida es el ciclo de novelas "El jinete polaco".*



Lecumberri es una prisión de la ciudad de México donde el poeta colombiano Álvaro Mutis estuvo recluido durante quince meses. Según el propio autor, *El Diario* quiere ser «el testimonio parcial de una experiencia y la ficción nacida en largas horas de encierro y soledad. La ficción hizo posible que la experiencia no destruyera toda razón de vida. El testimonio ve la luz por quienes quedaron allá, por quienes vivieron conmigo la más asoladora miseria, por quienes me revelaron aspectos, ocultos para mí hasta entonces, de esa tan mancillada condición humana de que cada día nos alejamos más torpemente».



Álvaro Mutis

# Diario de Lecumberri

ePub r1.0  
Titivillus 03.09.15

Título original: *Diario de Lecumberri*

Álvaro Mutis, 1960

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

El libro es una recopilación de los siguientes relatos: *Diario de Lecumberri* (1960), *La mansión de Araucaíma* (1973) y otros tres relatos anteriores a 1975 (*Antes de que cante el gallo*, *La muerte del estratega* y *Sharaya*)



# Diario de Lecumberri

*«A celle qui danse...»*

Estas páginas reúnen, gracias al interés y amistad de Helena Poniatowska, el testimonio parcial de una experiencia y la ficción nacida en largas horas de encierro y soledad. La ficción hizo posible que la experiencia no destruyera toda razón de vida. El testimonio ve la luz por quienes quedaron allá, por quienes vivieron conmigo la más asoladora miseria, por quienes me revelaron aspectos, ocultos para mí hasta entonces, de esa tan mancillada condición humana de la que cada día nos alejamos más torpemente.

# I

Cuando las cosas van mal en la cárcel, cuando alguien o algo llega a romper la cerrada fila de los días y los baraja y revuelca en un desorden que viene de afuera, cuando esto sucede, hay ciertos síntomas infalibles, ciertas señales preliminares que anuncian la inminencia de los días malos. En la mañana, a la primera lista, un espeso sabor de trapo nos seca la boca y nos impide dar los buenos días a los compañeros de celda. Cada cual va a colocarse como puede, en espera del sargento que viene a firmar el parte. Después llega el rancho. Los rancheros no gritan su «¡Esos que agarran pan!», que los anuncia siempre, o su «esos que quieren atole», con el que rompen el poco encanto que aún ha dejado el sueño en quienes se tambalean sin acabar de convencerse que están presos, que están en la cárcel. La comida llega en silencio y cada cual se acerca con su plato y su pocilio para recibir la ración que le corresponde y ni protesta, ni pide más, ni dice nada. Solamente se quedan mirando al vigilante, al «mono», como a un ser venido de otro mundo. Los que van a los baños de vapor perciben más de cerca y con mayor evidencia al nuevo huésped impalpable, agobiador, imposible. Se jabonan en silencio y mientras se secan con la toalla, se quedan largo rato mirando hacia el vacío, no como cuando se acuerdan «de afuera», sino como si miraran una nada gris y mezquina que se los está tragando lentamente. Y así pasa el día en medio de signos, de sórdidos hitos que anuncian una sola presencia: el miedo. El miedo de la cárcel, el miedo con polvoriento sabor a tezontle, a ladrillo centenario, a pólvora vieja, a bayoneta recién aceitada, a rata enferma, a reja que gime su óxido de años, a grasa de los cuerpos que se debaten sobre el helado cemento de las literas y exudan la desventura y el insomnio.

Así fue entonces. Yo fui de los primeros en enterarme de lo que pasaba, después de dos días, dos días durante los cuales el miedo se había paseado como una bestia ciega en la gran jaula del penal. Había muerto uno en la enfermería y no se sabía de qué. Envenenado, al parecer, pero se ignoraba cómo y con qué. Cuando llegué a mi crujía, ya mis compañeros sabían algo más, porque en la cárcel corren las historias con la histórica rapidez con que transmiten los nervios sus mensajes cuando están excitados por la fatiga. Que era un «tecatero»<sup>[1]</sup> y que se había inyectado la droga unas horas antes de morir. Que iban a examinar las vísceras y que al otro día se sabría. Al anochecer todo el penal estaba enterado y fue entonces cuando entramos en la segunda parte de la plaga, como entonces la llamé para decirle por algún nombre.

Una gran espera se hizo entre nosotros y nadie volvió a hablar ni a pensar en otra cosa. En la madrugada del día siguiente fueron a mi celda para despertarme: «Hay uno que está muy malo, mi mayor, echa espuma por la boca y dice que no puede respirar». Algo me resonó allá adentro diciéndome que ya estaba previsto, que yo ya lo sabía, que no tenía remedio. Me vestí rápidamente y fui a la celda del enfermo, cuyos quejidos se escuchaban desde lejos. Era Salvador Tinoco, «el Señas», un

muchacho callado y taciturno que trabajaba en los talleres de sastrería y a quien venía a visitar una ancianita muy limpia y sonriente a la que llamaba su madrina. Le habían puesto «el Señas» por algo relacionado con el equipo de béisbol al cual pertenecía orgulloso y al que dedicaba todas sus horas libres con inalterable entusiasmo. Nunca hubiera imaginado que «el Señas» se inyectaba. No había yo aún aprendido a distinguir entre la melancolía habitual de los presos y la profunda desesperanza de los que usan la droga y de la que ésta solo parcialmente logra rescatarlos. «El Señas» se quedó mirándome fijamente; y ya no podía pronunciar ninguna palabra inteligible. Un tierno mugido acompañaba esta mirada en la que me decía toda la ciega fe depositada en mí, la certeza de que yo lo salvaría de una muerte que ya tomaba posesión del flaco cuerpo del muchacho. Lo llevamos a la enfermería e inmediatamente el médico de turno lo pasó a la sala. Una estéril lucha en la que se agotaron todos los recursos a la mano; desembocó en el debatirse incansable de «el Señas» contra la dolorosa invasión de la parálisis que iba dejándole ciertas partes del cuerpo detenidas en un gesto vago y grotesco, ajeno ya por completo a lo que en vida fuera el tranquilo y serio Salvador, quien me dijera un día, como único comentario a la visita de su madrina: «Viene desde Pachuca, mi mayor. Allá tenemos una derrita. Ella ve de todo, mientras salgo». Y ahora, pensaba yo: «¿Quién podrá avisarle a la madrina que “el Señas” se muere?».

Poco a poco se fue quedando quieto y de pronto una sombra escarlata le pasó por el rostro, se aflojaron un tanto sus manos que se habían engarrotado en la garganta y el médico retiró las agujas por donde entraban el suero y los antídotos y nos miró con la cara lavada por el cansancio: «De todas maneras no tenía remedio. Mientras no sepamos qué es lo que les están vendiendo como droga, no hay nada que hacer».

Así que eso era. Estaban vendiendo la «tecata balín»<sup>[2]</sup>. Alguien había descubierto la manera más fácil de ganarse algunos pesos vendiendo como heroína, vaya el infierno a saber qué substancia, que en su aspecto semejaba a los blancos polvos que en el penal se conocen con el nombre de «tecata». Regresé a la cruzjía. Esto era, entonces, lo que había anunciado el miedo. ¿Cuántos vendrían ahora? ¿Quiénes? No íbamos a tardar en saberlo.

Al día siguiente, en la mañana, vimos entrar una mujerona fornida, con el pelo pintado de rubio y un aire de valquiria vencida por la miseria y el hastío de la vida de vecindad. Traía una mirada vaga, perdida, una sonrisa helada se le había pegado al rostro feamente. Era la mujer de Ramón el peluquero. No entendimos muy bien en el primer momento. Pero cuando recordé la faraónica cara de Ramón, sus ojos grandes y acuosos y algunas de sus fabulosas digresiones en las que se perdía mientras nos cortaba el pelo, una certeza agobiadora me llegó de pronto.

Ramón era el siguiente. Con una bolera para el dentista me fui a la enfermería con la esperanza de haberme equivocado. Ramón era un buen amigo y un admirable peluquero. Estaba en lo cierto. Lo encontré tendido en la cama, las manos agarradas de los bordes del lecho, gimiendo sordamente mientras sus palabras iban perdiendo



claridad entre los estertores de la intoxicación: «No me dejes morir, güera. Güerita, a ver si el doctor puede hacer algo. Pídeselo, por favor». El médico observaba fijamente al moribundo: «¿Quién te dio la droga, Ramón? Otros vendrán después de ti si tú no nos lo dices. ¿Quién te la dio?». «Da igual, doctor. Sálveme a mí; a los otros que se los lleve la tiznada. Sálveme y se lo digo todo. Si me dejan morir, me callo. ¡Sálvenme, cabrones, que para eso les pagan!», e hizo un vano intento de saltar sobre el médico que acechaba sus palabras y lo miraba impasible, con la amarga certeza de que de ese desesperado animal de agonía dependía la vida de muchos otros que tal vez en ese mismo momento estaban comprando la falsa droga.

«Dinos quién fue y te salvamos», dijo un ayudante con la imprudencia de quien no conoce las leyes inflexibles del recluso. Ramón no podía ya hablar; no tenía casi aire para formar palabra alguna. Se quedó viendo fijamente al que había hablado, con una mirada irónica acompañada de una mueca de desprecio, como diciéndole: «¡Tú qué sabes, imbécil! Ya nada puede salvarme, lo sé. ¿No ves que ni hablar puedo ya?». De repente la esposa, que conservaba hasta entonces esa congelada actitud de quien no puede recibir más golpes de la vida, comenzó a gritar enloquecida y agarrando al médico de la blusa, le dijo: «¡Yo sé quién la vende! ¡Yo sé, doctor. A usted se lo digo. A usted solamente. No me gusta chivatiar delante de estos pendejos!». El doctor la sacó al jardín lleno de flores. No se demoró mucho con ella y regresó llevándola del brazo hasta el pie de la cama. «“El Señas”, como venía diciéndole, murió ayer, señora. No puede ser». «Pues ése era, doctor; ni modo que fuera otro». La impotencia se retrataba en el rostro agotado e incoloro del médico. Entró un oficial. Llevaba un impecable uniforme de gabardina beige y traía un aire ajeno a todo lo que allí pasaba, que nos despertó un sordo rencor en contra suya. Gratuito tal vez, pero muy hondo. «¿Qué hubo?», preguntó mirando el violáceo rostro de Ramón, «¿le sacaron algo?». «Ya no puede decir nada, ni dijo nada tampoco», contestó el médico alzándose de hombros y revisando las llaves del oxígeno como si quisiera evitar al intruso. Ramón el peluquero empezó a temblar, temblaba como si le estuvieran pegando en sueños. Su mujer le miraba fijamente, con rabia, con odio, como se mira lo que ya no sirve, lo que no sirvió nunca. Cuando dejó de temblar, estaba muerto. La mujer no dijo nada. Se puso en pie y salió sin hablar con nadie.

Después vino «el Ford». Se desmayó mientras pintaba uno de los muros de las cocinas. Lo llevaron a la enfermería y los médicos se dieron cuenta que estaba intoxicado. Se había fracturado la columna vertebral, no hablaba y sus grandes ojos inyectados en sangre nos miraban con asombro. Todos morían igual. La falsa droga les afectaba los centros motores de la respiración. Poco a poco se iban asfixiando en medio de terribles dolores. El aire les faltaba cada momento más y se metían la mano en la garganta y trataban de arrancar allí algo que les impedía la entrada del aire. Los amarraban a la cama y lentamente iban entrando a la muerte, siempre asombrados, siempre incrédulos de que alguien que ellos nunca delataron, les hubiera engañado con la «tecata balín», en la que no acababan de creer hasta cuando sentían los

primeros síntomas de su acción en su propio cuerpo.

Al «Ford» le siguió «el Jarocho»; al «Jarocho», «el Tiñas»; al «Tiñas», «el Tintán»; al «Tintán», Pedro el de la tienda; a Pedro el de la tienda, «el Chivatón» de Luis Almanza, y así, poco a poco, fuimos entrando en la sorda mina de la plaga, penetrando en el túnel de los muertos, que se iban acumulando hasta lograr hacernos vivir como natural e irremediable este nuevo capítulo de nuestra vida de presos. Ninguno quiso decir cómo había conseguido la droga, quién se la había facilitado. Ninguno se resignó a aceptar que había sido el elegido para el macabro negocio. Cuando se desengañaba y la asfixia comenzaba a robarle el aire y el terror se le paseaba por el atónito rostro, entonces un deseo de venganza lo hacía callar. «¡Que nos muramos todos! —dijo uno—. Al fin pa' qué servimos, mi coronel. Si yo le digo quién me la vendió, de nada va a servirle. Otro la venderá mañana. Ya ni le busque, mi jefe». Otros trataban de negociar con las autoridades y los médicos que cercaban la cama en busca de una pista que les indicara el origen de la plaga: «Yo sí le digo, doctor —decían—, pero si me mandan al Juárez y me hacen la transfusión. Yo sé que con eso me salvan. “El Tiliches” me lo dijo, yo lo sé. Allá les cuento quién me vendió la “tecata balín” y en dónde la guardan». Lo de la transfusión y el Juárez era parte de la leyenda que se iba formando alrededor de las muertes incontrollables e irremediables. No había salvación posible y los médicos nada podían hacer contra la substancia que, mezclada con el torrente sanguíneo, arrastraba implacablemente hacia la tumba al desdichado que había buscado en ella un bien diferente camino para evadir la imposible realidad de su vida.

Fue por el décimo muerto cuando Pancho lanzó en el cine su grito inolvidable. Tenía la costumbre de llegar cuando estaban ya las luces apagadas. Iba a sentarse al pie del telón y gritaba a voz en cuello: «¡Ya llegué!». Le contestaba una andanada de improperios y él, inmutable, se dedicaba a comentar, a manera de coro griego, los incidentes de la película, relacionándolos con la vida diaria del penal. Cuando la tensión del drama en la pantalla nos tenía a todos absortos y tensos, en espera del desenlace, él gritaba maliciosamente: «¡Cómo los tengo!», y rompía el hechizo, recibiendo el consabido comentario de los espectadores.

Cuando la «tecata balín» comenzó a circular y a matar, cuando cada rostro era escrutado largamente por los demás para buscar en él las huellas de la muerte, Pancho no volvió a lanzar su grito. Entraba, como antes, ya apagada la luz, se sentaba al pie del telón, como siempre, y se quedaba callado hasta el final de la función. Fue el miércoles que siguió a la fiesta nacional, cuando murieron tres compañeros en un mismo día y llegó a su clímax el terror que nos visitaba. El cine estaba lleno hasta el último asiento. Todos queríamos olvidar el poderío sin fin de la muerte, ese viaje interminable por sus dominios. Pancho entró en la obscuridad y, de pronto, se detuvo en medio del pasillo central, se volvió hacia nosotros y gritó: «¡Que vivan los chacales<sup>[3]</sup> y que chinguen a su madre los muertos!». Un silencio helado le siguió hasta cuando le vimos sentarse en su puesto habitual y meter la cabeza entre los

brazos para sollozar sordamente. Dos de los muertos eran sus mejores amigos. Había llegado con ellos y con ellos solía vender refrescos los días de juego en el campo deportivo.

A partir de ese día comenzó a saberse que había ya alguna pista firme. Algo en el ambiente nos dijo que estaba cercano el final del reinado de la «tecata balín».

Al poco tiempo vi entrar una tarde, ya casi anocheado, a dos presos que traían a mi crujía unos vigilantes que los cercaban cuidadosamente y los empujaban con sus macanas. Pálidos, tartajosos, desconcertados, entraron cada uno a una celda de la planta baja. No tardaron en llegar los oficiales y dos médicos. En los baños se improvisó una oficina y allí fue interrogado cada uno por separado, durante casi toda la noche. Sin violencia, paciente y terco, el coronel fue sacándoles la verdad, haciéndoles caer en contradicciones que servían para ir aclarando toda la historia. El «Salto-Salto» y su compañero, «la Güera», habían sido los de la idea. Raspaban con una hoja de afeitar cuanta pintura blanca hallaban a la mano; el fino polvo así conseguido lo envolvían en las diminutas papeletas en las que circula la droga y lo mezclaban con las que tenían la verdadera heroína. En esta forma la ruleta de la muerte había jugado por cinco negras semanas su fúnebre juego, derribando ciegamente, dejando hacer al azar, que tan poco cuenta para los presos, tan extraño a ese mundo concreto e inmodificable de la cárcel. Hasta entonces, el azar había sido otro de los tantos elementos de que está hecha la libertad, la imposible, la huidiza libertad que nunca llega.

No sé muy bien por qué he narrado todo esto. Por qué lo escribo. Dudo que tenga algún valor más tarde, cuando salga. Allá afuera, el mundo no entenderá nunca estas cosas. Tal vez alguien debe dejar algún testimonio de esta asoladora visita de la muerte a un lugar ya de suyo muy semejante a su viejo imperio sin tiempo ni medida. No estoy muy seguro. Tal vez sea útil narrarlo, pero no sabría decir en qué sentido, ni para quién.

Hoy han venido Elena y Alberto y les he contado todo esto. Por el modo cómo me miran me doy cuenta de que es imposible que sepan nunca hasta dónde y en qué forma nos tuvo acogotados el miedo, cómo nos cercó durante todos estos días la miseria de nuestras vidas sin objeto. No podrán saber jamás a merced de qué potencia devastadora se jugó nuestro destino. Y si ellos, que están tan hermosamente preparados para entenderlo, no pueden lograrlo, entonces ¿qué sentido tiene que lo sepan los demás?

He pensado largamente, sin embargo, y me resuelvo a contarlo mientras un verso del poema de Mallarmé se me llena de pronto de sentido, de un obvio y macabro sentido. Dice:

«Un golpe de dados jamás abolirá el azar».

## II

De todos los tipos humanos nacidos de la literatura —de la verdadera y perdurable, es obvio— no es fácil encontrar en el mundo ejemplos que se les asemejen. De eso que llamamos un «carácter esquiliano», «un héroe de Shakespeare», o «un tipo de Dickens», solamente un raro azar puede ofrecernos en la vida una versión medianamente convincente. Pero lo que ciertamente consideraba yo hasta ahora como algo de imposible ocurrencia, era el encuentro con ese tan traído «personaje de Balzac», que siempre estamos esperando hallar a la vuelta de la esquina o detrás de la puerta y que jamás aparece ante nosotros. Porque la densa y cerrada materia con la que creó Balzac sus criaturas de «La Comedia Humana», fue puesta sobre modelos en capas sucesivas y firmemente soldadas entre sí. Son personajes creados por acumulación y que se presentan al lector con dominador propósito ejemplarizante, que excluye ese halo de matices que en los demás novelistas permite la fusión, así sea parcial y en escasas ocasiones, de sus criaturas, en los patrones ofrecidos por nuestros semejantes en la diaria rutina de sus vidas.

Cuál no sería mi asombro, cuánta mi felicidad de coleccionista, cuando tuve ante mí y por varios meses para observarlo a mi placer, a un evidente, a un indiscutible «personaje de Balzac». Un avaro.

Llegó a la cruzía a eso de las siete de la noche, y fue recorriendo nuestras celdas con prosopopeya bonachona, dirigiéndose a cada uno dando la impresión de que con ello le concedía una exclusiva y especial gracia y esto merced a ciertas secretas y valiosas virtudes del oyente que solo a él le era dado percibir.

De alta y desgarbada figura, rubio, con un rostro amplio y huesudo que surcaban numerosas arrugas de una limpieza y nitidez desagradables, como si usara una piel ajena que le quedara un poco holgada: al hablar subrayaba sus siempre vagas e incompletas frases con gestos episcopales y enfáticos y elevaba los ojos al cielo como poniéndolo por testigo de ciertas nunca precisadas infamias de que era víctima. Tenía costumbre de balancearse en sus grandes pies, como suelen hacerlo los prefectos de los colegios regentados por religiosos, imprimiendo una vacilante y temible autoridad a toda observación que salía de su pastosa garganta de bedel. Su figura tenía algo de vaquero del oeste que repartiera sus ocios entre la predicación y la homeopatía.

Se llamaba Abel, nombre que le venía admirablemente y que me aclaró el porqué de esa universal simpatía que despierta Caín, acompañada siempre de una vaga impresión de que el castigo que se le impusiera fue harto desmesurado, y hasta con ciertos ribetes de sádico.

Poco a poco, gracias a los periódicos y a las informaciones que nos trajera la indiscreta diligencia de los encargados del archivo de expedientes, fuimos conociendo en detalle la historia del balzaciano sujeto.

Amparado en un falso grado de coronel, conseguido Dios sabe a qué precio, de cuántas melosas palabras y ampulosos y retóricos ademanes, se lanzó a labrar una

fortuna que, en los estrados, se calculaba en cincuenta millones de pesos, mediante el secular y siempre infalible sistema del agiotismo y la usura. Prestaba dinero a un interés elevadísimo y exigía como garantía —siempre mediante escritura de confianza a su nombre, anulable al pago de una deuda y sus intereses— terrenos y edificios situados, por rara coincidencia, en zonas a punto de recibir el beneficio de valiosos adelantos urbanísticos. Por ese implacable cálculo, que en tales gentes se convierte en un sentido más como la vista o el olfato, los dueños se veían precisados a desprenderse de sus propiedades cuando el hasta entonces generoso amigo, se encontraba obligado a «recoger algunos pesos para hacer frente a una pasajera crisis de sus negocios». Era entonces cuando la asfixiante tenaza de pagarés y juicios de lanzamiento se cerraba sobre el cándido deudor y lo dejaba en la calle, desde donde, sin salir aún de su asombro, veía la erguida silueta del «Coronel» recorriendo la nueva propiedad y deteniéndose a admirarla, mientras imprimía a su cuerpo ese balanceo aterrador y justiciero.

A medida que nos fuimos enterando de estos detalles y que él se daba cuenta de nuestra creciente información sobre su pasado, más enfático se tornaba nuestro hombre en lo relativo a su inocencia y a «las infamias inventadas por mis enemigos, a quienes en su tiempo ayudé con toda buena voluntad». En su uniforme solía llevar una insignia del Club Rotario, que siempre supusimos ladinamente hurtada y agregada a su atuendo, para subrayar más aún su pregonado «espíritu humanitario de servicio».

Su actitud hacia nosotros y en general hacia todos los presos, fue la de quien, encerrado por una torpe conspiración, tiene que descender amablemente a compartir la vida penitenciaria, dejando ver que es por entero ajeno a ella, mientras se aclara el malentendido. La distancia la marcaba con un gesto de su gran mano simiesca, semejante al de los altos prelados que inician la bendición de una menesterosa turba de fieles, con algo que tiene mucho de apostólico y no poco de amable rechazo, mientras se coloca en el rostro una sonrisa seráfica de condescendencia, destinada a indicar que la pasajera mansedumbre obedece más a necesidades convencionales y exteriores que a un sentimiento personal.

Ocupaba una de las celdas del primer piso que mantenía siempre cerrada con candado y adonde nadie fue invitado jamás a entrar. Y mientras los demás habitantes de nuestra crujía —conocida en Lecumberri como la de «los influyentes» o «cacarizos»— preparábamos nuestra comida o la recibíamos de fuera, don Abel se acercaba dignamente, con la escudilla en una mano y el pocilio reglamentario en la otra, para recibir el rancho del penal que llegaba hasta nuestra reja a las horas de comida, sólo hasta entonces para cumplir una rutina. Una vez servido, tornaba el rubio «Coronel» a encerrarse en su celda y allí engullía la ración penitenciaria sin que nadie fuese testigo de tan valerosa hazaña.

Cierta mañana, al salir de su celda para contestar a la lista, corrieron tras él tres grandes ratas de color pardo cuyo lanoso vientre casi tocaba el suelo. Se quedaron

mirándonos entre asombradas y furiosas y volvieron a entrar al cuarto. Por la cara de don Abel se fue componiendo una sonrisa beatífica que quería ser la misma que iluminara el rostro del «Poverello» cuando le hablaba a sus hermanas las aves, pero que, tratándose de nuestro personaje y de tan irritables roedores, solo logró ser una turbadora mueca llena de complicidad con las potencias inferiores que vino a morir en un sal tito jugueteón, feamente pueril e innecesario.

Una tarde, al regresar de una diligencia del juzgado que seguía su causa, su amplia y huesuda carota de Judas trajo un color amarillo y enfermizo y sus gestos, de ordinario tan amplios y elocuentes, tenían un no sé qué desacompasado y rígido que despertó en nosotros una sorda animosidad, una oscura rabia en su contra.

Al día siguiente nos enteramos de que don Abel estaba enfermo y no podía pasar lista. Cuando llegó el sargento para contarnos, golpeó en su puerta y una hueca y rotunda tos le respondió, resonando en el interior de la celda como una mentirosa e histérica disculpa. Ese mismo día, los periódicos trajeron la noticia de que el juez había fijado una fianza de tres mil pesos para que pudiera salir libre. A cualquiera de nosotros una tan benévola resolución judicial hubiera bastado para llenarnos de alegría. Al «Coronel» lo había sumido en la más angustiada disyuntiva. La Navidad y el Año Nuevo se acercaban por entonces y sus nietos —que repetían muchos de los rasgos del abuelo con esta torpe y engañosa frescura de la juventud— venían jueves y domingos a visitarle y lo acosaban a preguntas sobre cuándo saldría, si estaría en casa para la repartición de los regalos al pie del árbol y si alcanzaría a las últimas «posadas». La boca del viejo se retorció como un reptil que trata de escapar de las crueles manos de los colegiales que lo atormentan.

Comenzamos a hacer apuestas sobre si don Abel pasaba la Navidad con nosotros o se resolvería a desprenderse de los tres mil pesos de su fianza. Cuando llegó la víspera de las fiestas navideñas, las apuestas subieron hasta cien pesos y don Abel seguía contestando con una tos cada día más cavernosa y menos convincente, a la llamada del sargento. Perdieron quienes apostaron que don Abel pasaría la Navidad con su familia. Y así fue en el Año Nuevo y también en Reyes.

Por fin, un oficial encontró la fórmula para sacar a don Abel de la cárcel. Una mañana, a la hora de la lista, vimos llegar a dos camilleros de la enfermería con un ayudante del servicio médico. Golpearon en la puerta del empecinado enfermo y cuando éste contestó con su tos de payaso, el sargento replicó con un seco «¡Salga!» que debió dejarlo helado en la obscuridad de su celda. Poco después apareció en el umbral y todos debimos mostrar la misma expresión de asombro, ante la horrible transformación que había sufrido su figura. La piel se le pegaba a la cara como un gris papel de feria desteñido por la lluvia, los ojos hinchados por la humedad solo dejaban ver una materia rojiza y viscosa que se movía continuamente y de sus gestos luteranos y entusiastas quedaba apenas un temblor de animal acosado. Había olvidado ponerse la dentadura y la boca se le hundía en la mitad del rostro como el resumidero de un patio de vecindad.

Allí se quedó parado ante la camilla, sin saber qué decir. «¡Acuéstese ahí, y llévenselo!», ordenó el sargento con esa brusquedad castrense que no deja rendija alguna por donde pueda colarse un argumento o una disculpa. El «Coronel» se tendió lentamente en la camilla que los enfermeros pusieron en el suelo, y al intentar sonreír hacia nosotros, como tratando de restarle importancia a la escena, dejó escapar un blanco hilo de saliva de sus incontrolables labios.

Ese mismo día llamó a su abogado y le ordenó pagar la fianza. Nos cuenta el enfermero encargado de la sala adonde lo llevaron, que cuando firmó su boleta de libertad, era tal su rabia que rompió dos veces la pluma que le alcanzara el escribiente. Dicen que salió energúmeno, acusando al juez de abusivo y ladrón y a las autoridades de la cárcel de inhumanas y crueles para con un antiguo servidor de los ejércitos revolucionarios.

Cuando entramos a su celda, movidos por la curiosidad que tanto encierro nos causara, pensé al momento en la del abate Faria de las viejas versiones del cine mudo de «El Conde de Montecristo». En una gran cantidad de bolsitas de papel, de esas que se usan en las tiendas para vender azúcar y arroz por kilos, había guardado pedazos de pan que tenían ya una rigidez faraónica, trozos de carne que apestaban horrendamente y otros alimentos cuya identidad había cambiado ya varias veces por la acción del moho y el paso del tiempo. Las ratas corrían por entre las bolsas de papel, con el desasosiego de los perros que pierden a su dueño en una aglomeración callejera.

Los fajineros lavaron la celda y por mucho que lo intentaron, no les fue posible hacer desaparecer el apestoso aroma que se había pegado a las paredes y fundido con la humedad que por ellas escurría. Hubo que resignarse a dejar sin ocupar el cuarto y guardar allí las escobas, trapos y baldes con los que se hace el aseo de la crujía.

### III

Esta mañana vinieron a contarme que «Palitos» había muerto. Lo apuñalearon en su crujía a la madrugada. Como sabían que venía a verme y a conversar conmigo, y a sus compañeros les contaba que yo era su «generalazo» y que era «muy jalador» —en esto aludía a la facilidad con que lograba convencerme de sus complicados negocios de leche, café y cigarrillos—, algunos de ellos vinieron a traerme la noticia.

Fui a verlo por la tarde al estrecho cuartucho que en la enfermería usan como anfiteatro. Sobre una losa de granito estaba «Palitos». Su cuerpo desnudo se estiraba sobre la lisa superficie en un gesto de vaga incomodidad, de insostenible rigidez, como hurtando el frío contacto de la piedra. Debajo, a sus pies, estaba el atado con sus ropas de preso, el uniforme azul, celeste ya por el uso, su cuartelera, sus botas de fajinero, y sobre la ajada página de una revista deportiva, sus objetos personales: una jeringa hipodérmica remendada con cáñamo y cera, una pequeña navaja, un retrato de Aceves Mejía con una dedicatoria impresa, un lápiz despuntado y una arrugada cajetilla de cigarrillos, casi vacía.

Me quedé mirándolo largo rato mientras un rojizo rayo de sol, tamizado por entre el polvo de Texcoco que flota en la tarde, se paseaba por la tensa piel de su delgado cuerpo al que las drogas, el hambre y el miedo habían dado una especial transparencia, una cierta limpieza, un trazo neto y sencillo que me hizo recordar el cuerpo de esos santos que se conservan debajo de los altares de algunas iglesias, en cajas de cristal con polvosas molduras doradas.

Allí estaba «Palitos», más joven aún de lo que pareciera en vida, casi un niño. Libre ya de la desordenada angustia de sus días y del uniforme que le quedaba grande y le hacía ver más desdichado, mostraba en la desnudez de su cadáver cierto secreto testimonio de su ser que en vida no le fuera dado transmitir y cuya expresión buscara acaso por los caminos de la heroína en los cuales se perdiera irremediamente. La boca le había quedado semiabierta, en un gesto parecido al de los asmáticos que buscan afanosamente el aire; pero al mirarle de cerca se advertía un repliegue del labio superior que descubría una parte de sus dientes. Una mezcla de sonrisa y sollozo semejante al espasmo del placer. En el costado izquierdo mostraba una herida de gruesos labios por la que todavía manaba un hilillo de sangre negra con la consistencia del asfalto.

A los pocos días de mi llegada había aparecido de repente en mi celda con la mirada desencajada y un leve temblor en todo el cuerpo, como el que precede a la fiebre.

Me explicó que estaba dispuesto a lavar mi ropa, a limpiarme el calzado, a ir a la tienda por café, y así siguió ofreciéndome una lista de servicios con la presurosa angustia de quien transmite un santo y seña o comunica un mensaje urgente. No se esperó a que yo le pidiera nada y, al verme dudar, desapareció como había entrado, dejando el eco de sus atropelladas palabras.



«A ése téngale cuidado, compañero. Se llama “Palitos” y siempre está tramando alguna chingadera», me dijo alguno. No me ocupé en pedir más detalles y ya lo había olvidado por completo cuando volvió a aparecer de repente en medio de mi siesta:

«Mi jefecito, le hacen falta unas cortinas para la ventana. Tengo un cuate que me vende unas retebaratas... a ver si las compra ¿no?».

«¿En cuánto?», le pregunté.

«Siete pesos, mi estimado. ¿Se las traigo?».

Le di un billete de diez pesos y salió corriendo. No volvió en varios días. Le comenté el asunto a un compañero ducho en la vida diaria del penal. «Pero a quién se le ocurre ir a darle diez pesos y tragarse esa historia de las cortinas. ¿No sabe que “Palitos” necesita reunir cada día cerca de 16 pesos para comprar su droga y para ello se vale de cuanta argucia pueda imaginar su mente de hábil ratero?». Recordé entonces la mirada acuosa y vaga de sus grandes ojos asombrados por la urgencia de la droga, el temblor que le recorría el cuerpo, la atropellada rapidez con que hablaba, como quien libra una carrera contra el tiempo, que se va cerrando implacable sobre el débil ser que pide a gritos esa segunda vida, sin la cual no puede existir.

Algunas semanas más tarde volvió «Palitos» a visitarme. Había encontrado una mina inexplotada de ingenuidad y ni siquiera se molestó en explicarme lo sucedido con los diez pesos. Debía tener ya una dosis de heroína que le permitía actuar con relativa tranquilidad y le daba al mismo tiempo cierta disposición comunicativa de quien quiere conversar mientras le llega el sueño. Fue entonces cuando me contó su vida y nos hicimos amigos.

No recordaba a su madre ni tenía la más remota idea de cómo había sido ni quién era. Su primer recuerdo eran las noches que pasaba debajo de una mesa de billar en un café de chinos. Allí dormía envuelto en periódicos recogidos en las calles y a la salida de los cines. Según él, tenía entonces seis años. A los ocho cuidaba un puesto de periódicos y revistas en Reforma, mientras el dueño iba a almorzar y a comer. Fue entonces cuando fumó por primera vez marihuana: «Me quitaba el hambre y me hacía sentir muy contento y muy valedor». A los once fumaba ya seis cigarrillos diarios. Por ese tiempo entró a formar parte de una banda de carteristas que operaba en Madero y 5 de Mayo. Para «trabajar» necesitaba estar «grifo» y, a buena cuenta de los cigarrillos que se fumaba, servía a sus jefes con una habilidad y una rapidez que bien pronto le dieron fama. Un día cayó en una redada. Lo llevaron a la delegación de policía y allí lo examinó el médico. «Intoxicación aguda por narcóticos» fue el dictamen, y lo llevaron a un reformatorio de menores. De allí se escapó a los pocos meses y, escondido en un vagón de carga del ferrocarril, fue a dar a Tijuana.

Tijuana es la frontera. El paraíso de los narcotraficantes y los tahúres, el vasto burdel que opera día y noche al ruido ensordecedor de las sinfonolas y bajo las luces de mil avisos de neón. Tijuana es el absceso de fijación que hace posible el trabajo ordenado del resto de la rica región californiana y que permite que millones de americanos vayan a desahogar allí la tensión luterana de su conciencia y a probar los

nefandos pecados cuyas maravillas les hacen adivinar los furiosos sermones de sus pastores. «Palitos», por un ordenado azar de la vida, había caído en el justo medio donde podía consumirse con mayor y más eficaz rapidez.

Allí conoció a una mujer —«mi jefa»— que lo usaba como cebo para los turistas interesados en «something special» al tiempo que como amante ocasional, cuando los dos caían semanas enteras en la ardua excitación de la heroína, de la que se sale como de una profunda zambullida. Ella fue la que le hizo probar el opio. Y aquí era de ver la mirada espantada de «Palitos» al recordar las pesadillas que le produjeran las primeras pipas. Tal como él lo narraba, parece que el poder de excitación del opio superaba su breve bagaje de imaginaciones y recuerdos sensoriales y, en lugar de proporcionarle placer alguno, le llenaba el sueño de pavorosos monstruos que lo agobiaban en el terror primario de lo desconocido, y le arrastraban los sentidos hacia comarcas tan lejanas de toda posibilidad de comparación con su mezquina experiencia, que, en lugar de ensancharle el territorio del ensueño se lo distorsionaban atrozmente. No resistió mucho tiempo y tuvo que dejar el opio y con él a su «jefa», de la cual se llevó algunas cosas que fueron a parar a la tienda de empeño.

Al regresar a México volvió a entablar amistad con los carteristas, pero ya traía el prestigio de su viaje y el que le diera entre sus antiguos conocidos el haber vivido en Tijuana. Ya no trabajaba a cambio de droga. Cobraba en efectivo y compraba todas las dosis que le hacían falta. Sin ella no podía trabajar. Con ella adquiría una coordinación de movimientos y una velocidad de imaginación que lo hacían prácticamente invulnerable.

Hasta cuando un día planeó el golpe increíble, la jugada maestra. Compró unos pantalones de paño azul oscuro, una impecable camisa blanca y unos muy respetables zapatos negros. Se fue a unos baños turcos y de allí salió convertido en un pulcro muchacho de provincia, en uno de esos hijos consagrados que trabajan desde muy jóvenes para ayudar a sus padres y pagar el colegio de sus hermanas. La ascética expresión de su rostro le servía a la maravilla para completar el papel. Consiguió un maletín de esos que usan los agentes viajeros para guardar y exhibir las muestras de su mercancía, y con él en la mano entró a la más lujosa joyería de Madero. Esperó unos momentos a que el público se familiarizara con su presencia y, de pronto, con serenidad absoluta y seguros ademanes, comenzó a desocupar una vitrina del mostrador. Brazaletes de diamantes, relojes de montura de platino, anillos de esmeraldas, aderezos de zafiros, todo iba a parar al maletín de «Palitos». Nadie sospechó algo anormal, todos creyeron que se trataba de renovar el muestrario de la vitrina y los empleados pensaron que sería un nuevo muchacho puesto a prueba por la gerencia. Cuando llenó su maletín, «Palitos» lo cerró cuidadosamente y se dirigió hacia la puerta con paso firme y tranquilo. En ese momento entraba el gerente de la firma, y por rara intuición que tienen los dueños de tales negocios cuando algo marcha mal, se lanzó sobre «Palitos», le arrebató la maleta y lo puso en manos del

detective de la joyería. Al hacer inventario del botín se calculó que valía cerca de tres millones de pesos... «Yo ya tenía la transa para venderlo todo por cinco mil pesos... Droga para dos meses, mi jefecito. ¡Me amolaron regacho!».

Cuando llegó a Lecumberri y pasó por el examen médico, fue asignado a la crujía «F», la de los adictos a las drogas. Y allí esperaba el resultado de su proceso desde hacía tres años, durante los cuales se asimiló tan perfectamente a la vida de la crujía que, aunque le hubieran dejado libre, se habría ingeniado de manera de «echarse otro juzgado» para seguir allí.

Su delirante rutina comenzaba a las seis de la mañana. Vendía el pan del desayuno y la mitad del atole y con esto comenzaba a reunir la suma necesaria para proveerse de droga. Todas las malicias de la picaresca, todos los vericuetos de la astucia, todas las mañas en un esfuerzo gigantesco para lograr esa suma. Sin embargo, nunca le faltó «su mota y su tecata», que son los nombres que en Lecumberri se les da a la marihuana y a la heroína.

Últimamente había logrado la productiva amistad de un afeminado «cacarizo» — como se llama a los presos que gozan de especiales prerrogativas a cambio de trabajos en las oficinas del penal— que le pagaba suntuosamente sus favores. En una riña causada por los celos de su protector, le habían dado esta mañana una certera puñalada en el corazón, en plena fila y mientras pasaban lista en la crujía. Se fue escurriendo ante los guardias que miraban asombrados el surtidor de sangre que le salía del pecho con intensidad que decrecía desmayadamente a medida que la vida se le escapaba en sombras que cruzaban su rostro de mártir cristiano.

Ahora, allí tendido, me recordó un legionario del Greco. La dignidad de su pálido cadáver color marfil antiguo y la mueca sensual de su boca, resumían con severa hermosura la milenaria «condición humana».

Al tobillo le habían amarrado una etiqueta, como esas que ponen a los bolsos y carteras de mano de los viajeros de avión, en la cual estaba escrito a máquina: «Antonio Carvajal, o Pedro Moreno, o Manuel Cárdenas, alias: “Palitos”. Edad 22 años». Y debajo, en letras rojas subrayadas: «Libre por defunción».

## IV

Hacia las seis cayeron ayer las primeras gotas. Estábamos en el campo deportivo y en el polvo seco se fueron haciendo manchas. Yo seguí dando la vuelta al campo. Era el único ejercicio que me devolvía en parte alguna tranquilidad. La mezclilla áspera del uniforme se fue empapando y una sensación de frescura se me pegó a la piel. La lluvia caía ya torrencialmente. Lavaba el piso del campo y saltaba entre el lodo fresco y humeante. Lavaba las paredes de tezontle, corría a torrentes sobre la placa que recuerda el asesinato de Madero, lavaba los brillantes abrigos de caucho de los guardias, la roja torre metálica del polígono, los patios, las cocinas. Insistente, reunida en alegres torrenceras, empezó a llevarse toda la miseria de nuestros días, toda la crueldad, el hambre, el delirio, la sorda y mezquina furia de los guardias. Todo se lo fue llevando la lluvia hasta que fuimos quedando sin otra cosa que nos separara del aire viajero que corre por entre las complicadas construcciones de Lecumberri, que el agua transparente que caía de lo más alto del cielo, del rincón en donde nos esperaba la libertad como una loba rabiosa que busca sus hijos.

«A clavarse, cabrones... ¡clávense... clávense...!» —los gritos de los guardias, al obscurecer la tarde, nos despertaron del malsano delirio en que nos sumiera el agua que seguía cayendo terca, generosa, desordenada. Nadie puede circular por las crujías cuando cae la lluvia en la noche. Ni los mayores, ni los ayudantes, ni los más «cacarizos»<sup>[4]</sup> pueden andar por fuera.

«Apándense, chingaos. ¿Que no oyeron?». —El jefe del rondín desde las rejas exteriores recorre con su linterna hasta los últimos rincones de las crujías.

La lluvia da malas ideas. La lluvia no pertenece al cerrado dominio de los días del penal. Hay que encerrar a los presos, antes de que se les suba a la cabeza como un licor salvaje y comiencen a hacer tonterías. Los centinelas, a cada apagón de la luz que precede a un relámpago, gritaban su número: «¡Seis, alerta! ¡Siete, alerta! ¡Ocho, alerta!», y siguen los 21 números que cercan nuestra vida y vigilan cada paso, cada mirada. Como los rayos se suceden en largas y entusiastas series, los centinelas vuelven a comenzar coreados por el trueno que retumba en las paredes metálicas de las celdas, en los techos de cinc carcomido, en las duras literas de cemento o de hierro. Todos estamos encerrados. Solo los guardias, dueños y amos de nuestro mundo, recorren el redondel, entran a las crujías y, por rutina, golpean con las culatas de sus rifles en las puertas.

«¡Pancho!». «¡Laguna!», contestan en la celda contigua a la mía, «Como fumes mota te parto la madre». «No, mi sargento, hoy no tengo, mi sargento». «¡Ya te conozco, hijo de la chingada! Te fumas hasta la semilla». «No tenga cuidado, mi sargento». Pancho me dijo, cuando regresábamos del campo: «Ahora es cuándo, ñeris. Voy a cotorrear el puntacho con mis cuates. Nos van a apandar toda la noche y el rondín tiene mucho trabajo».

Ya sabía yo lo que llaman cotorrear al puntacho. Una ronda interminable de marihuana que se prolonga toda la noche por entre los delirios y los saltos mortales de una imaginación que busca su salida desde hace siglos, liberándose de calles, iglesias, escuelas, leyes, máquinas, trajes, armas, dinero... Un volver a cierto denso cauce antiguo en donde las palabras sirven para nombrar cosas, hechos, sentimientos enterrados profundamente y que los presos mismos no conocen ni logran identificar, en la vigilia, con nada que les sea familiar.

Cuando se fueron los guardias, siguió lloviendo sin parar, toda la noche. Los relámpagos se alejaron hacia Texcoco y los centinelas volvieron a su alerta acostumbrada cada cuarto de hora. El agua corría por las canales, escurría por los techos, rodaba y saltaba en los patios. Tendido de espaldas en mi litera, sin poder dormir, tuve la impresión de que el penal había comenzado a navegar sobre las aguas innumerables y nutridas que caían del cielo y que viajábamos todos hacia la libertad, dejándonos atrás jueces, ministerios, amparos, escribientes, guardianes y todas las demás bestias que se pegan a nuestras carnes sin soltar la presa y dan ciegas cabezadas de furia para destrozarnos. Un aire fresco pasó toda la noche por entre los barrotes de mi ventana.

A ratos, oía a Pancho, mi vecino, o a uno de sus compañeros, que transitaban los escondidos caminos de su ser guiados por la mano segura de la hierba.

Fue esa noche cuando mataron al viejito Rigoberto, encargado de la «talacha» en nuestra crujía y que nos hacía los mandados a la tienda. La primera vez que lo vi, recogía en nuestro baño los vidrios de un foco que había reventado con el vapor. Le pregunté su nombre y por qué estaba allí. «Me llamo Rigoberto Vadillo para servir a Dios y a usted, señor. Soy el nuevo fajinero. Dígame qué se le ofrece y se lo traigo luego». No se me ofrecía nada en ese momento y me quedé un rato conversando con él. Tenía una cara pequeña, con la piel arrugada y oscura como la cáscara de una nuez que hubiera estado mucho tiempo sepultada entre la hojarasca húmeda del campo. Sus ojos negros, profundos, acuosos, inquietos, me miraban de arriba a abajo con cierta mezcla de temor y malicia. Unos pelos blancos le brotaban a trechos en la barbilla y en el labio. Cuando se remangó la chaqueta para secar las jergas húmedas con las que recogió los últimos vidrios, le vi las venas del antebrazo carcomidas, tumefactas y palpitantes por el uso de la droga. Era la «tecata» la que sostenía en sus ojos esa llama insomne de otro mundo. «Pos ni modo que se lo niegue, jefecito. Yo sí soy tecatero. Pero soy honrado y a nadie hago mal ni con nadie me meto. No es la primera vez que caigo y me gusta evitar las dificultades».

Esa noche supe algo más de Rigoberto por algunos que lo conocían de hacía muchos años. Contaba 27 entradas a la penitenciaría, todas por homicidio o «portación de arma prohibida». Tenía 65 años y había nacido en Jalapa, Veracruz. En dos ocasiones estuvo en las Islas Marías y la última consiguió fugarse después de permanecer durante 15 días encerrado en la cala de un barco, sin comida, sin agua y sin poderse mover.

Desembarcó en Mazatlán por la noche, arrastrándose como una culebra. Entumecido y medio loco, se escondió en las afueras de la ciudad hasta el día siguiente, cuando pudo andar con alguna soltura. Del largo encierro en la cala le quedó un defecto en la columna vertebral y caminaba de lado, como si estuviera ebrio. Volvió a México y allí tornó a su oficio de siempre. Rigoberto mataba por encargo. Al decir de quienes en la cárcel lo conocían y que habían requerido sus servicios, tenía en su haber más de cien muertes. Rigoberto mataba hábilmente y era muy difícil para la policía dar con su paradero, porque no tenía parientes, ni allegados, ni amigos que supieran de su vida. Una implacable intuición lo llevaba siempre adonde alguien necesitaba de su ayuda. Cumplía con el encargo y desaparecía. Las veces que cayó preso fue siempre por obra de un «chivataso»<sup>[5]</sup>; pero el chivatón siempre pagó, así fuera después de muchos años, con su vida, la traición a Rigoberto.

Tuve mucha oportunidad de hablar con él, y cuando le escogí para que arreglara mi celda y lavara mi ropa, a cambio de unos pesos a la semana, pasábamos largas horas conversando. Es decir, era Rigoberto quien hablaba, mientras yo, discretamente, trataba de mantener vivo el impulso de sus confidencias. «Al cabo usted es extranjero, mi jefecito, y cuando se vaya de aquí se le olvidará todo y no podrá amolarme». En esto se equivocó el astuto Rigoberto. Difícilmente podré olvidarle y con él a muchas cosas de este mundo de la prisión que han sido materia y savia de mi vida en estos quince meses. No; jamás olvidaré a Rigoberto, ni la noche en que lo mataron, ni la razón de su muerte. Esas cosas no se olvidan, no son asunto de la memoria, son como esas balas que se alojan en el cuerpo y viajan por debajo de la piel y van a la tumba con su dueño, y aún allí permanecen vigilando los despojos.

También en el penal Rigoberto mataba por encargo. Haciendo cuentas con él, una noche, hallamos que de sus 65 años, 42 los había pasado en la Peni. Conocía como nadie todos los escondidos caminos de ese mundo y tenía un secreto y hondo prestigio entre los demás presos, y, sobre lodo, entre los «conejos»<sup>[6]</sup> que conocían muy bien su historia. Me confesó que no menos de 30 de sus muertos se los había «echado» en Lecumberri. Y era notable escuchar su quebrada y monótona cantilena y oírle narrar sin violencia y hasta con cierta suavidad de abuelo, algunas de sus querellas. Tenía esa particular ternura de los indios viejos, y cuando le veía cuidar a los niños que iban jueves y domingos de visita y convertían la crujía en un jardín de juegos, me costaba trabajo relacionarlo con el implacable matador de tanta gente.

Cierta tarde, mientras leía, tendido en mi litera, adonde había ido a refugiarme en busca de un poco de frescura en medio del calor de julio que no cedía ni en las noches, Rigoberto entró a mi celda y comenzó a limpiar el polvo de mis libros y revistas. Los tomaba uno por uno, los limpiaba concienzudamente y los volvía a su puesto con esmero. Unas palabras que salieron de sus labios me sacaron de mi absorta lectura. Hablaba consigo mismo. Sus pupilas dilatadas le daban un aspecto milenario y temible y de su boca brotaba a veces una impalpable espuma que se

secaba al instante en sus labios. Se acababa de inyectar y el calor debió sacarlo de su celda, donde daba el sol toda la tarde. La escrupulosidad con que limpiaba cada libro, cada objeto, le hacía parecer aún más alucinado y delirante. Me miraba sin verme, pero alguna imagen fragmentaria de ese ser acostado que lo observaba, debió despertar en un rincón de su mente una sorda urgencia de confesarse consigo mismo y con lo que de mí guardaba en lo más secreto de su ser. Y comenzó entonces un largo rosario de nombres y muertes que nunca volveré a recordar con la magnitud del horror que me dejara clavado en la litera muchas horas después de que el viejo desapareció furtiva y silenciosamente, después de haber dejado relucientes todos los objetos de mi celda. Comenzó con unas torpes palabras sin sentido, y, de pronto, entró en la corriente principal de su febril letanía:

«A Pancho el panadero lo metí en el horno, y si no es por su hermana que llega y lo llama, solo las cenizas topan.

»El padre de Luis me dio dos azules<sup>[7]</sup> para que lo palomiera a la salida de la estación. Mejor lo amarré y lo tiré al aljibe.

»La muchacha apenas si movía las piernas y cuando sentí lo que le había pasado era porque me pesaba encima la condenada. La tuve que vestir para que no se le vieran los agujeros.

»Al pinche chivatón de “el Turco” me lo eché en los baños y le quemé toda la cara y el pescuezo con vapor, para que no se notaran las marcas.

»“El Jarocho” se creyó el cuento de la “tecata” y puritito polvo de las cañerías fue lo que se metió en la vena. Creyó que se iba a quedar con mi vieja toda la vida, como si yo fuera su pendejo.

»A ella la esperé tres años, hasta cuando volvió al pueblo. La llevé a la pulquería y cuando ya estaba bien jetona hice como que me la llevaba para la casa, esperé el camión lechero y se la puse en el camino. Los cabrones creyeron que la habían atropellado por venir tan ligero y echaron a correr. Yo me fui para el rancho y allí me sacó la policía, pero no pudieron comprobarme nada.

»Pinche sargento Jesús María que creyó que me podía “calentar”<sup>[8]</sup> así nomás. Toda la noche lo estuve esperando y cuando pasó con el rondín, se devolvió a ver de dónde venía el ruido y no dio ni un grito porque le atravesé el pescuezo.

»Yo no me robé las herramientas de Pascual el peluquero, pero el muy “chivatón” se fue a rajar a la Comandancia y ahí me tienen en la celda de castigo, la que está encima de la caldera y le hierven los animales. Cuando salí me lo cargué en la circular dos, en donde le estaba cortando el pelo a “el Turrón”.

»Los dos escuincles creyeron que de veras yo me los iba a llevar a Escuinapan para que vieran a su mamá. El mayorcito se echó a correr cuando vio que yo le machacaba la “choya”<sup>[9]</sup> al hermano, pero lo alcancé y también hubo para él. Los enterré a la orilla del río y ni quién me dijera nada.

»Con ese dinero me volví a casar en Ensenada y puse la cantina. Los señores que me pagaron para que los aliviara del cura, iban a beber allí y, cuando tuve que

huirme, ellos me arreglaron con la policía. El escapulario del padrecito lo tiene mi hija Cleta que es ciega y reza mucho. Yo le dije que hacía milagros.

»Al gringo me lo llevaron todavía vivo los dos jotos de la lavandería. Se lo habían cogido y perdía mucha sangre. Apareció colgado en el gimnasio y tuvimos que darle cincuenta pesos al celador para que no dijera que nos había visto entrar con él.

»A “el Chapulín” lo maté yo, por “chivatón”. No fue Rafael, como dijeron; pero Rafael no quiso prestarme los cinco pesos para darle a mi vieja y, total, así estaba mejor.

»Fue mi compadre el que me dijo que el tendajón lo cerraban a las nueve. Y él fue el que acabó con la “ruca”<sup>[10]</sup> tirándola por el barranco que había en la parte de atrás. Yo estaba “miramón”<sup>[11]</sup> en la puerta y después me echaron la muerta porque mi compadre se rajó por collón.

»Si todos se juntaran y vinieran y me preguntaran que si otra vez yo haría lo mismo, pues ya me conocen y no tienen por qué creer que vaya a decir que no otra vez y, si no, que vayan donde les hagan el mandado sin estarla regando como hacen todos y al primer cuete que le ponen salen con que “yo soy muy macho”, y que yo hice, y que la chingada y la chingada... y así caen siempre».

Sus palabras se fueron apagando y cuando volví a mirarlo ya no estaba en el cuarto. Muchas veces traté de sonsacarle más detalles sobre «sus muertos» y Rigoberto, más por ausencia de memoria y embrutecimiento causado por la droga que por malicia o recelo, no pudo coordinar cosa que tuviera algún sentido.

Antier me llamaron al polígono, y el capitán me estuvo interrogando sobre Rigoberto. Le conté lo que en el código de lealtad de los penados era permisible, y, por lo que me dijo, me di cuenta que el viejito estaba metido en un problema gordo. Le habían encontrado droga en cantidad que superaba la dosis que solía inyectarse. Se lo llevaron a la celda de castigo y el sargento «Ojo de Carpa» lo calentó.

Cuando llegó a la crujía, se fue derecho a mi celda. Por su boca sin dientes corría un hilillo de sangre y caminaba trabajosamente. Cada movimiento le sacaba un sordo quejido de lo más profundo del pecho. «Mi jefe, me dijo, a ver si usted puede hacer algo por mí, porque me van a amolar. El sargento me pegó con un tubo en los compañeros y tuve que decirlo todo. Al que me dio la “tecata” para venderla ya lo metieron a las jaulas y los otros me la jugaron re gacho. Yo quiero que me lleven a la circular uno. Allá no pueden entrar. A ver si usted habla con mi mayor y me puede hacer esa avalona».

Hablé con el mayor y no recuerdo ya muy bien lo que me dijo. Lo cierto es que ayer, cuando regresé del campo deportivo y empezaba a llover, lo vi encerrarse en su celda temeroso. Ya había yo olvidado el asunto. En la cárcel, cada cual tiene sobre sí un peso tal de angustia y desesperanza, que el dolor de los otros resbala como el agua sobre las plumas de los patos.

Después vino la lluvia y, con ella, en la noche, se lavaron de mi memoria todo el sufrimiento y todo el miedo que se pega a las paredes del penal y que nos sumen en



su miserable substancia. Cuando llamaron a lista a la mañana siguiente, una fresca llovizna seguía cayendo todavía perezosamente. Nos hicieron formar en el corredor del primer piso, porque el patio estaba inundado y el agua se había entrado a las celdas de abajo y había subido hasta treinta centímetros. Acabábamos de conciliar ese profundo sueño matinal que sigue a una noche de insomnio cuando sonaron las cornetas y los tambores. Nos paramos medio dormidos y solo hasta cuando llegó el sargento, fue cuando vimos un bulto pequeño flotando junto a la puerta de los baños. Al principio creí que fuese un uniforme con el que trataran de tapar alguna rendija. El sargento, con sus altas botas de caucho, le dio una patada al montón de trapos y vimos que era el viejo Rigoberto. Su carita, más arrugada aún por la muerte, tenía algo de raíz o de metal oxidado. Sus manos se agarraban aún al estómago, por donde le salía un hilillo rosa que teñía levemente el lodo en donde flotaba el cadáver.

Fueron a la enfermería y vinieron con una camilla. Desnudaron a Rigoberto, le entregaron el uniforme al mayor para que lo descargara de su relación y se llevaron el cuerpo. Cuando pasó frente a mí, le vi la piel amarilla y fofa cruzada de antiguas y caprichosas cicatrices. Sobre el corazón tenía tatuada una mujer desnuda, con la cabeza de un gato en el lugar del sexo. Casi nada quedaba de Rigoberto. La muerte se llevó lo poco que tenía de hombre y dejó solamente ese insípido bagazo producto de tantos años de prisión, de heroína y de lucha estéril contra sargentos y «chivatones».

Nadie se apiadó de él, no volví a oír su nombre para nada. Solamente yo habré de recordarlo cada vez que un relámpago me despierte en medio de la noche, o que la lluvia caiga sobre mi vigilia de hombre libre.

## V

En medio de la niebla caliente de los baños de vapor, entre los cuerpos lastimados y desnudos, envuelto en el perfume barato de los jabones y las cremas para rasurar, entre gritos y risas anónimos, ensordecido por el ruido del agua que cae y corre por el piso y ruge en los tubos, se recobra la libertad; una libertad aparente, falsa, es cierto, pero que renueva y fortalece nuestras fuerzas para resistir el peso de la prisión. Desnudos, sin uniforme, sin letras ni números, volvemos a tener nuestros nombres y hablar de nuestra vida de «afuera», de la gozosa materia de nuestros días de hombres libres, a la que nunca se alude en otro sitio de la prisión, para que no la absorba y contamine la fea grasa miserable que todo lo mancilla y enmohece y que en todo está presente. La corriente purificadora del agua y el vapor que brama al escaparse por las llaves, ahuyentan la humillante presencia del castigo.

Bajo la ducha se vuelven a cantar las canciones con las que amaron y viajaron, con las que gozaron y sufrieron los que una vez fueron libres. Ciertos nombres de mujer, ciudades, calles, sólo se escuchan en los bancos del vapor, en donde la niebla borra paredes y rejas y se pega al obscuro cemento haciéndolo impalpable e invisible. A mi lado, cuántas veces escucho una interminable evocación de circunstancias y lugares, de trozos de vida perdidos en un pasado ilusorio y por completo separado de nuestra vida presente. Nunca vemos los rostros, ni distinguimos los cuerpos que evocan con tan intensa y delirante devoción, una vida ajena a la miseria definitiva de Lecumberri.

«Dora vive en Santa Anita, compañero. En California. Donde todo son jardines y grandes quintas con su alberca y su cancha de tenis. Ella era recamarera en casa de un tipo millonario que vende yates. Yo fui chofer suyo, compañero. Manejaba un “Rolls” plateado que todo el mundo se volvía a mirar. Tuvimos una niña que se llama también Dora. Viví allí cinco años. El patrón me dejaba libres los sábados y los domingos y me prestaba una vieja camioneta en la que traían herramientas, matas y abono para el jardín. Nos íbamos Dora y yo a la playa y llevábamos comida para dos días. Dormíamos debajo de la camioneta y cuando hacíamos el amor nos metíamos después al agua y nos bañábamos en plena noche, cuando el mar parece de leche hirviendo y se ven muchas luces y pescados que alumbran en el fondo. Nos volvíamos a dormir, nos despertaba una ola que reventaba más fuerte que las demás, volvíamos a amarnos y otra vez al agua. Y en el día, lo mismo, compañero. Dora era de Pennsylvania y sus padres eran alemanes. Cuando se quitaba la ropa era blanquísima, tanto que si le daba el sol casi había que cerrar los ojos. Tiene un vello dorado que le cubre todo el cuerpo como los chabacanos maduros. También fuimos varias veces a San Francisco. El patrón les vendía yates a los cultivadores hawaianos que lo esperaban en sus hoteles para cerrar el negocio. Viajaba con su mujer y una hija que estaba paralítica y no podía andar y llevaban a Dora. Yo manejaba el coche y tenía un uniforme blanco. Dora decía que parecía un oficial de marina. El patrón se

iba con los hawaianos y sus familias a dar una vuelta en el yate que estaba vendiendo. Dora y yo paseábamos por la ciudad. Nos íbamos a los hoteles de la parte alta, y nos amábamos toda la tarde con las ventanas abiertas porque daban a la bahía y no nos veía nadie. Aprendí el inglés, compañero, y cuando salga quiero volver allá a ver si puedo encontrar a Dora y a la niña. Si salgo, ¿no? porque me metieron 20 años, pero mi abogado apeló la semana pasada. Me tuve que venir porque un día choqué el “Rolls” y la policía me pidió los papeles. Yo había entrado chueco y el patrón estaba en Glasgow, donde compraba los yates. Me llevaron a la delegación y al otro día me mandaron a la frontera. Aquí trabajé para juntar lana y volverme. Era guía de turistas y me daban muy buenas propinas. Llevé una pareja de gringos a Xochimilco y los jijos de la chingada se pusieron un cuete tremendo, empezaron a discutir y el gringo le pegó a la vieja con una filmadora que llevaba y la mató. Cuando yo me agaché para ver qué le había pasado a la vieja, que sangraba por todas partes, el gringo se me vino encima y la chalana se volteó. Como el gringo estaba tan borracho, se ahogó. De menso había insistido en manejar yo mismo la canoa y le pagué al dueño para que me dejara. Así me ganaba unos dólares extras. Me echaron la bronca y ya van tres abogados que tengo que cambiar porque siempre acaban robándome. La niña se llama Dora; es güerita. Al comienzo la mamá me escribía, pero cuando caí me dio pena contarle y no sabe nada».

No le vi la cara. Se quedó un rato callado y después se fue a la caseta de las duchas. En el cuarto del vapor, ni las propias manos se ven claramente y los sueños flotan y giran locos entre el vapor blanquecino y ardiente.

«Yo fui a Chalpa con mi hombre que se llama Antonio y es ruletero y tiene dos hijos. Su mujer sabía que andaba conmigo y no le importaba. Todas vamos a Chalpa a la peregrinación del Santo Cristo. Vamos vestidas de mujeres y ni quien nos distinga. Nos vamos después de la misa a una cañada, entre los árboles, y allí hacemos nuestras cosas. Pero antes de la misa no. Una vez que fui sola, también vestida de mujer, el cura me hizo llamar a la sacristía y comenzó a decirme que yo hacía muy mal en ir vestido así y que si no me daba vergüenza con Dios que estaba en el altar, y cuándo había comenzado a andar así y que debía cambiar de vida. Yo sospeché lo que se traía y, cuando me metió la mano, le dije que me diera la limosna que había recogido en la misa y fue a un armario y sacó una canasta llena de monedas y con muchos billetes. Sacó dos puñados y me los dio. Le temblaban las manos y las monedas rodaron por el suelo. Lo dejé que hiciera lo que quisiera y cuando acabó le dije que si no me daba todo lo que tenía guardado, iría a la delegación del pueblo y contaría todo. Se puso furioso, pero al fin tuvo que darme todo. No me cabían las monedas en el bolso y tuve que guardar unas en el chichero que traía puesto. Quiso comenzar otra vez, pero yo ya estaba cansada y además quería irme. Volví al otro año con Antonio. Nos llevamos el coche y nos fuimos bebiendo por el camino. Iban muchos camiones con gente para el Santuario. Nos detuvimos en la orilla de la carretera y él comenzó a besarme y paró un camión y nos querían romper la madre,

pero no se dieron cuenta que yo era joto, o si no, nos matan. Fuimos a la misa y allá estaban también con sus maridos la Zarca, la Jarocha la Güera Soledad, la que ficha en El Delfín y el que hoy es Mayor en la Crujía “J”, que iba vestido de tehuana. Seguimos en la procesión y cuando nos hincamos ante el Cristo, el cura se me quedó mirando, me reconoció y se puso pálido. Yo me hice pendeja y me tapé con el velo. Cuando salimos nos fuimos a comer fritanga a los puestos de la plaza. Después nos fuimos al bosque y allá hicimos de todo. Yo tenía mucho miedo, porque a los que van allá en peregrinación y hacen cosas, se vuelven de piedra y se les ponen las piernas como troncos y ya por la noche se han convertido todos en árbol. Yo temblaba de miedo, pero Antonio estaba como loco y no había quien lo parara. Ya por la noche nos volvimos al pueblo y comimos buñuelos en el atrio. Me dio mucha risa porque un señor muy apretado se puso de pie y me dijo que me sentara. “Primero las damas”, dijo. Estaba medio cuete. Antonio tenía celos y no hablaba. Creyó que yo le coqueteaba al viejito catrín. Delante de todos le di un beso y se volvió a contentar conmigo. Nos regresamos por la noche y oímos el radio del coche y cantamos todo el viaje. ¡Ah, qué Antonio ése! Me lo quitó un gringo desgraciado que le regalaba puros dólares. Era muy bien dado y todas andaban como moscas tras de sus huesos. A veces me dan ganas de decirle que me venga a visitar un domingo, pero estoy muy flaca y, además, con esta cortada en la cara me acabaron de desgraciar».

Un pelo negro y largo que caía en grasientos mechones le tapaba buena parte del rostro. Unos grandes ojos verdes que chorreaban rímel y el barato maquillaje en la piel, sobre el cual resbalaba el agua, era todo lo que se reconocía del panadero afeminado que no hablaba con nadie. A pesar de sus cuarenta años bien cumplidos, todavía pesca algunos clientes los días de visita. Salió dejando un fuerte olor a brillantina barata. Usa en el baño unos calzoncitos de mujer de nylon negro.

La gran estatura de un antiguo jugador de fútbol americano y renombrado polista de hacía quince años, tapó la luz que entraba por una claraboya de vidrios gruesos, protegidos por barras de hierro. Un suave olor a lavanda se esparció por el cuarto. Comenzó a rasurarse lentamente mientras silbaba trozos de «musical comedies» ya olvidadas. Terminó de rasurarse, extendió una fina toalla inglesa sobre la banca y comenzó su eterna cantilena de ajado «playboy».

«Si no es por el lío que armaron por el cabrón ése, que al cabo unos y otros querían echarse, yo estaría ahora en la Costa Azul y no en esta pinche cárcel. En Niza tengo un apartamento con garaje y un “Mercedes Benz” blanco, casi nuevo. Tengo una amiga muy rica y muy jaladora y con ella voy hasta Italia y allá nos quedamos hasta cuando llega el invierno. El domingo entrante vienen dos gringas a verme. A ver si con el Mayor logro entrar aunque sea un litro de “John Haig” y me encierro en la celda y me doy la gran fiesta. Aquí todo se arreglaba antes con lana, pero ahora están resultando muy finos y la cosa está cambiando, pero no faltará un “mono”<sup>[12]</sup> que por un cien se arriesgue. Ahora, que no se le vaya a ocurrir venir a mamá porque entonces se amuela todo y a las gringas tengo que dejarlas en otra celda solas, porque

si mi mamá llega a enterarse, me retira otra vez a los abogados y me deja aquí enterrado para toda mi pinche vida. Tengo un chamaco que es ya tan alto como yo y estudia en una academia militar de Texas. No sabe que estoy aquí y a lo mejor mi mujer se lo cuenta para sacarse el clavo de todas las que le he hecho. Pero al cabo esto es para machos y mejor sería que supiera que su papá sabe aguantar lo que le venga. Pero la familia de mi mujer y mi mamá son muy mochas y no entienden nada de esto».

Este gran animal de competencia, cumplidos ya sus cincuenta años, seguía viviendo como un niño bien de los alegres treinta, cuando sembraba el terror en Guadalajara y gozaba de gran prestigio en las ocho universidades de Estados Unidos que lo expulsaron por escándalos que organizaba con otros latinoamericanos. Era generoso y buen compañero y a muchos ayudó a salir, pagando los cien o los trescientos pesos de la fianza que nunca hubieran podido reunir. Sabía aguantarse con mucho temple los carcelazos pero, a veces, era un poco indiscreto.

Este es el baño llamado del Pachuco, al que se puede ir con permiso de la Comandancia. Está junto a las calderas y consta de un cuarto para desvestirse, un cuarto de duchas y uno de vapor. Lo usan únicamente los comisionados y «cacarizos» y rara vez está lleno. A menudo van también algunos guardias y, sobre todo, los sargentos. Una vez dentro pierden su calidad de guardianes y su vida, tan odiosamente segregada de la nuestra, se mezcla con las demás del penal, y mana también de ella esa substancia de nostalgia y pesadilla con la que se nutre nuestra libertad.

Cuando en la tarde regresamos del campo deportivo, somos los últimos en usarlo. Ninguna sensación más parecida a la libertad que la de entrar en el cuarto del vapor y permanecer allí con los ojos llenos de ese gran cielo lila y transparente de octubre, y las altas ramas de los pocos árboles que a lo lejos se mecen, tras la doble muralla que rodea la ciudadela de Lecumberri. Nadie habla entonces, y todos transitamos por los mejores momentos de nuestro pasado hasta que nos muerde las entrañas la corneta que llama al rancho de las seis y despertamos a esta realidad de la prisión, que no se parece a ninguna de las otras dudosas realidades que busca el hombre por el mundo. Porque ésta existe y se asienta en el suelo, como una gran bestia que agoniza eternamente entre la fetidez de sus carnes descompuestas.

Existen también los baños generales en donde la algarabía de los «conejos», o el silencio trágico de los «chacales», condensan en su más insoportable intensidad la vida penitenciaria. En el vapor, situado en un largo pasadizo, se cumplen los viejos ritos eróticos, los castigos y los crímenes, las venganzas y las «transas»<sup>[13]</sup> con la familiaridad de una costumbre. Allí mueren los «chivatones» asfixiados, sin que nadie haya visto nada cuando llega el momento de la investigación. Allí se dan cita los chillones habitantes de la Crujía «J» con sus clientes y favorecedores. Allí se pasa el reloj transado al ingenuo chofer, o la estilográfica robada al defensor de oficio. Por entre el denso vapor que huele a sudor agrio y a desinfectante, desfila una corte de los

milagros sin más harapos que los de la carne desgarrada por los cuchillos o los dientes o macerada y supurante por la heroína. Cuando los baños del Pachuco están cerrados por alguna avería en las calderas o por la falta de combustible, vamos a los generales, pero nunca solos y siempre en grupo, ya sean los que jugamos volibol en el campo o algunos de la misma crujía.

Está también el baño de la Calderita. No lo conozco y no sé muy bien quién da el permiso para ir allí. Es un pequeñísimo cuartito con las duchas y el vapor juntos. «No vaya usted allá, mi Mayor», me dijo un día un compañero sin darme más explicaciones. Después supe que tiene fama de ser el escogido por los «Supercacarizos» que llevan allí a sus amigos con la complicidad de los oficiales. Nunca supe cuán cierto era el rumor, pero un sábado que fui a bañarme allí porque era el único lugar en donde había vapor, a tiempo de trasponer el umbral un guardia me gritó con voz descompuesta y airada: «¡Oiga, para dónde va, cabrón! ¡Por muy Mayor que sea, ahora no pasa nadie aquí! ¡Fuera, carajo!», e intentó golpearme con la macana. Me retiré sin decir palabra, recordando lo que me habían dicho del lugar.

Finalmente, tenemos nuestro baño de la Crujía. Solamente tres crujías tienen baños de vapor: la «L», la «I» y la «K». Los de la «I» están al lado de las escaleras que dan al segundo piso de la crujía. Después de la lista de la mañana vamos todos allí, o casi todos, pues algunos, reacios al baño, guardan un pudor proverbial y crean una leyenda que da lugar a chistes e historias, siempre los mismos. Hay vapor únicamente una hora, que la aprovechamos para prolongar en medio de la cordialidad que surge entre los presos de una misma crujía, nuestra vida en común y reírnos unos de otros, y hacernos siempre las mismas bromas. A fuerza de ser nuestro, el baño de la crujía no es ya del penal y en él siempre nos sentimos un poco en casa y se olvidan las angustias de la noche, los largos insomnios, las dudas horribles y nos evoca el sempiterno fantasma de la libertad que nos envenena todas las horas.

# **La mansión de Araucaíma**

**Relato gótico de tierra caliente**

*Para Newton Freitas*

«Vien à ma volonté et je te donnerai tout ce que tu voudras excepté mon âme et l'abréviation de ma vie».

*Carta de Gilles de Rais al diablo.*



## El guardián

Había sido antaño soldado de fortuna, mercenario a sueldo de gobiernos y gentes harto dudosas. Frecuentador de bares en donde se enrolaban voluntarios de guerras coloniales, hombres de armas que sometían a pueblos jóvenes e incultos que creían luchar por su libertad y sólo conseguían una ligera fluctuación en las bulliciosas salas de la Bolsa.

Le faltaba un brazo y hablaba correctamente cinco idiomas. Olía a esas plantas dulceamargas de la selva que, cuando se cortan, esparcen un aroma de herida vegetal.

Al llegar no habló con nadie. Fue a refugiarse en un cuarto de los patios interiores. Allí descargó ruidosamente su mochila de soldado, ordenó sus pertenencias, según un orden muy personal, alrededor de su saco de dormir, prendió su pipa y se puso a fumar en silencio. Pasados algunos días alguien le descubrió, mientras se bañaba en el río, un tatuaje debajo de la axila derecha con un número y un sexo de mujer cuidadosamente dibujado. Todos le temían con excepción del dueño, a quien le era indiferente, y del fraile que sentía por él una cierta adusta simpatía. Sus maneras eran bruscas, exactas, medidas y en cierta forma un tanto caballerescas y pasadas de moda.

Desde cuando llegó le fueron confiadas ciertas tareas que suponían una labor de control sobre las entradas y salidas de los demás habitantes de la mansión. Todas las llaves de cuartos, cuadras e instalaciones de beneficio estaban a su cuidado. A él había que acudir cada vez que se necesitaba una herramienta o había que sacar los frutos a vender. Nunca se supo que negara a nadie lo que le solicitaba, pero nadie tomaba algo sin comunicárselo a él, ni siquiera el dueño. De su brazo ausente, de cierta manera rígida de volver a mirar cuando se le hablaba y del timbre de su voz emanaban una autoridad y una fuerza indiscutibles.

En el desenlace de los acontecimientos se mantuvo al margen y nadie supo si participó en alguna forma en los preliminares de la tragedia. Se llamaba Paul y él mismo solía lavar la ropa a la orilla del río con un aire de resignación y una habilidad adquirida con la costumbre, que hubieran enternecido a cualquier mujer. Sus largos ratos de ocio los pasaba tocando en la armónica aires militares. Era incómodo verlo con una sola mano y ayudándose con el muñón arrancar aires marciales al precario instrumento.

## El dueño

Si alguien hubiera indicado la obesidad como uno de sus atributos, nadie habría recordado si esta era una de sus características. Era más bien colosal, había en él algo flojo y al mismo tiempo blando sin ser grasoso, como si se alimentara con sustancias por entero ajenas a la habitual comida de los hombres.

Decía haber adquirido la mansión por herencia de su madre, pero luego se supo que había caído en sus manos por virtud de ciertas maquinaciones legales de cuya rectitud era arriesgado dar fe. Se llamaba Graciliano, pero todos lo conocían por Don Graci. En su juventud había sido pederasta de cierta nombradía y en varias ocasiones fue expulsado de los cines y otros lugares públicos por insinuarse con los adolescentes. Pero de tales costumbres la edad lo había alejado por completo, y para calmar sus ocasionales urgencias acudía durante el baño, a la masturbación, que efectuaba con un jabón mentolado para la barba del que se proveía en abundancia en sus muy raras escapadas a la ciudad.

La participación de Don Graci en los hechos fue capital. Él ideó el sacrificio y a él se debieron los detalles ceremoniales que lo antecedieron y precedieron. Sus máximas, que regían el orden y la vida de la casa, habían sido escritas en las paredes de los espaciosos aposentos y decían:

«El silencio es como el dolor, propicia la meditación, mueve al orden y prolonga los deseos».

«Defeca con ternura, ese tiempo no cuenta y al sumarlo edificas la eternidad».

«Mirar es un pecado de tres caras, como los espejos de las rameras. En una aparece la verdad, en otra la duda y en la tercera la certidumbre de haber errado».

«Alza tu voz en el blando silencio de la noche, cuando todo ha callado en espera del alba; alza, entonces, tu voz y gime la miseria del mundo y sus criaturas. Pero que nadie sepa de tu llanto, ni descifre el sentido de tus lamentos».

«Una hoja es el vicio, dos hojas son un árbol, todas las hojas son, apenas, una mujer».

«No midas tus palabras, mide más bien la húmeda piel de tu intestino. No midas tus actos, mide más bien la orina del conejo».

«Apártate, deja que los incendios consuman delicadamente las obras de los hombres. Apártate con el agua. Apártate con el vino. Apártate con el hambre de los cóndores».

«Si entras en esta casa no salgas. Si sales de esta casa no vuelvas. Si pasas por esta casa no pienses. Si moras en esta casa no plantes plegarias».

«Todo deseo es la suma de los vacíos por donde se nos escapa el alma hacia los grandes espacios exteriores. Consúmeme en ti mismo».

Otras máximas se habían borrado con el tiempo, pero la titubeante memoria del dueño hacía imposible su reconstrucción, en la cual, por lo demás, ninguno de sus huéspedes estaba interesado. La ampulosidad del estilo y su artificial concisión iban

muy bien con los afelpados ademanes de aquella robusta columna de carne que movía las manos como ordenando sedas en un armario.

Tenía grandes ojos oscuros y acuosos que un tiempo debieron ruborizar a sus oyentes y que ahora producían el miedo de asistir a una abusiva y en cierto sentido enfermiza suspensión del tiempo. Sus conocimientos eran vastísimos pero nunca se le oyó citar a un autor ni se le vio con un libro en la mano. Su saber se antojaba fruto de una niñez miserable refugiada en los libros de un padre erudito o en alguna oscura biblioteca de un colegio de jesuitas.

Ya se mencionó la participación de Don Graci en los hechos, pero no está por demás agregar que, en cierta forma, todos los hechos fueron él mismo o mejor aún que él mismo dio origen y sentido a todos los hechos. Como no evadió su papel sino que sencillamente se contentó con ignorarlo, lo sucedido tomó las proporciones de una molesta infamia, hija de una impunidad incomprensible pero inevitable. Más adelante se sabrá algo sobre este asunto pero ya no con iguales palabras, ni desde el mismo punto de vista.

Don Graci nunca se bañaba solo y lo hacía dos veces cada día, una en la mañana y otra antes de acostarse. Escogía a su compañero de baño sin exigirle nada y sin dirigirse a él en forma alguna durante las largas abluciones que a veces, siempre más raras, despedían un intenso aroma mentolado.

## El piloto

Al piloto le sudaban las manos. Había sido aviador en una línea aérea que fundaron algunos antiguos compañeros suyos de la Escuela Militar de Aviación y en ese trabajo permaneció hasta cuando una gran red, internacional se anexó la pequeña empresa. Buscó empleo en otras líneas pero su carácter y su aspecto hicieron que siempre fuera cortésmente rechazado. Apareció en la hacienda como piloto de una avioneta de fumigación contratada por Don Graci para combatir una plaga que amenazaba acabar con sus naranjos y limoneros, sembrados en ordenada plantación a orillas del Río Cocora. Había ya terminado su labor cuando la avioneta fue incendiada por un rayo que cayó sobre ella en una noche de tormenta. El piloto se fue quedando en la mansión sin atraer sobre sí ni el rechazo ni la simpatía de nadie. Fue la Machiche quien lo obligó finalmente a quedarse en forma permanente. En una de sus fugaces uniones escogió al piloto por su fino bigotito oscuro que lucía sobre una boca carnosa y bien dibujada de hombre débil. Tenía la frente estrecha; el pelo oscuro, recio y abundante, le prestaba un aire de virilidad que bien pronto se supo por entero engañoso. No que padeciera de impotencia, pero sí acusaba una marcada tendencia hacia una indiferente frigidez, que bien pronto ofendió a la Machiche y le enajenó su simpatía para siempre.

Rondaba por la casa con una vaga sonrisa, como excusándose por ocupar un sitio que nadie le ofrecía. Por las noches ayudaba al fraile en la contabilidad de la hacienda. Sacaba las cuentas en una redondeada y necia caligrafía de colegio de monjas. Llevaba siempre consigo el Manual de Vuelo de la antigua empresa en donde había sido capitán-piloto y lo repasaba minuciosamente todas las noches antes de irse a la cama. Vestía un raído uniforme color azul plomizo y llevaba una sucia gorra blanca con las insignias de la Fuerza Aérea. Se llamaba Camilo y tenía mal aliento.

Su participación en la tragedia fue primordial, consciente y largamente meditada, por razones que ya se verán o habrán de adivinarse. Fue la Machiche quien maquinó contra el piloto una larga e invisible intriga que lo llevó a ser, después de la víctima, el actor principal. Había en él un tal deseo de destruirse que su propia debilidad lo llevó a tomar sobre sí la parte más delicada y decisiva del drama.

Era el autor de una canción que la víctima aprendió a cantar con la música de un ritmo de moda y que decía, más o menos, así:

*No es fuerza ser el rey del mundo  
para escoger una mujer  
en cada tarde de verano.*

*La playa tiene aguas tranquilas  
donde el sol planta sus tiendas transparentes.  
Yo espero, allí, cada mañana,*

*una muchacha diferente.  
No es fuerza ser el rey del mundo,  
no es fuerza ser nadie en la vida,  
basta esperar y acariciar  
el aire claro con la frente.*

Además de las discutibles calidades del intenso estribillo, lo que irritó a todos fue la expresión de vanidosa delicia del piloto cada vez que la víctima lo cantaba como si fuera la más bella canción que jamás hubiera conocido. Qué le encontraba a la letra para decirla con tan emocionada convicción fue algo que ignoraron el fraile y Don Graci, que eran los únicos entendidos en estas materias. Tal vez en esa cancioncilla se jugó el destino de todos. Quién iba a saberlo.

## La Machiche

Hembra madura y frutal, la Machiche. Mujer de piel blanca, amplios senos caídos, vastas caderas y grandes nalgas, ojos negros y uno de esos rostros de quijada recia, pómulos anchos y ávida boca que dibujaran a menudo los cronistas gráficos del París galante del siglo pasado. Hembra terrible y mansa la Machiche, así llamada por no se supo nunca qué habilidades eróticas explotadas en sus años de plenitud. Vivía en el fondo de la mansión y su gran cabellera oscura, en la que brillaban ya algunas canas, anunciaba su presencia en los corredores, antes de que irrumpiera la ofrecida abundancia de sus carnes.

Tenía la Machiche una de esas inteligencias naturales y exclusivamente femeninas; un talento espontáneo para el mal y una ternura a flor de piel, lista a proteger, acariciar, alejar el dolor y la malaventuranza. La bondad se le daba furiosamente, sus astucias se gestaban largamente y estallaban en ruidosas y complicadas contiendas, que se aplacaban luego en el arrullo acelerado de algún lecho en desorden.

La participación de la Machiche fue definitiva. No tanto los celos, cuanto uní desorbitada premonición de los males y descaecimientos que hubieran podido venir con el tiempo, de prolongarse la situación, fue la causa que movió a la Machiche a gestar la idea del sacrificio con la anuencia y hasta el sabio consejo del dueño.

La Machiche era la encargada de todas las labores domésticas y no se le conocía una determinada preferencia en sus relaciones. Sólo con el gigantesco sirviente podría pensarse que hubiera cierto lazo secreto y permanente, pero jamás pudo confirmarse el vínculo con dato alguno que lo probara. Temía al fraile, despreciaba al piloto, simpatizaba con el guardián y dialogaba largamente con el dueño.

Don Graci tenía para con ella una particular paciencia y cuando la invitaba a acompañarlo en sus abluciones, todos rodeaban la amplia tina para admirar en su espléndida desnudez a la Machiche. Era su piel de una blancura notable y conservaba su lechosa frescura a pesar de los años. Su amplio vientre mostraba tres rollizos pliegues, señal, más bien, de una prolongada y bien explotada lujuria.

Con roncas carcajadas celebraba las abluciones del dueño, quien le echaba agua desde la elevada estatura con un recipiente de concha. Nunca tuvieron entre sí otro contacto que no fuera el de una respetuosa aquiescencia por parte de la hembra y una vaga simpatía por parte de Don Graci. Cuando más, en lo más álgido del baño él la llamaba «La Gran Ramera de Nínive» con un tono de predicador por entero apócrifo, como es obvio. De cada uno de estos baños salía la Machiche con un nuevo pretendiente y a él dedicaba sus mimos y cuidados sin dejar de atender a los demás con prósida y maternal eficacia.

La Machiche andaba descalza y vestía un largo traje florido que le llegaba más abajo de las rodillas, con el escote rodeado de un cuello de volantes. No llevaba ningún adorno. Despedía un perfume agrio, matizado con un aroma de benjuí que le

seguía por toda la casa.

## Sueño de la Machiche

Entró a una gran casa de salud. Una moderna clínica que se levantaba a orillas de una transparente laguna de aguas tranquilas. Cruzó la puerta principal y se internó por anchos y silenciosos corredores pintados de un color crema mate e iluminados por una luz tamizada y suave que emitía un leve zumbido. Penetró por una puerta por donde decía «Entrada» y se encontró en un consultorio; un médico en traje de operar se dirigió a ella bajándose la mascarilla que le tapaba la boca: «La contratamos a usted para recortar las hierbas y líquenes que van creciendo en la sala de operaciones, en los laboratorios y en algunos corredores. No es un trabajo pesado pero sí exigimos una absoluta dedicación y responsabilidad. No podemos continuar con estas plantas y hierbas que siguen creciendo por todas partes», dijo señalando los intersticios del piso. La llevó hasta una sala de operaciones intensamente iluminada, en donde los instrumentos de níquel reflejaban la lechosa luz del quirófano, una luz otra vez acompañada de un ligero zumbido metálico y persistente. Entre los intersticios de las losas crecían líquenes imperceptibles. Comenzó a arrancar minuciosamente las pequeñas plantas y a medida que avanzaba en su trabajo se dio cuenta de que en todo aquello había una trampa. Las plantas crecían en forma persistente, continua. Pensó que jamás llegaría la hora de la cena, que si dejaba un instante su trabajo las plantas le ganarían terreno fácilmente. Advirtió que nadie supervisaba su tarea por la sencilla razón de que era una labor imposible, una confrontación absurda con el tiempo, a causa de ese continuo aparecer de las breves hojas lanosas y tibias que por todas partes brotaban con una insistencia animal e incansable. Comenzó a llorar con un manso y secreto desconsuelo, con una ansiedad que había guardado muy hondo en ella y que jamás recordara haber sentido en la vigilia.

«Y cómo quieres que haga ese viaje —le decía el piloto que la observaba desde una amplia terraza inundada por el sol de la mañana, con una plenitud que lastimaba la vista—. Cómo quieres que me mueva de aquí, si todos saben que no sirvo para nada». El piloto sonreía dulcemente. Estaba vestido con un impecable uniforme de capitán de vuelo y se protegía los ojos con unas amplias gafas ahumadas que le daban un aire a la vez elegante y extraño. Seguía sonriéndole desde la terraza con notoria complicidad, cuando ella se dio cuenta de que, agachada como estaba, sus grandes senos estaban al descubierto. Trató de cubrirse en vano porque el peso de los pechos tornaba a abrir la bata de suave tejido de nylon que le dieran para su trabajo. Era una bata de enfermera. «¿Quieres que te ayude?» le dijo él desde lo alto con una actitud protectora que a ella le pareció por completo fuera de lugar. «Pero si tú no sabes hacerlo —le repuso ella, tratando de no lastimarlo—. No supiste hacerlo conmigo y tampoco sabes hacerlo con ella». Él le contestó: «Si lo hice una vez lo puedo hacer siempre», y partió dándole la espalda mientras saludaba a alguien que aparecía en el fondo de la terraza, alguien muy importante e investido de una inmensa autoridad y de quien dependía la suerte de todos.



Ella se estaba peinando frente a un espejo que, a medida que sus brazos se movían arreglando el pelo, se desplazaba de manera que le era muy difícil mirarse en él. En los contados instantes en que podía verse, trataba de arreglarse el peinado recogiendo todo el cabello en una larga trenza enrollada en lo alto de la cabeza. Se daba cuenta de que era un peinado pasado de moda, con el que trataba de reconstruir una cierta época de su juventud, un cierto ambiente desteñido ya y sin identificación posible con un pasado que, de pronto, se le aparecía confuso y cargado de una tristeza sin motivo pero también sin posible consuelo. Entró el médico que la había contratado. La abrazó por la espalda y la atrajo hacia sí mientras le decía suavemente: «Lo hiciste muy bien... ven... no llores... estás muy hermosa, ven... ven...», y la ceñía con un calor que la excitaba y le devolvía, intacta, la felicidad de otros años.

## El fraile

Decía haber sido confesor del difunto Papa bienamado. Nadie lo hubiera creído de no haber sido por una carta que recibió un día cuyo sobre ostentaba la tiara papal con las dos llaves cruzadas debajo. La guardó sin leerla ni mostrar interés alguno por su contenido. Todos lo conocían como «el fraile» y nadie supo nunca su nombre. Fue el único en negarse a acompañar en sus baños a Don Graci, cosa que éste supo aceptar, al comienzo con cierta ironía y, luego, con sorprendente resignación.

Era hermoso y se mantenía en esa zona de la edad que fluctúa entre los cuarenta y cinco y los sesenta años, cuando el hombre parece detenerse en el tiempo y conserva siempre el mismo rostro sin cambiar jamás de figura. Era consciente de su gran prestancia física, pero no parecía estar particularmente satisfecho con ella, ni la usaba para someter a nadie al desvaído y hasta cierto punto desordenado círculo de sus asuntos.

Su participación en los hechos fue, en cierta forma, marginal y en otra capital. Cuando llegó el momento impartió su confesión a la víctima y luego increpó a los verdugos sin mucha convicción pero con fogosa oratoria. Era el autor de la Oración de la Mañana, que acabó por ser recitada por todos los moradores de la mansión, siempre a la misma hora y en el lugar en donde les sorprendiera el alba. Decía así:

«Ordena ¡oh Señor!, la miserable condición de mis dominios.

Haz que el día transcurra lejos de las sombras amargas que ahora me agobian.

Dame ¡oh Bondadoso de toda bondad!, la clave para encontrar el sentido de mis días, que he perdido en el mundo de los sueños en donde no reinas ni cabe tu presencia.

Dame una flor ¡oh Señor!, que me consuele.

Acógeme en el regazo de una hembra que remplace a mi madre y la prolongue en la amplitud de sus pechos.

Sácame ¡oh Venturoso!, del amargo despertar de los hombres y entorpeceme en la santa inocencia de los mulos.

Tú conoces, Señor, mejor que nadie, la inutilidad de mis pasos sobre la tierra, no me hagas, pues, partícipe de ella, guárdamela para mi última hora, no me la proveas durante mi trabajosa vigilia.

*Señor: arma de todas las heridas  
bandera de todas las derrotas,  
utensilio de los sinsabores,  
apodo de los lelos,  
padre de los lémures,  
pus de los desterrados,  
ojo de las tormentas,*

*paso de los cobardes,  
puerta de los encogidos,  
¡Señor despiértame!  
¡Señor despiértame!  
¡Señor despiértame!  
¡Señor óyeme!»*

Algún diligente escriba intentó copiar esta oración en los muros, al pie de las sentencias del dueño, con la anuencia de algunos y la desaprobación furiosa de éste.

«Mis palabras necesitan ser escritas —dijo— porque son la mentira y sólo escrita es ésta valedera como verdad. La oración la sabemos todos de memoria y no necesita escribirse en ninguna parte».

El fraile era el único de todos que poseía armas. Tenía una pistola Colt y un pequeño puñal de buceador. Las limpiaba constantemente y cuidaba de ellas con celo inflexible. Ni las usó, ni se deshizo de ellas cuando hubiera sido oportuno.

Así era el fraile.

## Sueño del fraile

Transitaba por un corredor y al cruzar una puerta volvía a transitar el mismo corredor con algunos breves detalles que lo hacían distinto. Pensaba que el corredor anterior lo había soñado y que éste sí era real. Volvía a trasponer una puerta y entraba a otro corredor con nuevos detalles que lo distinguían del anterior y entonces pensaba que aquél también era soñado y éste era real. Así sucesivamente cruzaba nuevas puertas que lo llevaban a corredores, cada uno de los cuales era para él, en el momento de transitarlo, el único existente. Ascendió brevemente a la vigilia y pensó: «También ésta puede ser una forma de rezar el rosario».

## La muchacha

La muchacha fue la víctima. Tenía diecisiete años y llegó una tarde a la mansión en bicicleta. El primero en verla y quien la recibió en la casa fue el guardián. Se llamaba Angela.

Tenía el papel principal en un corto cinematográfico que se estaba filmando en un vasto hotel de veraneo, cuyos accionistas estaban interesados en promover la venta de lotes en una urbanización aledaña a los terrenos del establecimiento. El documental mostraba a una rubia adolescente, con el pelo suelto y un aire de Alicia en el País de las Maravillas que recorría en bicicleta todos los lugares de interés y paseaba por entre las avenidas que bordeaban los cafetales. Se bañaba pudorosamente en el río, a cuya orilla había bancas de parque pasadas de moda y quioscos para picnic.

La filmación había terminado y sólo permanecían en el hotel el fotógrafo de la película con sus dos hijos y algunos empleados de la producción. Ella se había quedado también y se dedicó a visitar en su bicicleta todos aquellos lugares que no estaban en el guión y que atraían su curiosidad. Uno de estos sitios era una gran casona de hacienda dedicada al cultivo de los cítricos y a la cría de faisanes y gansos. Era la mansión.

A primera vista parecía una belleza convencional del cine. Rubia, alta, bien formada, con largas piernas elásticas, talle estrecho y nalgas breves y atléticas. Los pechos firmes y el cuello largo, siempre inclinado a la izquierda con un gesto harto convencional, completaban la imagen de la muchacha que se ajustaba perfectamente a su papel en la película.

Sólo los ojos, la mirada, no se avenían al conjunto. Tenían una expresión de cansancio felino y siempre en guardia, algo levemente enfermizo y vagamente trágico flotaba en esos ojos de un verde desteñido que miraban fijos, haciendo sentir a los demás por completo ajenos e ignorados por el mundo que dejaban a veces adivinar tras su acuosa transparencia tranquila.

Su padre había sido un abogado famoso que se suicidó un día sin razón alguna aparente, aunque luego se supo que sufría de un cáncer en la garganta que había ocultado hasta cuando el dolor comenzó a traicionarlo. Su madre era una de esas bellezas de sociedad que, sin pertenecer a una familia renombrada, frecuentan el gran mundo merced a su hermosura y a cierta rutina de buenas maneras que oculta toda probable vulgaridad o aspereza de educación. Al quedar viuda, la breve fortuna que heredara se le escapó de entre las manos con esa ligereza que suele acompañar a las bellezas tradicionales. La muchacha comenzó a trabajar como modelo y empezaba ahora su carrera en el cine con papeles modestos en comedias musicales. Tenía un novio que estudiaba medicina y había sido iniciada en el sexo por uno de los electricistas de los estudios, por quien sentía esa pasión desordenada y sin amor que nos une siempre con quien nos ha develado el placer hasta entonces desconocido y lejano. Le gustaba hacer el amor, pero se sentía extraña y ajena a sí misma en el

momento de gozar y, en ciertas ocasiones, llegaba a desdoblarse en forma tan completa que se observaba gimiendo en los estertores del placer y sentía por ese ser convulso una cansada y total indiferencia.

El guardián, curtido por su vida de mercenario y su familiaridad con la muerte y la violencia, se sintió, sin embargo, apresado de inmediato por los ojos de la visitante y la dejó entrar, olvidando las estrictas instrucciones que impartiera Don Graci respecto a los forasteros y la tácita norma que regía en la mansión en el sentido de que el grupo ya estaba completo y ningún extraño sería jamás recibido en él. El romper ese equilibrio fue tal vez la causa última y secreta de todas las desgracias que se precipitaron sobre la mansión en breve tiempo.

## Sueño de la muchacha

Recorría en bicicleta los limonares a la orilla del río. Sabía que en la realidad era imposible hacerlo, pero en el sueño y en ese momento no encontraba dificultad alguna. La bicicleta rodaba suavemente pisando hojas secas y el húmedo suelo de las plantaciones. El aire le daba en la cara con una fuerza refrescante y tónica. Sentía todo su cuerpo invadido de una frescura que, a veces, llegaba a producirle una desagradable impresión de ultratumba. Entraba a una iglesia abandonada cuyas amplias y sonoras naves recorría velozmente en la bicicleta. Se detuvo frente a un altar con las luces encendidas. La figura del dueño, vestido con amplias ropas femeninas de virgen bizantina, estaba representada en una estatua de tamaño natural. La rodeaban multitud de lámparas veladoras que mecían suavemente sus llamas al impulso de una breve sonrisa de otro mundo. «Es la virgen de la esperanza», le explicó un viejecito negro y enjuto, con el pelo blanco y crespo como el de los carneros. Era el abuelo del sirviente, que le hablaba con un tono de reconvención que la angustiaba y avergonzaba. «Ella te perdonará tus pecados. Y los de mi nieto. Enciéndele una veladora».

## El sirviente

Cristóbal, un ahitiano gigantesco que hablaba torpemente y se movía por todas partes con un elástico y silencioso paso de primate, era el sirviente de la mansión. Compraba los alimentos en el moderno supermercado de la urbanización vecina al hotel y bajaba a vender las naranjas y los limones a los mayoristas que citaba en la estación del tren. El negocio dejaba amplias ganancias a Don Graci.

Cristóbal, un negrazo cauteloso y dulce que trajera el dueño en una de sus pasadas correrías, hacía ya muchos años, se rumoraba que en días ya olvidados atendiera ciertos caprichos de Don Graci con esa indiferencia apacible con que su raza cumple con las urgencias del sexo. Pero si Don Graci había prescindido de los servicios íntimos del negro, no así de su siempre eficaz servidumbre en los asuntos de la casa. Lo heredó la Machiche, quien buscaba en él esa satisfacción última y completa que una vida de largo libertinaje le hiciera tan difícil de hallar. No sentía por Cristóbal ningún afecto ni éste mostraba por ella pasión alguna. Se unían con una furiosa ansiedad, allá, cada dos meses. Se encerraban en el cuarto de Cristóbal, que estaba contiguo al del fraile, para desesperación e irritado insomnio de éste. Los largos suspiros de la Machiche y los furiosos ronquidos del negro se sucedían en una serie muy larga de episodios, interrumpidos por risas y sollozos de placer.

Cristóbal había sido macumbero en su tierra natal, pero ahora practicaba un rito muy particular, con heterodoxas modificaciones que contemplaban la supresión del sacrificio animal y en cambio propiciaban largas alquimias vegetales. Los olores de hierbas maceradas, que salían de su cuarto en ciertos días, invadían toda la casa, hasta cuando Don Graci protestaba: «Díganle a ese negro de mierda que deje sus brujerías o nos va a ahogar a todos con sus sahumeros del carajo».

Cristóbal tuvo en su momento una providencial participación en los hechos. Su agudo instinto natural lo llevó hacia la muchacha con certera intuición del verdadero carácter de aquella. Supo prescindir de la mirada ausente de la joven y cuando la llevó al lecho, ella no logró desdoblarse como era su costumbre, sino que se lanzó de lleno al torbellino de los sentidos satisfechos y salió purificada y tranquila de la prueba. Pero allí fue su perdición, tal fue la inicial premonición de su posterior sacrificio.

El sirviente era buen amigo del fraile con quien se entendía en un francés con acento isleño. Pero era tal vez con el piloto con quien mejor amistad llevaba y solía acogerlo con una protectora actitud de hermano mayor, de la que se valía el antiguo aviador para detentar ciertos privilegios en las comidas y algunos cuidados suplementarios tales como agua caliente para afeitarse y sábanas limpias cada semana. Con Don Graci conservaba Cristóbal el ascendiente de quien antaño tuviera a raya los deseos del robusto propietario. Por el guardián sentía el negro ese sordo rencor de su raza nacido cuando el primer blanco con casaca militar pisó tierra africana. No se dirigían la palabra, pero jamás dieron muestra exterior de su mutua



antipatía, de no ser en ocasiones cuando una orden brusca y cortante del soldado era recibida con un socarrón «Oui Monsieur le para».

Los jueves de Corpus Cristóbal preparaba un exquisito y condimentado caldo de gallina y las mejores presas iban siempre a los platos del piloto y la Machiche. Cuando servía ese día a la mesa, el negro recitaba una larga salmodia de la cual se conservan algunos apartes. Decía, por ejemplo:

*Alabá bembá  
en nombre del Orocuá  
la gallina se coció.  
Para el que quiera gozá  
Cristóbal la cocinó.  
La sirvió y no la comió  
la comió y no la probó  
porque el negro la mató,  
la mató a la madrugada,  
hoy el sol no la miró.  
Aracuá del borocué,  
anima del gran Bondó  
que me perdone el bundé.*

La retahíla continuaba inagotable y todo el día estaba Cristóbal triste, irritable y suspiraba con infantil melancolía.

Era zurdo.

## La mansión

El edificio no parecía ofrecer mayor diferencia con las demás haciendas de beneficio cafetero de la región. Pero mirándolo con mayor detenimiento se advertía que era bastante más grande, de más amplias proporciones, de una injustificada y gratuita vastedad que producía un cierto miedo.

Tenía dos pisos. Un corredor continuo en el piso superior rodeaba cada uno de los tres patios que se sucedían hasta el fondo. El último iba a confundirse con los naranjales y limoneros de la huerta. En el piso alto estaban las habitaciones, en el bajo las oficinas, bodegas y depósitos de herramienta. En los patios empedrados retumbaba el menor ruido, se demoraba la más débil orden y murmuraba gozosamente el agua de los estanques en donde se lavaban las frutas o se despulpaba el café. Estos eran los únicos ruidos perceptibles al internarse en el fresco ámbito nostálgico de los patios.

No había flores. El dueño las odiaba y su perfume le producía una molesta urticaria en las palmas de las manos y en los muslos.

Las habitaciones del primer patio estaban todas cerradas con excepción de la que ocupaba el guardián quien, como ya se dijo, había dejado sus pertenencias en el suelo y allí permanecían en ese orden transitorio y precario de las cosas de soldado. Los otros cuartos, cinco en total, servían para albergar viejos muebles, maquinaria devorada por el óxido y cuyo uso era ignorado por los actuales ocupantes de la casa, grandes armarios con libros de cuentas y viejas revistas empastadas en una tela azul monótona e impersonal.

En habitaciones opuestas del segundo patio vivían la Machiche y el piloto, y allí fue a refugiarse la muchacha la primera noche que pasó en la Mansión en condiciones que ya se sabrán. En el último patio vivían Don Graci, el sirviente y el fraile. La habitación del dueño era la más amplia de todas, estaba formada por dos cuartos cuya pared medianera había sido derribada. Un gran lecho de bronce se levantaba en el centro del amplio espacio y lo rodeaban sillas de la más variada condición y estilo. En un rincón, al fondo, estaba la tina de las abluciones que descansaba sobre cuatro garras de esfinge labradas laboriosamente en el más abominable estilo fin de siglo. Dos cuadros adornaban el recinto. Uno ilustraba, dentro de cierta ingenua concepción del desastre, el incendio de un cañaveral. Bestias de proporciones exageradas huían despavoridas de las llamas con un brillo infernal en las pupilas. Una mujer y un hombre, desnudos y aterrados, huían en medio de los animales. La otra pintura mostraba una virgen de facciones casi góticas con un niño en las rodillas que la miraba con evidente y maduro rencor, por completo ajeno a la serena expresión de la madre.

La mansión se levantaba en la confluencia de dos ríos torrentosos que cruzaban el valle sembrado de naranjos, limoneros y cafetos. La cordillera, alta, de un azul vegetal profundo, mantenía el valle en sombras en una secreta intimidad vigilada por

los grandes árboles de copa rala y profusa floración de un color púrpura, que nunca se ausentaba de la coronada cabeza que daban sombras a los cafetales.

Una vía férrea construida hacía muchos años daba acceso al valle por una de las gargantas en donde se precipitaban las aguas en torrentoso bullicio. Los ingenieros debieron arrepentirse luego de un trazado tan ajeno a todo propósito práctico y desviaron la vía fuera del valle. Dos puentes quedaron para atestiguar el curso original de la obra. Aún servían para el tránsito de hombres y bestias. Estaban techados con lámina de zinc, y cada vez que pasaban las recuas de mulas de la hacienda el piso retumbaba con fúnebre y monótono sonido.

La hacienda se llamaba «Araucaíma» y así lo indicaba una desteñida tabla con letras color lila y bordes dorados colocada sobre la gran puerta principal que daba acceso al primer patio de la mansión. El origen del nombre era desconocido y no se parecía en nada al de ningún lugar o río de la región. Se antojaba más bien fruto de alguna fantasía de Don Graci, nacida a la sombra de quién sabe qué recuerdo de su ya lejana juventud en otras tierras.

## Los hechos

El guardián llevó a la joven hasta el segundo patio de la casa y llamó a gritos a la Machiche para que se hiciera cargo de ella. La muchacha pedía que le permitieran lavarse la cara y arreglarse un poco antes de seguir su paseo, pero en sus ojos se notaba la curiosidad por husmear y conocer más de cerca el lugar que le atraía.

Las dos mujeres se enfrentaron en el corredor de abajo. La Machiche, desde la parte alta, miraba a la muchacha que esperaba al lado del guardián en el patio empedrado. Observaba la opulenta humanidad de esa hembra agria y desconfiada, que la examinaba a su vez, no sin envidia ante la agresiva juventud que emanaba del joven cuerpo como un halo invisible pero siempre presente.

«Esta muchacha quiere saber dónde queda el baño» —explicó el guardián sin muchos miramientos y se alejó sin esperar la respuesta.

«Venga conmigo» —le indicó la Machiche a la joven, quien la siguió por los corredores del segundo piso hasta una estrecha estancia en donde una palangana y un trípode hacían las veces de baño. En el fondo, detrás de una mugrienta cortina rosada, estaba el escusado con su tanque alto comido por el óxido y el moho. «Aquí se puede lavar la cara y si necesita otra cosa, el escusado está detrás de la cortina. Si lo va a usar cierre primero la puerta» —y la dejó en medio del zumbido de los mosquitos y el húmedo silencio de la estancia.

Cuando hubo terminado de arreglarse, la joven salió al corredor y se encontró de manos a boca con el piloto, que llevaba con aire apresurado unos papeles. Se quedó sorprendido ante la aparición de la visitante y con esa sonrisa fácil y acogedora que se le colocaba en el rostro, casi sin él proponérselo, la saludó con lo que a ella le pareció, después de la acogida del guardián y la Machiche, el colmo de la amabilidad. Hablaron un rato recostados en el barandal que daba al gran silencio del patio que se oscurecía con las sombras de la tarde.

El piloto invitó a la muchacha a que se quedara esa noche en la Mansión, ya que empezaba a caer la noche y el camino de regreso al hotel se haría intransitable en bicicleta. Ella aceptó con esa ligereza de quien se entrega al destino con la ciega confianza de un animal sagrado.

No es fácil reconstruir paso a paso los hechos ni evocar los días que la muchacha vivió en la mansión. Lo cierto es que entró a formar parte de la casa y comenzó a tejer la red que los llevaría a todos al desastre, sin darse cuenta de ello, pero con la inconsciencia de quien se sabe parte de un complicado y ciego mecanismo que gobierna cada hora de la vida.

Durante dos noches durmió en el mismo cuarto con la Machiche. Luego resolvió irse a dormir con el piloto, cuya cordialidad fácil le atraía y cuyas historias de países visitados durante una sola noche le sedujeron en extremo. Cuando, a pesar de las caricias interminables que la dejaban en una cansada excitación histérica, el piloto no pudo poseerla, lo dejó y se fue a dormir sola a un cuarto del segundo patio, contiguo a

una habitación que usaba el fraile como cuarto de estudio. No tardaron los dos en hacer una amistad construida de sincero afecto y de una sorda y profunda comprensión de la carne. El fraile la desnudaba en su estudio y hacían el amor en los desvencijados sillones de cuero o sobre una vasta mesa de biblioteca llena de papeles y revistas empolvadas.

Al fraile le encantaba la franca y directa disposición de la muchacha para mantener sus relaciones al margen de la pasión y a ella le seducía la serena y sólida firmeza del fraile para evitar todo rasgo infantil, banal o simplemente débil, comunes a toda relación entre hombre y mujer. Copulaban furiosamente y conversaban en amistosa y serena compañía.

Fue el dueño, Don Graci, quien, con la envidia de los invertidos y la gratuita maldad de los obesos, incitó al sirviente en secreto para que sedujera a la muchacha y se la quitara al fraile. En efecto, el negro la esperó un día cuando ella iba a bañarse en una de las acequias que cruzaban los naranjales. Tras un largo y doliente ronroneo la convenció de que se le entregara. Ese día la joven probó la impaciente y antigua lujuria africana hecha de largos desmayos y de violentas maldiciones. Desde ese día acudió como sonámbula a las citas en la huerta y se dejaba hacer del sirviente con una mansedumbre desesperanzada. Le contó al fraile lo sucedido y éste siguió siendo su amigo pero nunca más la llevó al estudio. No obró así a causa del miedo o la prudencia, sino por cierto secreto sentido del orden, por una determinada intuición de equilibrio que lo llevaba a colocarse al margen de un caos que anunciaba la aniquilación y la muerte.

La Machiche, al comienzo, se hizo la desentendida sobre las nuevas relaciones de la joven y nada dijo. Seguía acostándose con el negro cuando lo necesitaba y por entonces traía un deseo creciente de seducir de nuevo al guardián, quien la había dejado hacía ya varios años y nunca más le prestara atención. Mientras la Machiche se interesó en el soldado las cosas transcurrieron en forma tranquila. Pero una reprimenda del mercenario al sirviente vino a romper esa calma. La mutua antipatía entre los dos era evidente.

Una noche en que el guardián esperaba a la Machiche ésta no acudió a la cita. Por un oportuno comentario de Don Graci durante el desayuno al día siguiente, el guardián se enteró que aquélla había dormido con el sirviente. Durante el día no faltó ocasión para que se encontraran los dos y a una orden cortante y cargada de desprecio del soldado, el negro se le echó encima ciego de furia. Dos certeros golpes dieron con el sirviente en tierra y el guardián siguió su ronda como si nada hubiera sucedido. Esa noche le dijo a la Machiche que no quería nada con ella, que no aguantaba más la peste de negro que despedía en las noches y que su blanco cuerpo de mujerona de puerto ya no despertaba en él ningún deseo. La Machiche rumió varios días el desencanto y la rabia hasta cuando encontró en quien desfogarlos impunemente. Puso los ojos en la muchacha, le achacó para sus adentros toda la culpa de su fracaso con el guardián y se propuso vengarse de la joven.

El primer paso fue ganarse su confianza y para ello no encontró la menor dificultad. Angela vivía un clima de constante excitación; su fracaso con el piloto, su trunca relación con el fraile y los violentos y esporádicos episodios con el sirviente, la habían dejado presa de un inagotable deseo siempre presente y sugerido por cada objeto, por cada incidente de su vida cotidiana. La Machiche percibió el estado de la joven. La invitó a compartir de nuevo su cuarto con palabras amables y con cierta complicidad entre mujeres. La muchacha aceptó encantada.

Un día que comparaban, antes de acostarse, algunas proporciones y circunstancias de sus cuerpos, la Machiche comenzó a acariciar los pechos de la joven con aire distraído y ésta, sin hallar escape a la creciente excitación, se quedó en silencio dejando hacer a la experta ramera. La Machiche comenzó a besarla y la llevó lentamente a la cama y allí le fue indicando, con ademanes seguros y discretos, el camino para satisfacer su deseo. La ceremonia se repitió varias noches y Angela descubrió el mundo febril del amor entre mujeres.

No tardó Don Graci en conocer del asunto, por algunas frases dejadas caer por la Machiche, y el dueño empezó a invitar a las dos mujeres a participar en sus abluciones, con prescindencia de los demás habitantes de la mansión. Largas horas duraba el baño del frenético trío. Don Graci presidía los episodios entre las dos hembras y gustaba de hacer indicaciones, llegado el momento, para participar desde la neutralidad de sus años en los espasmos de la joven. Esta se aficionó a la Machiche cada día con mayor violencia y la mujer la dejaba avanzar en el desorden de un callejón sin salida, al que la empujaba el desviado curso de sus instintos.

Cuando la Machiche comprobó que Angela estaba por completo en su poder y sólo en ella encontraba la satisfacción de su deseo, asestó el golpe. Lo hizo con la probada serenidad de quien ha dispuesto muchas veces de la vida ajena, con el tranquilo desprendimiento de las fieras.

Una noche se acercó la muchacha a su cama mientras ella hojeaba una revista. Angela empezó a besarle las espesas y desnudas piernas, mientras la Machiche se abstraía en la lectura o simulaba hacerlo. La mujer permaneció indiferente a las caricias de la joven, hasta cuando ésta se dio cuenta de la actitud de su amiga.

«¿Estás cansada?» —le preguntó con un leve tono de queja en la voz.

«Sí, estoy cansada» —respondió la otra cortante.

«¿Cansada solamente o cansada de mí?» —inquirió la muchacha con ese insensato candor de los enamorados, que se precipitan por sí solos en los mayores abismos por obra de sus propias palabras.

«La verdad, chiquita, es que estoy cansada de todo esto» —comenzó a explicar la Machiche con una voz neutra que penetraba dolorosamente en los sentidos de Angela —. «Al principio me interesaste un poco y cuando Don Graci nos invitó a bañarnos con él, no tuve más remedio que aceptar. Ya sabes, él nos sostiene a todos y no me gusta contrariarlo. Pero yo soy una mujer para machos, chiquita. Necesito un hombre, estoy hecha para los hombres, para que ellos me gocen. Las mujeres no me interesan,

me aburren como amigas y me aburren en la cama y más tú que estás tan verde todavía. Ya Don Graci no nos llama para bañarse con nosotras, también él se debió aburrir de vernos hacer siempre lo mismo. Vamos a dejar todo esto por la paz, chiquita. Pásate a tu cama y duérmete tranquila. Yo lo que necesito es un macho, un macho que huela y grite como macho, no una niña que chilla como un gato enfermo. Vamos... a dormir».

Angela, al comienzo, pensó en alguna burla siniestra; pero el tono y las palabras de la mujerona se ajustaban tan estrictamente a la verdad que bien pronto se dio cuenta de que la Machiche estaba hablando con irremediable seriedad. Se aterró al pensar que nunca más harían juntas el amor, rechazó la idea como imposible, pero ésta tornó a imponerse como un presente irrevocable. Fue como sonámbula hacia su lecho, se acostó y comenzó a llorar en forma persistente, inagotable, desolada. La Machiche se durmió arrullada por el llanto de Angela y reconfortada en el fresco sabor de la venganza.

A la mañana siguiente el guardián entró temprano al cuarto de los aparejos y encontró el cuerpo de Angela colgando de una de las vigas. Se había ahorcado en la madrugada subiéndose a una silla que arrojó con los pies, luego de amarrarse al cuello una recia sogá.

## Funeral

Llevaron el cadáver a la alcoba de Don Graci y allí lo tendieron en el suelo. El sirviente y el guardián fueron a la orilla del río para cavar la tumba. El dueño inquirió con el fraile los detalles de los hechos y éste lo puso al corriente de todo. Le contó que la noche anterior la muchacha había tocado a su puerta y le había pedido ayuda y que la oyera en confesión. La pobre estaba en una lamentable confusión interior y sentía que el mundo se le había derrumbado de pronto en forma definitiva.

La Machiche no estuvo presente durante el relato del fraile y se encerró en su alcoba en actitud huraña. El piloto también se ausentó antes de que el fraile comenzara su relato. Dijo que precisaba revisar algunas cuentas y le pidió al fraile las llaves de su habitación para sacar unos comprobantes. Mostraba una inquietante serenidad ante la suerte de la muchacha.

Terminado el relato del fraile, Don Graci comentó: «No sé de quién haya sido la culpa de todo esto, pero nos puede acarrear muchas dificultades, ya verá usted. Desde un principio yo me opuse a que esta muchacha siguiera viviendo con nosotros, pero como lo que yo digo aquí no se toma en cuenta y siempre acaba por hacerse lo que ustedes quieren, ahora todos vamos a tener que cargar con las consecuencias. Hay que arreglar a esta mujer antes de enterrarla». Se refería Don Graci a la necesidad de cubrir el cuerpo que estaba desnudo y mostraba, junto con los primeros síntomas de la rigidez una cierta madura ostentación de sus atributos femeninos. Los senos se habían desarrollado a ojos vista con su trato con la Machiche y el sexo hinchado se ofrecía con una evidencia que no lograban ocultar los vellos del pubis.

Entre el fraile y Don Graci lavaron el cadáver con una infusión de hojas de naranjo, indicada, según el dueño, para detener la descomposición, y lo envolvieron luego en una sábana. Estaban terminando su tarea cuando oyeron dos disparos provenientes del segundo patio. Se escuchó luego un forcejeo violento, un golpe seco y después reinó el tibio silencio vespertino. El fraile y Don Graci acudieron precipitadamente y desde el corredor vieron cómo en el patio el guardián sujetaba contra el suelo al sirviente con una llave de judo que lo mantenía inmóvil. A un lado la Machiche, tendida en el empedrado, agonizaba con dos grandes heridas en el pecho de las que manaba, a cada estertor, una sangre oscura y abundante. Más allá yacía el piloto con el cráneo grotescamente destrozado. El fraile corrió a ayudar a la Machiche que, entre gorgoteos y muecas de dolor, repetía con voz débil: «Tenía que ser este maricón de mierda... tenía que ser...». Don Graci fue hacia el guardián y le ordenó que soltara al sirviente, que se retorció con el rostro contra las piedras. El soldado dejó libre al negro, quien se alejó mansamente obedeciendo a una orden de Don Graci.

«Veníamos de cavar la tumba —explicó el mercenario— cuando oímos los disparos. El piloto le había disparado a la Machiche y traía en la mano la pistola del fraile. El negro se le fue encima sin darle tiempo a nada y con la pala lo derribó del



primer golpe. Ya en el suelo siguió golpeándolo hasta que logré inmovilizarlo. Estaba enloquecido».

El fraile se encargó de todo. Llevó con el guardián los cadáveres de las dos mujeres hasta la tumba cavada a orillas del río y los enterró juntos. La Machiche había muerto lanzando sordas maldiciones contra el piloto y rogando que no la dejaran morir.

El cadáver del piloto fue llevado a los hornos del trapiche. Don Graci fue por el negro para que encendiera los quemadores del horno y lo encontró en su pieza, de rodillas contra la cama, rezando frente a un retrato del rey Víctor Manuel III. Oraba en su dialecto en medio de profundos sollozos. Llorando fue hasta los hornos y mientras cebaba las calderas murmuraba sordamente: «Machiche... ma petite Machiche... la gandamblé... Machiche la gurimbó...». Un leve humo azul subió en el claro cielo de la tarde indicando el voraz trabajo de los hornos. Del piloto quedaron apenas un breve montón de cenizas y su gorra de capitán de aviación colgada en los corredores.

Esa misma noche Don Graci abandonó la mansión seguido por el sirviente, que le llevaba las maletas y que partió con él. Dos días después, el guardián hizo su mochila y partió en la bicicleta que trajera Angela. El fraile permaneció algunos días más. Al partir cerró todas las habitaciones y luego el gran portón de la entrada. La mansión quedó abandonada mientras el viento de las grandes lluvias silbaba por los corredores y se arremolinaba en los patios.

## Antes de que cante el gallo

Comenzaron a verse las primeras casas de la ciudad. Seguían alegando, ahora con largas pausas que renovaban las reservas de rencor en cada uno de los presentes. Al perder el maestro la paciencia y ordenar que cesara la disputa, todos guardaron un temeroso silencio en el interior del vehículo.

—¡Basta ya! —gritó con repentina energía, que no dejaba lugar a réplica ni a desobediencia.

Venían discutiendo desde cuando subieron al destartalado autobús con toscas bancas de madera que los recogió a orillas del lago. Era algo relacionado con la cuenta del hotel pendiente desde la última vez que predicaron por allí. Al recogerlos el ómnibus, el que parecía su jefe y de cuya mirada se desprendía una febril tensión interior, atemperada por una dulzura melosa, les hizo ademán de terminar la disputa con el evidente propósito de que los pasajeros no se enteraran del asunto. Pero la terquedad del más viejo de los doce, que estaba vestido como los pescadores del puerto, y la inagotable y rabiosa facundia del encargado de los fondos que llevaba sobre sus mugrientas ropas una no menos astrosa gabardina abotonada hasta el cuello, pudieron más que la explosiva autoridad del jefe que miraba nerviosamente a los demás pasajeros tratando de sonreír y restarle así importancia al asunto.

Con ánimo sobrecogido bajaron en la terminal, situada en uno de los costados del mercado.

No era la primera vez que visitaban el lugar. Gozaban allí de alguna popularidad entre las gentes del mercado, en los muelles, en las pescaderías y entre las mujeres del barrio de los lavaderos.

Allá se dirigieron en silencio, encabezados por un joven vestido de mecánico que hacía poco se les había unido. Era pariente de las propietarias de una casa de huéspedes, en cuyos bajos había una de esas lavanderías de ropa, características del barrio y, en general, de la ciudad. Una turba de seguidores se fue engrosando en torno al grupo y algunos, los más atrevidos, cercaron al Maestro, tocándole las ropas con fervor y respeto que no les impedía desgarrarle en ocasiones un trozo de su raída chaqueta de pana o un bolsillo del pantalón. Uno intentó arrancarle del cuello el grasiento pañuelo de seda que traía a guisa de corbata y que tenía dibujados a dos colores, blanco y celeste, modelos de yates de todos los estilos y tamaños. El Maestro se defendió desmañadamente mientras increpaba al de la gabardina:

—No te reprocho —le decía— tu venalidad, ni la sordidez de tus mentiras destinadas a esconder el fruto de tus latrocinios. Bien sabes que las limosnas que recogemos nos pertenecen a todos por igual, y que te las hemos confiado, precisamente por saber en cuánta estima tienes el dinero y cuánto sabes hacerlo rendir. ¿Crees que ignoro a dónde va a parar buena parte de nuestros fondos comunes? Si yo quisiera, podría darte indicaciones aún más preciosas para multiplicar los réditos de tus inversiones, logradas con nuestra predicación. Pero está

escrito que seas tú quien lleve el peso de la infamia y, aunque lo quisiera, nada podría hacer para librarte de ella. Vas, como yo, derecho a tu destino y más fácil sería detener el agua de una acequia con las manos, que torcer el curso de nuestras vidas o modificar su final.

El otro escuchaba entre irónico y temeroso, acostumbrado al lenguaje salpicado de imágenes un tanto ingenuas y de obscuridades a menudo hartas banales del Maestro.

El Tesorero le guardaba una sorda inquina, nunca del todo manifiesta y que solía liberar por los caminos de la maledicencia y del embuste. La situación tuvo su origen el día en que aquél le sorprendió tratando de alzarle la falda a una de las muchachas del hospedaje, y, si bien ésta no oponía marcada resistencia, al aparecer el Maestro fingió una exagerada repugnancia.

Cuando llegaron al hotelucho, algunos de los discípulos dispersaron a los mendigos, enfermos y fanáticos que los seguían. Subieron las escaleras y fueron recibidos con muestras de cariñoso entusiasmo por parte de las dos mujeres, una de las cuales lucía un vientre rotundo e incómodo que despertó la sorpresa del muchacho y provocó en el Maestro una mueca muy suya, mezcla de asco y de lastimoso reproche. Las mujeres encinta le sacaban de quicio y lo ponían en un estado de irritabilidad y confusión, difícilmente soportable aun para sus más cercanos discípulos. Se repartieron los tres únicos cuartos desocupados que quedaban y mientras se bañaban y ponían ropa limpia, el más viejo subió a la habitación destinada al Maestro, en la terraza donde se secaba la ropa de la lavandería. Iba a informarle sobre ciertos rumores relacionados con su misión apostólica.

—Las cosas han cambiado mucho desde la última vez que estuvimos aquí, Señor. Eligieron alcalde del puerto a un representante de las compañías navieras y los grupos extremistas han sido perseguidos por la policía. Las cárceles están llenas y los sindicatos están en poder de líderes vendidos a los patronos mercantes y éstos pagan pistoleros que siembran el terror en los barrios obreros y en los muelles. Toda reunión es vigilada y no se permiten manifestaciones. Sin embargo, los estibadores y los obreros de la aduana preparan un paro y se están armando. Yo creo que, por esta vez, debemos pasar inadvertidos y concretarnos a recolectar fondos entre nuestros amigos de confianza y, una vez reunida una suma que nos permita seguir el viaje, irnos sin predicar ni agitar a la gente, que ya está bastante inquieta por la acción de los agitadores de uno y otro bando.

No pudo ser más inoportuno, ni sus consejos hallar una reacción más opuesta a la que buscara el viejo pescador. La irritación contenida durante la querrela en el autobús, el cansancio del viaje y la inesperada gravidez de la muchacha, estalló con violencia.

—Digna de ti y de tu senil puerilidad es esta estúpida manera de ver las cosas. Nunca aprenderás a conocer cuándo una situación está madura para ser aprovechada en favor nuestro y de nuestra fe. Tú, como todos los otros pusilánimes que me siguen

por pura gandulería, siempre crees que nuestra misión consiste en predicar a los simples, hacer milagros ante los incautos, vivir de su mezquina limosna, aprovecharnos de su hospitalidad y comer en su mesa. Cama blanca, buena cena y mujeres fáciles, esa es toda vuestra ambición. Todos son unos cerdos que siguen revolcándose en la inmundicia en que nacieron. —Y continuó vociferando—: Cuando se presenta, por expresa y divina disposición de lo alto, la oportunidad de lanzarnos al sacrificio y demostrar con nuestra sangre la fecunda verdad de la doctrina, entonces corren aterrados como ratas. ¡Ya verás, insensato, cuál será la cosecha que ganaremos hoy! ¡Cuánto hay que aprovechar del desorden que reina en la ciudad! ¡De nosotros depende que todo sea para bien de nuestra causa! ¡Nos lanzaremos a la lucha y encenderemos una hoguera que arderá por los siglos de los siglos! ¡Ha llegado el momento esperado! ¡Estamos maduros para inmolarlos y perpetuar la maravilla de nuestro ejemplo! ¡Levántate, bribón! ¡Levántate y llama a los demás. Vamos a la calle. Reuniremos a la gente y predicaremos en los muelles a la hora de mayor movimiento en el puerto!

Sólo los años y la familiaridad con el mar hacen posible una de esas frecuentes intuiciones como la que entonces tuvo el anciano. Se le apareció con toda claridad el instante del futuro donde aguardaban las escenas del fin precipitado por el arbitrario humor del jefe. Intuyó que no había ya remedio y era menester librar los hechos a sus fuerzas originales y tratar de salvar la poca materia de vida que los ancianos suelen perseguir con tan ávida certeza sobre su destino.

Sin contestar palabra, ayudó al otro a vestirse y cuando le anudaba alrededor del cuello la bufanda de los yates, le miró a la cara y leyó en ella la tragedia que se preparaba.

Bajaron. Los demás esperaban ya en la puerta. El más joven contestaba a un hombre que se había acercado al grupo para preguntar por el precio de los cuartos. El pescador y el de la bufanda irrumpieron cortando bruscamente la conversación.

—¡Vamos al puerto —exclamó el Maestro—, nos esperan los que tienen hambre y sed de justicia!

El extraño les vio alejarse y se escurrió con tal rapidez que cuando quisieron buscarle ya había desaparecido. Un escalofrío corrió por la espalda del viejo. El grupo echó a andar seguido de lejos por el de la gabardina, que se había quedado ajustando ciertas cuentas con las mujeres del hotel, y que trataba de alcanzarlos con un paso presuroso y firme, al parecer liberado de todo esfuerzo muscular. El grupo lo formaban gentes de diversa condición y procedencia. Había dos obreros de la fábrica de envases del lago, que dejaron su trabajo en plena cosecha de melocotones y cuando los sobresueldos alcanzaban sumas halagadoras. Un conductor de tren que les dejó viajar sin pasaje, cuando sólo eran cinco y que terminó por bajar con ellos, después de un largo viaje de tres días. Durante el trayecto, el Maestro se había lanzado a predicar en los coches, introduciendo el desorden en el tren, hasta el punto de que el maquinista tuvo que parar en mitad de la vía, en dos ocasiones, para ver de

calmar los alaridos histéricos de las mujeres y las ruidosas confesiones de los pecadores que, heridos por el remordimiento, se lanzaban a vociferar la lista de sus culpas. Allí se les unieron también, un agente viajero, negociante de moneda en la frontera y un joven vendedor de aves disecadas, adorno de las salas de los ricos burgueses y los salones de espera de los burdeles de postín. Después llegó un pintor de letreros y anuncios a quien el iluminado cabecilla increpó en pleno camino por prestarse a propagar el abominable pecado de la publicidad. El hombre había dejado en el andamio los botes de pintura y las brochas con que estaba pintando una tersa y gigantesca axila de mujer, que atestiguaba las excelencias de un eficaz depilador. Por varios años sus familiares le dieron por muerto y ello se prestó para que circulara la especie de su resurrección de manos del Maestro. Dos pescadores jóvenes y el mecánico que arreglaba los motores de las lanchas, que era el más joven de todos, habían seguido al viejo pescador que ya conocemos. Los dos restantes eran, al parecer, parientes del jefe y ebanistas de oficio y se distinguían por su circunspección y timidez. Daban la impresión de saber algo y que temieran decirlo si se entregaban mucho a la conversación.

El de la gabardina les había facilitado en alquiler un equipo amplificador de sonido y, al observar los resultados obtenidos con los sermones, resolvió sumárseles, en parte por cierta secreta atracción hacia el papel que le esperaba en toda la historia y, también, para escapar de algunas deudas que había contraído en la ciudad, después de intentar, sin fortuna, negocios de varia índole.

No obstante la diversidad de su origen y de sus profesiones y de las razones que les llevaron a seguir al hombre, todos tenían fe absoluta en su poder taumatúrgico y en la bondad de su doctrina. A pesar de los temibles cambios de humor del Maestro, un cierto sereno y robusto sentido de la justicia y de la fraternidad humanas, que determinaba sus actos, hacía que la fe de aquellos hombres fuera incommovible.

Cuando llegaron al puerto comenzaban a descargar dos grandes buques que atracaron al mediodía con un cargamento de cristal. Venían de lejanos países de hielo y niebla y estaban pintados de blanco, con excepción de las chimeneas que lucían rombos amarillos y celestes. El turno de estibadores y mecánicos de las grúas vigilaba con creciente tensión la delicada tarea. Los patrones anunciaron que cada pieza que se rompiera sería proporcionalmente descontada del jornal. El grupo observó la operación de descargue de los pesados cajones que soltaban, al viajar por el aire guiados con hermosa pericia por las grandes grúas, un polvillo de fina paja y arena blanca que cegaba los ojos y los hacía llorar constantemente. Un capitoso y salino aroma de mariscos y frutos del mar se mezclaba con el fresco olor de pino de los cajones y con el humo de las chimeneas, evocador de los cielos bajos y grises de las ciudades industriales del Norte. Para hacer posible la operación en un solo turno, las mujeres habían llevado sus portaviandas y canastos con merienda, pero al ver al Maestro y a sus discípulos los rodearon con reverencia para escucharle. Uno que otro extraño y algunos guardias se acercaron también a oír.

Lo que dijo el Maestro no tuvo virulencia particular ni fue su palabra más encendida que otras veces. Pero el terreno estaba preparado para recibir la semilla de violencia y a la creciente agitación de las mujeres, vino a sumarse la febril atención de los cargadores y maquinistas. Cuando los discípulos se dieron cuenta de que algo anormal sucedía, hacía buen rato que las grúas se habían detenido y la sirena había sonado anunciando la breve tregua de la cena.

El viejo pescador y el agente viajero fueron los primeros en darse cuenta de que algo insólito se avecinaba. Los policías y los extraños que se sumaran a los fieles no se veían ahora por ninguna parte. En toda el área del puerto paralizado y mudo, sólo la voz del hombre se alzaba como un alto surtidor hacia el dorado sol de la tarde.

De pronto, un chillido, mezcla de queja y de grito contenido, se oyó sobre la voz del Maestro y todos volvieron la vista hacia el lugar de donde venía el lamento. Un enorme cajón había quedado suspendido en mitad de su viaje y se mecía en la altura al impulso del aire fresco del anochecer. Las cuerdas se quejaban al peso de la cristalería y una nubecilla de paja se desprendía de las tablas de pino y revoloteaba jugando con la brisa y alejándose hacia el mar.

El Maestro dejó de predicar y se quedó mirando la vasta extensión marina que se perdía en el horizonte con el mecido ritmo de una libertad sin fronteras.

Irrumpieron de pronto los piquetes de granaderos, aullaron las sirenas de las patrullas de la policía portuaria, que cerraban el paso en las bocacalles, y estalló la primera granada de gases. Cuando despertaron de su momentáneo ensueño, las culatas se ensañaban ya contra hombres y mujeres que rodaban por el suelo escupiendo sangre y llorando de terror.

La policía se contentó con dispersar a los curiosos y descargó toda su furia contra el núcleo de los discípulos y, desde luego, contra el Jefe. A culatazos y golpes de macana los metieron en un coche celular que partió por calles y plazas sin callar la sirena hasta llegar a la Delegación de Policía, escogida a propósito para el caso, y situada en un barrio residencial alejado del bullicioso centro de la ciudad. Iban a parar allí, uno que otro hijo descarriado que se había pasado de copas y alguna sirvienta que había dejado entrar a su hombre en casa de los patrones, para que hiciera alguna pequeña ratería y dormir con él hasta la madrugada.

Era uno de esos barrios preferidos por los altos empleados de la banca, del comercio y de la administración oficial; gente de vacaciones en el mar, golf los sábados y afiliación a clubes y hermandades de beneficencia.

Se trataba de cargar sobre el Maestro y sus amigos toda la responsabilidad de la agitación que se venía percibiendo desde hacía varios días. Así se justificaban, además, ciertas medidas represivas muy eficaces para calmar la revuelta y detener cualquier intento de violencia por parte de los trabajadores de los muelles y de sus compañeros de fábricas y gremios que intentaran unírseles. El delegado había sido reemplazado ese día por uno con la consigna de actuar en determinado sentido.

Le asesoraba un improvisado equipo de eficaces colaboradores. El coche celular

penetró por una amplia puerta y fue a detenerse en un extremo del patio interior del edificio. El primero en bajar renqueando fue el antiguo conductor de tren que traía un ojo cerrado por un golpe de macana. Fueron bajando los demás entre un silencio roto por esos sordos mugidos de animal acosado que lanza el hombre cuando sufren sus carnes y lo atenaza el miedo. Entraron en fila a la sala de audiencias. De pie, a la cruda luz de las lámparas, ofrecían el más lastimoso y desusado aspecto que pueda imaginarse. El dolor de los golpes y de las heridas los hacía temblar y la humillante angustia que la acción de la justicia transmite a sus víctimas en forma implacable, había hecho presa de ellos anulándoles hasta el más sencillo razonamiento. Uno a uno dieron sus datos personales, hasta llegar al Maestro a quien le manaba la sangre de una herida en la frente y cuyo brazo izquierdo, inmovilizado, tenía cierta grotesca desviación, efecto de una fractura por varias partes, causada por los culatazos. Dijo su nombre, su edad y cuando el delegado —un hombrecito obeso, sonriente, de aspecto bonachón y de una meticulosidad de maneras que escondía apenas un fondo cruel y frío— le preguntó por su domicilio, respondió:

—No vivo en parte alguna. Mi misión es llevar la verdad por los caminos y sembrarla en todos los sitios donde los hombres sufran la injusticia y el dolor.

—Evitemos los sermones —repuso el funcionario— y vamos al grano.

—Quien pierde el tiempo conmigo, lo gana en la eternidad —respondió el otro sin inmutarse.

—Sí... sí... Ya lo sé... Bien. Se te acusa de los delitos de subversión del orden público, conspiración contra la seguridad del estado, motín, asociación delictuosa, ejercicio ilegal de la medicina, fraude y lenocinio. Constan en autos declaraciones de testigos que prueban cada una de estas imputaciones. ¿Tienes algo que declarar?

—El que teje la mentira, teje su propia mortaja y pierde su alma —volvió a contestar el acusado con igual serenidad.

—Si tienes algo que declarar en contra de las acusaciones que te formula el Ministerio Público, dilo y, por favor, no hables más en parábolas ni con metáforas, que ya no es hora para ello y en esto te va la vida, y, tal vez, la de tus cómplices —le previno impaciente, el delegado.

—Si yo falté en algo, yo soy el culpable. Si ellos me siguieron fue por mi consejo y por el prestigio de mis hechos y, por lo tanto, son inocentes. No acabes de envilecer tu justicia con sacrificios inútiles.

—Eso soy yo quien va a resolverlo y no tú. ¡Que los encierren! —ordenó el delegado.

Los guardias los sacaron al patio. Atravesaron la alta y tibia claridad nocturna, turbada por el paso de soñolientas y tranquilas nubes que viajaban hacia el mar en busca de la mañana en otras tierras. Todos sintieron el hechizo de la promesa de una imposible felicidad, ofrecida en lo alto de los grandes espacios abiertos y la vanidad y pequeñez de sus asuntos. El viejo pescador se quedó rezagado contemplando la luna y sintió de pronto subir por su sangre, turbada por el dolor y el escarnio, la ebria

libertad marina en la que viviera durante tantos años de viajes y pesquerías persiguiendo cachalotes y bancos de atún, cuyo loco y nómada capricho rigiera su vida marinera. Un culatazo en los riñones lo trajo al presente.

—¡Entrando, abuelo, entrando, que ya no es tiempo de mirar al cielo! —Un empujón lo arrojó al húmedo piso de cemento por donde corrían ya desde varios puntos, hilillos de una sangre tibia y pegajosa cuyo tacto aumentaba el terror y minaba feamente las más esenciales energías. Se fue arrastrando hasta recostarse en la pared y cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra del calabozo, se destacó ante su vista la silueta del Maestro con el rostro envuelto en una red de sangre seca.

Mucho tiempo pasó antes de que uno de los dos hablase.

Desde el primer día, cuando el viejo lo conoció en el puerto, un tácito pacto se convino entre ellos, excluyendo de su relación ciertas fórmulas doctrinarias y ampulosas, usadas a menudo por el Maestro para distanciar a los demás discípulos. Con el viejo, la amistad surgió de un plano más profundo y una mayor verdad circulaba por entre las palabras de sus conversaciones, como si cada uno se hubiera reservado un cierto campo, un aislado dominio, en donde el otro no ejercía derecho alguno.

—¿Y ahora qué, Maestro? —preguntó al fin el viejo.

—Ahora las cosas han comenzado a ordenarse y nada podemos hacer sino esperar el milagro.

—Pero nosotros moriremos, Señor, y todo se perderá para siempre y nadie estará libre de la miseria y la injusticia fortalecerá sus cimientos sobre los hombres.

—Será bien por el contrario. Mi sacrificio os dará las herramientas para sembrar por el mundo la palabra salvadora y tú serás el cimiento de mi templo.

—¡Ay! Señor, estamos aislados y nadie sabe de nuestra prisión y cuando lo sepan, será por boca de quienes nos han detenido y vejado y ellos se encargarán de acomodar una versión que sirva a su propósito y nos presentarán como farsantes y criminales. Debemos tratar de salir como mejor se pueda de aquí, reconociendo algunas de las culpas que nos achacan y buscar mejor suerte en otro sitio. De lo contrario, estamos perdidos y, con nosotros, tu palabra y tu mensaje.

—Tu fe flaquea por el dolor de tus carnes y el miedo que masca tus entrañas. Nada podrán contra nosotros. Ni siquiera tu debilidad prevalecerá contra nosotros, ni contra ti mismo. En ti confío mi doctrina y mi verdad y, sin embargo, antes de que cante el gallo me negarás tres veces.

—Deliras, Señor, el miedo trabaja también tu cuerpo y te hace vernos más débiles de lo que en realidad somos.

—El gallo lo dirá. Ahora, déjame estar con mi padre.

Pedro guardó silencio y, poco después, un profundo sueño, poblado de angustia y de mudos gritos de terror, le obligó a recostar la cabeza en el hombro de su compañero cuya mirada se perdía en una eternidad sin nombre de la que solía derivar la materia de sus milagros y predicaciones.



El anciano despertó sobresaltado. Gritaban su nombre, lo gritaban los guardias y lo repelían, en voz baja, sus compañeros. Se incorporó adormilado y entumecido y salió a la frescura de la madrugada que lavaba el patio con una lechosa substancia hecha de frío, brisa marina y rocío condensado sobre el sueño de la ciudad. Respiró hondamente y una ansia de vivir, de seguir de pie sobre la tierra, de gozar de esas cosas perdurables y simples que hacen del mundo el único lugar posible para el hombre, le atenazó la garganta y le subió en un hondo sollozo que casi era de alegría.

Lo llevaron de nuevo ante el delegado. Revolvió éste con calma unos papeles, tomó los que buscaba e inició su interrogatorio:

—¿Así que tienes licencia de pescador? En tu hoja no hay ningún mal antecedente. Por el contrario, veo que tienes dos citas del Club de Salvavidas, por auxiliar en dos ocasiones a compañeros en peligro. Bien se ve que no eres de la misma clase que los otros. No eres un aventurero sin oficio, ni un charlatán que explota la credulidad de los ignorantes. ¿Qué te ha llevado a buscar estas compañías? ¿Quién te obligó a seguirlos?

—Nadie me obligó, señor. Algunos son mis amigos desde hace mucho tiempo y son, como yo, gente de paz y buenos ciudadanos.

—¿Y qué dices de los otros? Los que no conocías antes, ¿qué me dices de ellos? No te merecen tan buena idea, ¿verdad? ¡Contesta!

—De los demás no sé, señor. No podría decirle mucho. Hace poco que los conozco.

—Y sin embargo, convives con ellos y con ellos conspiras, estafas a las viudas con supuestas resurrecciones y otras patrañas ya bien conocidas.

—Creo que son buenos muchachos, señor. Respecto a los milagros, existen actas notariales...

—Sí, ya sé cómo se hacen esas actas notariales. ¡No hagas más el idiota y respóndeme! ¿El Jefe es uno de esos antiguos amigos tuyos?

—No señor. Le conocí hace apenas unos meses. Se alojó en mi casa, cuando le presté mi lancha para predicar a los pescadores que regresaban de mar adentro. No le conocía antes, señor.

—¡Ajá! ¿Y le seguiste sin conocerlo siquiera?

—No tengo ahora redes, señor. Las alquilé a unos pescadores del lago y en lugar de quedarme en casa, pues...

—¡Te lanzaste a los caminos como un buhonero! ¡Vaya, viejo, vaya! No has dado muestras de mucho juicio. ¿Qué opinas del tal Maestro? ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué pretende con su agitación? Vamos, ¡contesta! Tú eres vecino de esta ciudad, tienes fama de hombre serio y honesto, se te aprecia entre tus compañeros de labor; ¿vas a echar a perder tu buen nombre y tu profesión, servida por tantos años con riesgo de tu vida y amargos esfuerzos, sólo por ayudar a un hombre del que no sabes siquiera quiénes son sus padres, ni dónde nació?

—No, señor. Pienso volver a mi trabajo. Quería sólo conocer un poco los caminos

de tierra firme. He pasado toda mi vida navegando y nunca me había internado tierra adentro. Ya lo hice. Ahora volveré a mi trabajo.

—Bien. Veremos si no es muy tarde para arrepentirse. Ven, firma aquí y te dejaremos tranquilo; regresarás a tu lancha y a tus redes.

El viejo examinó el escrito. Era una larga y complicada secuencia de fórmulas penales que escondían algo simple: su retractación de toda connivencia o comunidad de ideas con el Maestro y una encubierta pero concluyente confesión de que lo había seguido sin fe alguna en su doctrina, y más por curiosidad y aventura que por otra causa. Firmó en silencio y fue llevado a una estrecha alcoba en donde roncaban dos oficiales. Trascendía a licor barato y a sudor agrio y penetrante. Le dieron una manta y le señalaron un pequeño catre metálico que tenía un astroso colchón manchado en el centro por el uso. Allí se tendió y se sumió en el sueño.

Soñó que daba de beber a unos caballos que le miraban fijamente con sus grandes ojos acuosos y tristes, antes de bajar la cabeza hacia el balde con agua que él levantaba apenas del suelo. A lo lejos, su madre, parada en un acantilado y con las fuertes piernas abiertas para no perder el equilibrio, mecía una gran vela blanca a manera de señal hacia el mar solitario y dormido. Los caballos, al agacharse para beber, comentaban en un lenguaje incomprensible y en voz baja algo vergonzoso relacionado con la mujer y sus ademanes. Él, turbado, trataba de sonreír, como si no quisiera darse por enterado de lo que hablaban las bestias que cada vez pifaban con mayor fuerza. Le despertó el golpe de las culatas en las losas del patio. Una compañía de granaderos formaban para el rancho de la mañana.

Estuvo rondando por los corredores sin que nadie se ocupara de él. Varias veces intentó, sin éxito, descubrir el sitio en donde los encerraran la noche anterior. Se perdía en un laberinto de pasillos y puertas que se abrían y cerraban continuamente, dando paso a guardias y ayudantes que se alejaban presurosos con aire preocupado. En su mente se habían borrado las horas transcurridas desde cuando viajaban en el ómnibus por las orillas del lago, en dirección a la ciudad. Una molesta desazón le impedía estar quieto, como si tuviera algo muy urgente que hacer y no pudiera recordar qué era.

Hacia el mediodía, al abrirse una de las puertas que daban al fondo del patio, oyó un quejido como el que lanzan los toros cuando los castran con un golpe de maza, mezclado con carcajadas de mujeres al parecer ebrias. La puerta se cerró apagando los quejidos y las risas. El viejo volvió de un golpe a la realidad de la noche anterior y a los sucesos que lo habían traído allí. Pensó en el Maestro, en su inseparable bufanda, en el hombre de la gabardina. No había llegado con ellos. Tampoco había estado en el puerto. O tal vez sí. Al comienzo. Sí, estaba al comienzo, pero después se había esfumado. Y el joven mecánico y sus parientas de dudosas costumbres, y el vendedor de aves disecadas y su garrulería inagotable. Una aguda punzada le obligó a bajar la cara. Los había traicionado. Los había negado. Había negado al Maestro. Le había hecho aparecer como un desconocido al que siguió por no hallar distracción

mejor durante su pasajera ociosidad. Y la verdad era que él le había presentado a su madre cuando fueron a las montañas durante el verano, y juntos habían ido donde el padre para contratar con él un trabajo de carpintería en la lancha del pescador y los dos viejos habían conversado largamente de sus buenos tiempos y de las aulagas por que pasaron en el aprendizaje de su oficio. Y había más. Pedro era quien había insistido en seguirle, porque el Maestro se mostró al comienzo algo remiso en aceptarlo, por considerar que estaba ya en el ocaso de su vida y la tarea que le exigía podía estar por encima de sus fuerzas y de la agilidad de su mente. Era el único con el cual el Maestro tuviera una amistad personal, una particular e íntima simpatía y hasta cierto respeto por la madurez de sus años. ¡Y él lo había negado! ¡Y el Maestro se lo había predicho con amable clarividencia!

Lo sacó de sus penosas meditaciones la irrupción en el patio por la puerta donde se oyeron el alboroto, de dos mujeres vestidas con ajados y costosos trajes de noche y todavía con ciertas señales de ebriedad. Las acompañaba un policía que sonreía con ellas de algo que sucediera adentro, tras de la puerta.

—¡Yo soy la fuente de la vida y la eterna resurrección! —Gritaba la más joven, que tenía un aire masculino y deportivo, al mismo tiempo marcadamente vicioso e histérico—. ¡Qué agallas de tipo! Al principio creí que me estaba proponiendo algo y no entendí hasta cuando le vi cerca. Ja... ja... ja... ¡Con esos anzuelos cualquiera resucita! Tu muñequita te resucita, precioso. Déjame, te resucito, mi rorro, ¡déjate hacer! Y la cara que puso. Ja... ja... ja... ¡Como si lo hubiera picado un bicho!

—Y el muchacho. ¿Qué te pareció el muchacho? ¡El mecánico! —Aclaró la otra, una morena alta, en la que se adivinaba la frigidez tras la crueldad de los gruesos labios inmóviles y la mirada lánguida y calculada de los grandes ojos muertos—. ¡Cómo lo consolaba desde su celda! Yo creo que es de esos. ¿Viste cómo lloraba por su Maestro? ¡Su querido Maestro! Así se dirán ahora. ¡Cada día inventan un nombre nuevo!

Pasaron a su lado sin mirarle, dejando un aroma trasnochado y agrio, mezcla de perfume caro y de vómito, con un balanceo largo y marcial de las piernas y las caderas «Como yeguas en el “padock” antes de la carrera —pensó—, y como ellas inútiles, excitadas, caprichosas, dañinas e insolentes». Cruzaron el patio y salieron por la puerta del centro. El guardia las acompañó hasta la calle y regresó orgulloso de la familiaridad postiza con que le trataron las muchachas. Quería insinuar que había logrado con ellas mucho más de lo que pudieran creer sus camaradas. «Y todo por una repentina simpatía bohemia, una loca amistad deportiva que creen muy civilizada» —pensó el viejo—. Hablaban de él, entonces.

De él y del muchacho. Debieron divertirse a su costa. Esas eran las carcajadas y los gemidos. Un doloroso pánico le subió por las entrañas y se anudó en la garganta. ¿Y los otros? ¿Qué sería de los otros? Los guardias pasaban sin hacerle caso y no contestaban a sus tímidos intentos por averiguar algo. Por fin, uno, menos urgido quizás o más amable, se detuvo:

—¿Qué quieres abuelo? ¿Qué se te ha perdido por aquí?

—¿Sabes algo del Maestro? ¿Dónde están sus discípulos?

—No me dirás que perteneces a esa banda de infelices. Tienes aspecto respetable y tus canas no van con esas payasadas.

—No, desde luego que no tengo nada que ver con ellos. Era pura curiosidad... Como hablan tanto de la cosa.

—Pues le echaron toda la culpa al que los dirigía. Los demás salieron esta madrugada menos el joven que insiste en quedarse para ayudarle a pasar las últimas horas. Ha confesado algunas cosas. Lo suficiente para acusarlo de conspirar contra la seguridad del Estado, fraude y otros delitos peores. Esta tarde lo ejecutan. Creo que está un poco tocado; vaya, que no se le entiende mucho lo que dice. ¿Quieres verlo?

—No —contestó el anciano atemorizado—, era por curiosidad... gracias, muchas gracias.

—Bueno, pero ¿y tú qué haces aquí? —preguntó el otro, intrigado de pronto por la presencia del viejo a esas horas en los patios, cuyo acceso sólo se permitía al personal de vigilancia y a detenidos muy especiales.

—¿Yo? —titubeó el pobre, más asustado todavía—. Nada... nada... una multa ¿sabes? Pesca en aguas de la Base Naval... los reglamentos... ya conoces... son muy estrictos... es decir... nada serio.

—Bueno, bueno —contestó el guardia tranquilizado ya—. Que arregles pronto tu asunto, abuelo. Ya ves, este sitio no es para ti. ¡Estas putas han armado escándalo toda la noche! Estaban empeñadas en meterse con el profeta y le dijeron todo lo que les pasó por la cabeza, hasta que se las tuvieron que llevar por la fuerza. No es espectáculo para tus canas. Bueno, que salgas pronto. Adiós.

—Gracias —repuso Pedro—. Muchas gracias. Adiós.

Y se quedó inmóvil, profundamente abstraído, sintiendo que una gran vergüenza tornaba a invadirle. Pero esta vez, una sensación de suave relajamiento de ciertos resortes interiores, comenzó a dominar sobre el remordimiento; y algunos recuerdos de su vida en el mar, de su familia, de su diaria rutina portuaria, comenzaron a emerger formando una sólida corteza sobre la cual resbalaba la vergüenza, sin herir ya ciertas zonas profundas y secretas que volvían a la paz de sus tinieblas.

Pasó el mediodía y, a eso de la una, dos guardias, con expresión turbada de penoso agotamiento, salieron por una puerta del fondo y le hicieron señal de acercarse. Tenían la expresión de haber cometido algo vergonzoso y prohibido. Las canas del viejo los apenaron aún más y sólo atinaron a pronunciar un «síguenos» harto inseguro, con voz pastosa y áspera que despertó en aquél el mismo terror de la última noche. Pasaron por un estrecho corredor con puertas de hierro pintadas de blanco. Al fondo, una pequeña sala, al parecer oficina o consultorio médico, se destacaba intensamente iluminada. Unas sillas, un sofá de consulta en cuero color rojo oscuro, algunos aparatos quirúrgicos con unos balones de oxígeno y cilindros de gases de anestesia, acababan de confirmar el aspecto de enfermería del conjunto. Un

fuerte olor a desinfectante, mezclado con el dulzón de la sangre fresca, flotaba en el ambiente. Entró deslumbrado por la intensa luz de las lámparas. Los guardias le empujaron suavemente tomándole por los hombros.

—Quiere hablarte. El delegado dio permiso. Ya no hay más que hacer con él. Pueden conversar cuanto quieran. Ya vendremos por ti cuando sea hora. Vamos... entra —y salieron haciendo sonar sus botas en el silencio del pasillo.

El viejo comprendió de repente. Un movimiento instintivo de seguir a los guardias, de huir, de no ver aquello que se tambaleaba grotescamente amarrado a un blanco trípode metálico, escupiendo sangre y gimiendo como un niño lastimado, le hizo retroceder hasta la puerta, que en ese momento se cerraba tras él por la acción de un poderoso resorte. Confuso, lleno de vergüenza y sintiendo que un ardiente sentimiento de piedad animal le invadía quemándole la garganta, se acercó hasta sentir contra su rostro la entrecortada respiración que salía por los orificios que, uniendo lo que había sido boca y narices, servían para insuflar un poco de aire a las maceradas carnes de la víctima. Le miró en silencio y lágrimas de asoladora ternura comenzaron a correr por su curtido rostro de marino, a tiempo que repercutían en él todas las heridas y vejaciones que en el otro palpitaban con propio y especial impulso reflejo.

Estaba desnudo, la cara caída hacia adelante, deformada a puñetazos con manopla que le habían borrado todo perfil humano. Un ojo vaciado de la órbita le colgaba en un blancuzco pingajo sanguinolento. El otro se movía sin parar, loco en la órbita despellejada. Habían insistido sobre la fractura, hasta lograr la luxación completa del miembro. El otro brazo tenía horribles quemaduras y de las uñas goteaba un ácido que hacía burbujas en el piso y se extendía en una mancha negruzca. Las piernas, brutalmente abiertas, descubrían, al fondo, la hinchazón monstruosa de los testículos, de cuya piel colgaban multitud de anzuelos de los que usan los pescadores de truchas, unos con plumillas de vivos colores, otros con un delicado insecto de élitros vibrantes, algunos con cucharillas niqueladas que giraban entre vivos destellos y los demás con objetos de formas indeterminadas y vistosas. Un hilo pasaba por los anzuelos uniéndolos a una cuerda que colgaba hasta el suelo. Los pies le temblaban sin descanso y los dedos le habían sido cortados de raíz. La postura del cuerpo, el escorzo del tronco sentado en el banquillo de cirugía, tenía algo de irrisorio espantapájaros que movía a mayor lástima quizá que las heridas. De pronto, una voz salió por entre rosadas burbujas formadas a medida que las palabras se abrían paso torpemente por el agujero en donde antes estaba la boca.

—Quise hablarte, Pedro, sólo a ti, porque sé que tu espíritu es débil pero tu corazón es más grande que el de tus hermanos y tiene ya menos cosas que lo distraigan de su verdadero destino. Tú serás mi seguidor, sobre mi muerte edificarás la palabra eterna y con ella te harás invencible y las fuerzas del mal nada podrán contra ti, ni contra los que sepan escucharte y seguirte. Me han hecho confesar horribles mentiras. Los pobres, los que nada tienen que perder, sabrán que estas

patrañas han sido fruto del dolor y de la debilidad de esta carne infeliz. Ellos te oirán y con ellos fundarás mi familia. No podrás esquivar tu misión y ha terminado la paz de tus días y la felicidad de tu oficio. Vete.

El viejo sollozaba, de rodillas ante el cuerpo que hablaba. Con un pañuelo intentó limpiar la informe masa del rostro tan ajeno ya a las palabras que emitiera. Un movimiento de impaciencia sacudió el cuerpo e hizo tambalear la silla a la que estaba amarrado:

—Déjame, te digo. Muy pronto tendré que dar cuenta de la misión que se me confiara entre los hombres. No tengas piedad de mí. Ten piedad por ti y llora por los días que te esperan. ¡Vete!

El viejo comenzó a levantarse y retrocedía hacia la puerta sin quitar los ojos del suplicado, cuando dos hombres vestidos de blanco y con guantes de cirugía entraron llevando unos estuches metálicos y unos frascos.

—Déjanos solos —le ordenaron—, vamos a arreglarlo para que lo puedan exponer ante el público y no debe quedar huella del trabajo de los guardias. La tarea es dura y sólo contamos con unas pocas horas. Vamos, saliendo... pronto.

Mientras uno le llevaba hasta la puerta, el otro se puso a ordenar sobre una mesa pinzas, cuchillos y otros instrumentos de variadas formas y tamaños.

Quedó solo en el corredor, sin saber hacia dónde dirigirse. Senda un cansancio que le calaba hasta los huesos y un dolor que le horadaba las entrañas, impidiéndole pensar y hasta moverse. Lloraba, lloraba incansable y silenciosamente, como si una vía allá adentro se hubiera roto y fluyera incontrolable. Alguien, al pasar, le empujó sin verlo. Oyó que le pedían perdón y contestó sin escuchar sus propias palabras. Pasó mucho tiempo. Para él fueron anchos espacios estriados de dolor, de terrible solidaridad con el hombre. Vastos espacios sin tiempo, de los que fue rescatado por la voz de uno de los enfermeros que le alcanzaba algo irreconocible.

—Toma, dijo que era para ti.

Alargó la mano y sintió el peso de una tela mojada en sangre. Reconoció el pañuelo de seda y lo que habían sido las estilizadas líneas de los campeones de regatas, que semejaban, por obra de la sangre seca, confusos trazos de un lenguaje milenario en una tela trabajada por la acción de los siglos y el olvido de los hombres.

Caminó sonámbulo hasta el patio y allí se recostó en una de las columnas laterales y le dominó el sueño. Al salir de la vigilia, le llegó una frase que después olvidó para siempre y que fue la materia de sus pesadillas de esa noche: «Viejo como los peces con carne de mármol y olor malva».

Cuando despertó era de noche. Le habían echado encima una manta de cuartel en la que se envolvió para seguir durmiendo. Miró hacia las estrellas y sin percibir ni entender la oscuridad celeste, tornó a hundirse en el sueño. Le despertaron a la mañana siguiente ruidos de botas y armas. Abrió los ojos y vio a un guardia que se enjugaba los dientes y escupía en los resumideros del patio un líquido blanco con olor a menta. Sintió los miembros entumecidos por el duro lecho de baldosas sobre el que había

dormido. Un sargento, que hacía rato le miraba, se acercó y le dijo:

—Oye anciano, ya dormiste tu borrachera, ahora vete y otra vez no busques más líos con la policía.

Pedro le miró y se dio cuenta, por el color de las insignias, que se trataba de un nuevo regimiento que había venido a relevar al del día anterior. Le tomaban, tal vez, por uno de esos borrachos trasnochadores y bullangueros que en su errante ebriedad suelen ir a parar a los barrios tranquilos y respetables. Se puso en pie con dificultad y una ola de mareo y náuseas le pasó ante los ojos y le subió hasta la boca. El aire fresco de la mañana le dio fuerzas suficientes para andar y se encaminó hacia la puerta de salida. Empezaba él mismo a convencerse de que en verdad había llegado allí por algún escándalo de cantina. Al empujar la puerta, una voz seca y militar gritó:

—¡Eh! ¿Adónde va ése? ¿Quién le dijo que saliera? ¡Alto!

Alguien le tomó por el brazo, haciéndole voltear bruscamente. Un corpulento oficial a medio vestir le miró de pies a cabeza examinándole con somnolienta parsimonia.

—El sargento —repuso Pedro—, el sargento me dijo que podía salir, señor —y señaló al fondo del patio en donde el sargento que le había dicho que podía irse estaba limpiando una pistola.

—¡Sargento! —gritó el oficial—. ¿Qué pasa con éste?

—Sí, mi capitán. No hay nada contra él. No dejaron ningún papel los del turno de anoche. Parece que llegó borracho y le pusieron una multa o no sé qué.

—Está bien, puedes irte, y más juicio para otra ocasión, ¿eh?

El anciano abrió la puerta y penetró a un largo y oscuro pasillo en donde habían apagado ya las luces y no llegaba todavía la claridad de la mañana. Allá, en el fondo, un sol color manzana repartía sobre la calle una tierna luz sin sombras. El pescador se dirigió a la salida, titubeando aún pero más despierto ya y con la conciencia de que algo le esperaba afuera que lo liberaría de esa incómoda y vaga carga que le pesaba en un rincón de la memoria. De pronto, cuando iba a trasponer el umbral, alguien le llamó de nuevo desde adentro. Era el capitán que asomaba para preguntarle:

—¡Eh! ¡Tú! ¿No pertenecías acaso a los seguidores del que ejecutaron ayer tarde? Pedro se volvió a mirarlo y se detuvo sin saber qué decir.

—No, no sé quién era, señor —logró por fin contestar—. Soy pescador del puerto. Tengo mi matrícula en orden. No tengo nada que ver con ningún ajusticiado. La matrícula ¿sabe usted?... en aguas de la Base... pero pagué... estoy en orden. Yo... ¿sabe usted?

—Está bien —le interrumpió jovialmente el otro—. Lárgate y buena suerte. Y se oyó un portazo que trajo de nuevo la penumbra al pasillo.

Al cruzar el umbral se bañó en la tibia claridad de la calle. Un gallo lanzó hasta el cielo las cuatro notas de su canto, como un volatinero que inicia el espectáculo tirando a lo alto las espadas que después irá a tragarse. El canto inauguró la mañana poblándola de todos esos ruidos con los que el hombre pone de nuevo en marcha su

vida sobre la tierra.

El anciano pescador bajó al puerto. A medida que se acercaba al mar, sitios y caras familiares le fueron abriendo las puertas del mundo. Los días del pasado volvieron a llenarse con el inconfundible lastre de recuerdos, amargos o felices, pero materia singular e incanjeable de su vida, que lo empujaba otra vez a ser un hombre entre los hombres, sin más doctrina que las enseñanzas del mar, sus astucias y repentinos furoros y sus calmas también inesperadas y agotadoras. Subió a su barca y se puso a trabajar en el arreglo y ajuste de la maquinaria. El contacto con las herramientas, el ronroneo de los motores, el viento marino barriendo la lisa madera de la cubierta, fueron hundiéndole más en sus asuntos y aligerándole del agobiador lastre que la enajenada presencia del Maestro acumulara sobre el hábil perseguidor de cachalotes y bancos de atún. Puso a andar la lancha y puso proa hacia la Jefatura del Puerto. Iba a renovar su permiso de pesca. La vibración de la hélice y el desorden de las aguas alrededor de la achatada proa, le acabaron de soldar con el mundo y entonces comprendió por qué había negado al Maestro y cuán extraño era a su doctrina y al imposible sacrificio que suponía. Todo lo sucedido en las últimas semanas comenzó a retroceder buscando su justo lugar en el pasado, ordenándose en la memoria con otros muchos recuerdos, y perdiendo esa particular energía, ese vertiginoso prestigio que estuviera a punto de hacerlo renegar de su condición entre los hombres.

Lavó el pañuelo en el agua que entraba por la borda y lo puso a secar en una de las ventanillas laterales. Las siluetas de los esbeltos yates comenzaron a destacarse de nuevo sobre el fondo marfil y celeste de la seda.



## La muerte del estratega

Algunos hechos de la vida y la muerte de Alar el Ilirio, estratega de la Emperatriz Irene en el Thema de Lycandos, ocuparon la atención de la Iglesia cuando, en el Concilio Ecuménico de Nicea, se habló de la canonización de un grupo de cristianos que sufrieran martirio a manos de los turcos en una emboscada en las arenas sirias. Al principio, el nombre de Alar se mencionaba junto con el de los demás mártires. Quien vino a poner en claro el asunto fue el patriarca de Laconia, Nicéforo Kalitzés, al examinar algunos documentos relativos al Estratega y a su familia, que aportaron nuevas luces sobre la vida de Alar y alejaron cualquier posibilidad de entronizarlo en los altares. Finalmente, cuando se dieron a conocer en el Concilio las cartas de Alar a Andrónico, su hermano, la Iglesia impuso un denso silencio en torno al Ilirio y su nombre volvió a la oscuridad, de donde lo rescatara la ambición política de la Iglesia de Oriente.

Alar, llamado el Ilirio por la forma peculiar de sus ojos hundidos y rasgados, era hijo de un alto funcionario del Imperio, que gozó del favor del Basileus en tiempos de la lucha de las imágenes. El hábil cortesano se ocupó bien poco de la educación de su hijo y convino en que la recibiera en Grecia, bajo la influencia de los últimos neoplatónicos. En el desorden de la decadente Atenas, perdió Alar todo vestigio, si lo tuvo algún día, de fe en el Cristo. Tampoco el padre se había distinguido por su piedad, y su alta posición en la Corte la ganó más por su inagotable reserva de sutilezas diplomáticas que por su fervor religioso. Pero cuando el muchacho regresó de Atenas, el padre no pudo menos de asombrarse ante la forma descuidada y ligera como se refería a los asuntos de la Iglesia. Y, aunque se vivía entonces los momentos de más cruenta persecución iconoclasta, no por eso dejaba el Palacio de Magnaura de estar erizado de mortales trampas teológicas y litúrgicas. Gente mejor colocada que Alar y con mayor ascendiente con el Autócrator, había perdido los ojos y, a menudo, la vida, por una frase ligera o una incompuesta en el templo.

Mediante hábiles disculpas, el padre de Alar consiguió que el Emperador incorporase al Ilirio a su ejército y el muchacho fue nombrado Turmarca en un regimiento acantonado en el puerto de Pelagos. Allí comenzó la carrera militar del futuro Estratega. Como hombre de armas, Alar no poseía virtudes muy sólidas. Un cierto escepticismo sobre la vanidad de las victorias y ninguna atención a las graves consecuencias de una derrota, hacían de él un mediocre soldado. En cambio, pocos le aventajaban en la humanidad de su trato y en la cordial popularidad de que gozaba entre la tropa. En lo peor de la batalla, cuando todo parecía perdido, los hombres volvían a mirar al Ilirio que combatía con una amarga sonrisa en los labios y conservando la cabeza fría. Esto bastaba para devolverles la confianza y, con ella, la victoria.

Aprendió con facilidad los dialectos sirios, armenios y árabes, y hablaba corrientemente el latín, el griego y la lengua franca. Sus partes de campaña le fueron

ganando cierta fama entre los oficiales superiores por la claridad y elegancia del estilo. A la muerte de Constantino IV, Alar había llegado al grado de General de Cuerpo de Ejército y comandaba la guarnición de Kipros. Su carrera militar, lejos de las peligrosas intrigas de la Corte, le permitió estar al margen de las luchas religiosas que tan sangrientas represiones despertaron en el Imperio de Oriente. En un viaje que el Basileus León hizo a Paphos en compañía de su esposa, la bella Irene, la joven pareja fue recibida por Alar, quien supo ganarse la simpatía de los nuevos autócrates, en especial la de la astuta ateniense, que se sintió halagada por el sincero entusiasmo y la aguda erudición del General en los asuntos helénicos. También León tuvo especial placer en el trato con Alar, y le atraía la familiaridad y llaneza del Ilirio y la ironía con que salvaba los más peligrosos temas políticos y religiosos.

Por aquella época, Alar había llegado a los treinta años de edad. Era alto, con cierta tendencia a la molicie, lento de movimientos, y a través de sus ojos semicerrados e irónicos dejaba pasar cautelosamente la expresión de sus sentimientos. Nadie le había visto perder la cordialidad, a menudo un poco castrense y franca. Se absorbía días enteros en la lectura con preferencia de los poetas latinos. Virgilio, Horacio y Catulo le acompañaban a dondequiera que fuese. Cuidaba mucho de su atuendo y sólo en ocasiones vestía el uniforme. Su padre murió en la plenitud de su prestigio político, que heredó Andrónico, hermano menor del Estratega, por quien éste sentía particular afecto y mucha amistad. El viejo cortesano había pedido a Alar que contrajera matrimonio con una joven de la alta burguesía de Bizancio, hija de un grande amigo de la casa. Para cumplir con el deseo del padre, Alar la tomó por esposa, pero siempre halló la manera de vivir alejado de su casa, sin romper del todo con la tradición y los mandatos de la Iglesia. No se le conocían, por otra parte, los amoríos y escándalos tan comunes entre los altos oficiales del Imperio. No por frialdad o indiferencia, sino más bien por cierta tendencia a la reflexión y al ensueño, nacida de un temprano escepticismo hacia las pasiones y esfuerzos de las gentes. Le gustaba frecuentar los lugares en donde las ruinas atestiguaban el vano intento del hombre por perpetuar sus hechos. De allí su preferencia por Atenas, su gusto por Chipre y sus arriesgadas incursiones a las dormidas arenas de Heliopolis y Tebas.

Cuando la Augusta lo nombró Hypatoï y le encomendó la misión de concertar el matrimonio del joven Basileus Constantino con una de las princesas de Sicilia, el General se quedó en Siracusa más tiempo del necesario para cumplir su embajada. Se escondió luego en Tauromenium, adonde lo buscaron los oficiales de su escolta para comunicarle la orden perentoria de la Despoina de comparecer ante ella sin tardanza. Cuando se presentó a la Sala de los Delfines, después de un viaje que se alargó más de lo prudente, a causa de las visitas a pequeños puertos y calas de la costa africana, que escondían ruinas romanas y fenicias, la Basilissa había perdido por completo la paciencia. «Usas el tiempo del César en forma que merece el más grave castigo —le increpó—. ¿Qué explicación me puedes dar de tu demora? ¿Olvidaste, acaso, el

motivo por el cual te enviamos a Sicilia? ¿Ignoras que eres un Hypatoï del Autocrátor? ¿Quién te ha dicho que puedes disponer de tu tiempo y gozar de tus ocios mientras estás al servicio del Isapóstol, hijo del Cristo? Respóndeme y no te quedes ahí mirando a la nada, y borra tu insolente sonrisa, que no es hora ni tengo humor para tus extrañas salidas». «Señora, Hija de los Apóstoles, bendecida de la Theotokos, Luz de los Evangelios —contestó imperturbable el Ilirio—, me detuve buscando las huellas del divino Ulyses, inquiriendo la verdad de sus astucias. Pero este tiempo, ni fue perdido para el Imperio, ni gastado contra la santa voluntad de vuestros planes. No convenía a la dignidad de vuestro hijo, el Porphyrogeneta, un matrimonio a todas luces desigual. No me pareció, por otra parte, oportuno, enviaros con un mensajero, ni escribiros, las razones por las que no quise negociar con los príncipes sicilianos. Su hija está prometida al heredero de la casa de Aragón por un pacto secreto, y habían promulgado su interés en un matrimonio con vuestro hijo, con el único propósito de encarecer las condiciones del contrato. Así fue como ellos solos, ante mi evidente desinterés en tratar el asunto, descubrieron el juego. En cuanto a mi regreso, ¡oh escogida del Cristo!, estuvo, es cierto, entorpecido por algunas demoras en las cuales mí voluntad puso menos que el deseo de presentarme ante ti». Aunque no quedó Irene muy convencida de las especiosas razones del Ilirio, su enojo había ya cedido casi por completo. Como aviso para que no incurriera en nuevos errores, Alar fue asignado a Bulgaria con la misión de reclutar mercenarios.

En la polvorienta guarnición de un país que le era especialmente antipático, Alar sufrió el primero de los varios cambios que iban a operarse en su carácter. Se volvió algo taciturno y perdió ese permanente buen humor que le valiera tantos y tan buenos amigos entre sus compañeros de armas y aun en la Corte. No es que se le viera irritado, ni que hubiera perdido esa virtud muy suya de tratar a cada cual con la cariñosa familiaridad de quien conoce muy bien a las gentes. Pero, a menudo se le veía ausente, con la mirada fija en un vacío del que parecía esperar ciertas respuestas a una angustia que comenzaba a trabajar su alma. Su atuendo se hizo más sencillo y su vida más austera.

El cambio, en un principio, sólo fue percibido por sus íntimos, y en el ejército y la Corte siguió gozando del favor de quienes le profesaban amistad y admiración. En una carta del higoumeno Andrés, grande amigo de Alar y conecedor avisado de las religiones orientales, dirigida a Andrónico con el objeto de informarle sobre la entrevista con su hermano, el venerable relata hechos y palabras del Ilirio que en mucho contribuyeron a echar por tierra el proyecto de canonización. Dice, entre otras cosas:

«Encontré al General en Zorosgrad. Pagaba los primeros mercenarios y se ocupaba de su entrenamiento. No lo hallé en la ciudad ni en los cuarteles. Había hecho levantar su tienda en las afueras de la aldea, a orillas de un arroyo, en medio de una huerta de naranjos, el aroma de cuyas flores prefiere. Me recibió con la cordialidad de siempre, pero lo noté distraído y un poco ausente. Algo en su mirada

hizo que me sintiera en vaga forma culpable e inseguro. Me miró un rato en silencio, y cuando esperaba que preguntaría por ti y por los asuntos de la Corte o por la gente de su casa, me inquirió de improviso: “¿Cuál es el Dios que te arrastra por los templos, venerable? ¿Cuál, cuál de todos?”. “No comprendo tu pregunta” —le contesté. Y él, sin volver sobre el asunto, comenzó a proponerme, una tras otra, las más diversas y extrañas cuestiones sobre la religión de los persas y sobre la secta de los brahmanes. Al comienzo creí que estaba febril. Después me di cuenta que sufría mucho y que las dudas lo acosaban como perros feroces. Mientras le explicaba algunos de los pasos que llevan a la perfección o Nirvana de los hindúes, saltó hacia mí, gritando: “¡Tampoco es ese el camino! ¡No hay nada que hacer! No podemos hacer nada. No tiene ningún sentido hacer algo. Estamos en una trampa”. Se recostó en el camastro de pieles que le sirve de lecho y, cubriéndose el rostro con las manos, volvió a sumirse en el silencio. Al fin, se disculpó diciéndome: “Perdona, venerable Andrés, pero llevo dos meses tragando el rojo polvo de Dacia y oyendo el idioma chillón de estos bárbaros, y me cuesta trabajo dominarme. Dispénsame y sigue tu explicación, que me atañe en mucho”. Seguí mi exposición, pero había ya perdido el interés en el asunto, pues más me preocupaba la reacción de tu hermano. Comenzaba a darme cuenta de cuán profunda era la crisis por la que pasaba. Bien sabes, como hermano y amigo queridísimo suyo, que el General cumple por pura fórmula y sólo como parte de la disciplina y el ejemplo que debe a sus tropas, con los deberes religiosos. Para nadie es ya un misterio su total apartamiento de nuestra Iglesia y de toda otra convicción de orden religioso. Como conozco muy bien su inteligencia y hemos hablado en muchas ocasiones sobre esto, no pretendo siquiera intentar su conversión. Temo, sí, que el Venerable Metropolitano Miguel Lakadianos, que tanta influencia ejerce ahora sobre nuestra muy amada Irene y que tan pocas simpatías ha demostrado siempre por vuestra familia, pueda enterarse en detalle de la situación del Ilirio y la haga valer en su contra ante la Basilissa. Esto te lo digo para que, teniéndolo en cuenta, obres en favor de tu hermano y mantengas vivo el afecto que siempre le ha sido dispensado. Y antes de pasar a otros asuntos, ajenos al General, quiero relatarte el final de nuestra entrevista. Nos perdimos en un largo examen de ciertos aspectos comunes entre algunas herejías cristianas y las religiones del Oriente. Cuando parecía haber olvidado ya por completo su reciente sobresalto, y habíamos derivado hacia el tema de los misterios de Eleusis, el General comenzó a hablar, más para sí que conmigo, dando rienda suelta a su apasionado interés por los helenos. Bien conoces su inagotable erudición sobre el tema. De pronto, se interrumpió y mirándome como si hubiera despertado de un sueño, me dijo, mientras acariciaba la máscara mortuoria que le enviaste de Creta: “Ellos hallaron el camino. Al crear los dioses a su imagen y semejanza dieron trascendencia a esa armonía interior, imperecedera y siempre presente, de la cual manan la verdad y la belleza. En ella creían ante todo y por ella y a ella sacrificaban y adoraban. Eso los ha hecho inmortales. Los helenos sobrevivirán a todas las razas, a todos los pueblos, porque del

hombre mismo rescataron las fuerzas que vencen a la nada. Es todo lo que podemos hacer. No es poco, pero es casi imposible lograrlo ya, cuando oscuras levaduras de destrucción han penetrado muy hondo en nosotros. El Cristo nos ha sacrificado en su cruz, Buda nos ha sacrificado en su renunciación, Mahoma nos ha sacrificado en su furia. Hemos comenzado a morir. No creo que me explique claramente. Pero siento que estamos perdidos, que nos hemos hecho a nosotros mismos el daño irreparable de caer en la nada. Ya nada somos, nada podemos. Nadie puede poder”. Me abrazó cariñosamente. No me dijo más, y abriendo un libro se sumió en su lectura. Al salir, me llevé la certeza de que el más entrañable de nuestros amigos, tu hermano amantísimo, ha comenzado a andar por la peligrosa senda de una negación sin límites y de implacables consecuencias».

Es de comprender la preocupación del higoumeno. En la Corte, las pasiones políticas se mezclan peligrosamente con las doctrinas de la Iglesia. Irene estaba cayendo, cada día más, en una intransigencia religiosa que la llevó a extremos tales como ordenar que le sacaran los ojos a su hijo Constantino por ciertas sospechas de simpatía con los iconoclastas. Si las palabras de Alar eran repetidas en la Corte, su muerte sería segura. Sin embargo, el Ilirio cuidábase mucho, aun entre sus más íntimos amigos, de comentar estos asuntos, que constituían su principal preocupación. Su hermano, que sorteaba hábilmente todos los peligros, le consiguió, pasado el lapso de olvido en Bulgaria, el ascenso a la más alta posición militar del Imperio, el grado de Estratega, delegado personal y representante directo del Emperador en los Themis del Imperio. El nombramiento no encontró oposición alguna entre las facciones que luchaban por el poder. Unos y otros estaban seguros de que no contarían con el Ilirio para fines políticos y se consolaban pensando en que tampoco el adversario contaría con el favor del Estratega. Por su parte, los Basileus sabían que las armas del Imperio quedaban en manos fieles y que jamás se tornarían contra ellos, conociendo, como conocían, el desgano y desprendimiento del Ilirio hacia todo lo que fuera poder político o ambición personal.

Alar fue a Constantinopla para recibir la investidura de manos de los Emperadores. El autocrátor le impuso los símbolos de su nuevo rango en la catedral de Santa Sofía y la Despoina le entregó el águila de los stratigoi, bendecida tres veces por el Patriarca Miguel. Cuando el Emperador León tomó el juramento de obediencia al nuevo Estratega, sus ojos se llenaron de lágrimas. Muchos citaron después este detalle como premonitorio del fin tristísimo de Alar y del no menos trágico de León. La verdad era que el Emperador se había conmovido por la forma austera y casi monástica como su amigo de muchos años recibía la más alta muestra de confianza y la más amplia delegación de poder que pudiera recibir un ciudadano de Bizancio después de la púrpura imperial.

Un gran banquete fue servido en el Palacio de Hiéria. Y el Estratega, sin mencionar ni agradecer al Augusto el honor inmenso que le dispensaba, entabló con León un largo y cordialísimo diálogo sobre algunos textos hallados por los monjes de

la isla de Prinkipo y que eran atribuibles a Lucrecio. Irene interrumpió en más de una ocasión la animada charla, y en una de ellas sembró un temeroso silencio entre los presentes y fue memorable la respuesta del Estratega. «Estoy segura —apuntó la Despoina— que nuestro Estratega pensaba más en los textos del pagano Lucrecio que en el santo sacrificio que por la salvación de su alma celebraba nuestro Patriarca». «En verdad, Augusta —contestó Alar— que me preocupaba mucho durante la Santa Misa el texto atribuido a Lucrecio, pero precisamente por la semejanza que hay en él con ciertos pasajes de nuestras sagradas escrituras. Sólo el verbo, que da verdad eterna a las palabras, está ausente del latín. Por lo demás, bien pudiera atribuirse su texto a Daniel el profeta, o al Apóstol Pablo en sus cartas». La respuesta de Alar tranquilizó a todos y desarmó a Irene que había hecho la pregunta en buena parte empujada por el Metropolitano Miguel. Pero el Estratega se dio cuenta de cómo su amiga había caído sin remedio en un fanatismo ciego que la llevaría a derramar mucha sangre, comenzando por la de su propia casa.

Y aquí termina la que pudiéramos llamar vida pública de Alar el Ilirio. Fue aquella la última vez que estuvo en Bizancio. Hasta su muerte permaneció en el Thema de Lycandos, en la frontera con Siria, y aún se conservan vestigios de su activa y eficaz administración. Levantó numerosas fortalezas para oponer una barrera militar a las invasiones musulmanas. Visitaba de continuo cada uno de estos puestos avanzados, por miserable que fuera y por perdido que estuviera en las áridas rocas o en las abrasadoras arenas del desierto.

Llevaba una vida sencilla de soldado, asistido por sus gentes de confianza, unos caballeros macedónicos, un anciano retórico dorio por el que sentía particular afección a pesar de que no fuera hombre de grandes dotes ni de señalada cultura, un juglar provenzal que se le uniera cuando su visita a Sicilia y su guardia de fieles «kazhares» que sólo a él obedecían y que reclutara en Bulgaria. La elegancia de su atuendo fue cambiando hacia un simple traje militar al cual añadía, los días de revista, el águila bendita de los stratigoi. En su tienda de campaña le acompañaban siempre algunos libros, Horacio infaliblemente, la máscara funeral cretense, obsequio de su hermano y una estatuilla de Hermes Trimegisto, recuerdo de una amiga maltesa, dueña de una casa de placer en Chipre. Sus íntimos se acostumbraron a sus largos silencios, a sus extrañas distracciones y a la severa melancolía que en las tardes se reflejaba en su rostro.

Era evidente el contraste de esta vida del Hirió con la que llevaban los demás estrategas del Imperio. Habitaban suntuosos palacios, haciéndose llamar «Espada de los Apóstoles», «Guardián de la Divina Theotokos», «Predilecto del Cristo». Hacían vistosa ostentación de sus mandatos y vivían con lujo y derroche escandalosos, compartiendo con el Emperador esa hierática lejanía, ese arrogante boato que despertaba en los súbditos de las apartadas provincias, abandonadas al arbitrio de los estrategas, una veneración y un respeto que tenía mucho de sumisión religiosa. Caso único en aquella época fue el de Alar el Ilirio, cuyo ejemplo siguieron después los

sabios emperadores de la dinastía Comnena, con pingües resultados políticos. Alar vivía entre sus soldados. Escoltado únicamente por los «kazhares» y por el regimiento de caballeros macedónicos, recorría continuamente la frontera de su Thema que limitaba con los dominios del incansable y ávido Ahmid Kabil, reyezuelo sirio que se mantenía con el botín logrado en las incursiones a las aldeas del Imperio. A veces se aliaba con los turcos en contra de Bizancio y, otras, éstos lo abandonaban en neutral complicidad, para firmar tratados de paz con el Autócrator.

El estratega aparecía de improviso en los puestos fortificados y se quedaba allí semanas enteras, revisando la marcha de las construcciones y comprobando la moral de las tropas. Se alojaba en los mismos cuarteles, en donde le separaban una estrecha pieza enjalbegada. Argiros, su ordenanza, le tendía un lecho de pieles que se acostumbró a usar entre los búlgaros. Allí administraba justicia, discutía con arquitectos y constructores y tomaba cuentas a los jefes de la plaza. Tal como había llegado, partía sin decir hacia dónde iba. De su gusto por las ruinas y de su interés por las bellas artes le quedaban algunos vestigios que salían a relucir cuando se trataba de escoger el adorno de un puente, la decoración de la fachada de una fortaleza o de rescatar tesoros de la antigua Grecia que habían caído en poder de los musulmanes. Más de una vez prefirió rescatar el torso de una Venus mutilada o la cabeza de una medusa, a las reliquias de un santo patriarca de la Iglesia de Oriente. No se le conocieron amores o aventuras escandalosas, ni era afecto a las ruidosas bacanales gratas a los demás estrategas. En los primeros tiempos de su mandato solía llevar consigo una joven esclava de Gales que le servía con silenciosa ternura y discreta devoción; y cuando la muchacha murió, en una emboscada en que cayera una parte de su convoy, el Ilirio no volvió a llevar mujeres consigo y se contentaba con pasar algunas noches, en los puertos de la costa, con muchachas de las tabernas con las que bromeaba y reía como cualquiera de sus soldados. Conservaba, sí, una solitaria e interior lejanía que despertaba en las jóvenes cierto indefinible temor.

En la gris rutina de esta vida castrense, se fue apagando el antiguo prestigio del Ilirio y su vida se fue llenando de grandes sombras a las cuales rara vez aludía, ni permitía que fuesen tema de conversación entre sus allegados. La Corte lo olvidó o poco menos. Murió el Basileus en circunstancias muy extrañas y pocas semanas después Irene se hacía proclamar en Santa Sofía «Gran Basileus y Autócrator de los Romanos». El imperio entró de lleno en uno de sus habituales períodos de sordo fanatismo, de rabiosa histeria teológica, y los monjes todopoderosos impusieron el oscuro terror de sus intrigas que llevaban a las víctimas a los subterráneos de las Blanquernas, en donde les eran sacados los ojos, o al Hipódromo, en donde las descuartizaban briosos caballos. Así era pagada la menor tibieza en el servicio del Cristo y de su Divina Hija, Estrella de la Mañana, la Divina Irene. Contra el Estratega nadie se atrevió a alzar la mano. Su prestigio en el ejército era muy sólido, su hermano había sido designado Protosebasta y Gran Maestro de las Escuelas, y la Augusta conocía la natural aversión del Ilirio a tomar partido y su escepticismo hacia

los salvadores del Imperio, que por entonces surgían a cada instante.

Y fue entonces cuando apareció Ana la Cretense, y la vida de Alar cambió de nuevo por completo. Era esta la joven heredera de una rica familia de comerciantes de Cerdeña, los Alesi, establecida desde hacía varias generaciones en Constantinopla. Gozaban de la confianza y el favor de la Emperatriz, a la que ayudaban a menudo con empréstitos considerables, respaldados con la recolección de los impuestos en los puertos bizantinos del Mediterráneo. La muchacha, junto con su hermano mayor, había caído en manos de los piratas berberiscos, cuando regresaban de Cerdeña en donde poseían vastas propiedades. Irene encomendó al Ilirio negociar el rescate de los Alesi con los delegados del Emir, quien amparaba la piratería y cobraba participación en los saqueos.

Pero antes de relatar el encuentro con Ana, es interesante saber cuál era el pensamiento, cuáles las certezas y dudas del Estratega, en el momento de conocer a la mujer que daría a sus últimos días una profunda y nueva felicidad y a su muerte una particular intención y sentido. Existe una carta de Alar a su hermano Andrónico, escrita cuatro días antes de recibir la caravana de los Alesi. Después de comentar algunas nuevas que sobre política exterior del Imperio le relatara su hermano, dice el Ilirio: «...y esto me lleva a confiar mi certeza en la nugacidad de ese peligroso compromiso de las mejores virtudes del hombre que es política. Observa con cuánta razón nuestra Basilissa esgrime ahora argumentos para implantar un orden en Bizancio, razón que ella misma hace diez años hubiera rechazado como atentatoria de las leyes del Imperio y grave herejía. Y cuánta gente murió entretanto por pensar como ella piensa hoy. Cuántos ciegos y mutilados por haber hecho pública una fe que hoy es la del Estado. El hombre, en su miserable confusión, levanta con la mente complicadas arquitecturas y cree que aplicándolas con rigor conseguirá poner orden al tumultuoso y caótico latido de su sangre. Nos hemos agarrado las manos en nuestra misma trampa y nada podemos hacer, ni nadie nos pide que hagamos nada. Cualquier resolución que tomemos, irá siempre a perderse en el torrente de las aguas que vienen de sitios muy distantes y se reúnen en el gran desagüe de las alcantarillas para confundirse en la vasta extensión del océano. Podrás pensar que un amargo escepticismo me impide gozar del mundo que gratuitamente nos ha sido dado. No es así, hermano queridísimo. Una gran tranquilidad me visita y cada episodio de mi rutina de gobernante y soldado se me ofrece con una luz nueva y reveladora de insospechadas fuentes de vida. No busco detrás de cada cosa significados remotos o improbables. Trato más bien de rescatar de ella esa presencia que me da la razón de cada día. Como ya sé con certeza total que cualquier comunicación que intentes con el hombre es vana y por completo inútil, que sólo a través de los oscuros caminos de la sangre y de cierta armonía que pervive a todas las formas y dura sobre civilizaciones e imperios podemos salvarnos de la nada, vivo entonces sin engañarme y sin pretender que otros lo hagan por mí ni para mí. Mis soldados me obedecen, porque saben que tengo más experiencia que ellos en ese trato diario con la muerte



que es la guerra; mis súbditos aceptan mis fallos, porque saben que no los inspira una ley escrita, sino lo que mi natural amor por ellos trata de entender. No tengo ambición alguna, y unos pocos libros, la compañía de los macedónicos, las sutilezas del Dorio, los cantos de Alcen el Provenzal y el tibio lecho de una hetaira del Líbano colman todas mis esperanzas y propósitos. No estoy en el camino de nadie, ni nadie se atraviesa en el mío. Mato en la batalla sin piedad, pero sin furia. Mato porque quiero que dure lo más posible nuestro Imperio, antes de que los bárbaros lo inunden con su jerga destemplada y su rabioso profeta. Soy un griego, o un romano de Oriente, como quieras, y sé que los bárbaros, así sean latinos, germanos o árabes, vengan de Kiev, de Lutecia, de Bagdad o de Roma, terminarán por borrar nuestro nombre y nuestra raza. Somos los últimos herederos de la Hellas inmortal, única que diera al hombre respuesta valedera a sus preguntas de bastardo. Creo en mi función de Estratega y la cumplo cabalmente, conociendo de antemano que no es mucho lo que se puede hacer, pero que el no hacerlo sería peor que morir. Hemos perdido el camino hace muchos siglos y nos hemos entregado al Cristo sediento de sangre, cuyo sacrificio pesa con injusticia sobre el corazón del hombre y lo hace suspicaz, infeliz y mentiroso. Hemos tapiado todas las salidas y nos engañamos como las fieras se engañan en la oscuridad de las jaulas del circo, creyendo que afuera les espera la selva que añoran dolorosamente. Lo que me cuentas del Embajador del Sacro Imperio Romano me parece ejemplo que ajusta a mis razones y debieras, como Logoteta que eres del Imperio, hacerle ver lo oscuro de sus propósitos y el error de sus ideas, pero esto sería tanto como...».

La caravana de los Alesi llegó al anochecer al puesto fortificado de Al Makhir, en donde paraba el Estratega en espera de los rehenes. El Ilirio se retiró temprano. Había hecho tres días de camino sin dormir. A la mañana siguiente, después de dar las órdenes para despachar la caballería turca que los había traído, dio audiencia a los rescatados ciudadanos de Bizancio. Entraron en silencio a la pequeña celda del Estratega y no salían de su asombro al ver al Protosebasta de Lycandos, a la Mano Armada del Cristo, al Hijo dilecto de la Augusta, viviendo como un simple oficial, sin tapetes ni joyas, acompañado únicamente de unos cuantos libros. Tendido en su lecho de piel de oso, repasaba unas listas de cuentas cuando entraron los Alesi. Eran cinco y los encabezaba un joven de aspecto serio y abstraído y una muchacha de unos veinte años con un velo sobre el rostro. Los tres restantes eran el médico de la familia, un administrador de la casa en Bari y un tío, higoumeno del Stoudion. Rindieron al Estratega los homenajes debidos a su jerarquía y éste los invitó a tomar asiento. Leyó la lista de los visitantes en voz alta y cada uno de ellos contestó con la fórmula de costumbre: «Griego por la gracia del Cristo y su sangre redentora, siervo de nuestra divina Augusta». La muchacha fue la última en responder y para hacerlo se quitó el velo de la cara. No reparó en ella Alar en el primer momento, y sólo le llamó la atención la reposada seriedad de su voz que no correspondía con su edad.

Les hizo algunas preguntas de cortesía, averiguó por el viaje y al higoumeno le

habló largo rato sobre su amigo Andrés a quien aquél conocía superficialmente. A las preguntas que Alar hiciera a la muchacha, ella contestó con detalles que indicaban una clara inteligencia y un agudo sentido crítico. El Estratega se fue interesando en la charla y la audiencia se prolongó por varias horas. Siguiendo alguna observación del hermano sobre el esplendor de la corte del Emir, la muchacha preguntó al Estratega: «Si has renunciado al lujo que impone tu cargo, debemos pensar que eres hombre de profunda religiosidad, pues llevas una vida al parecer monacal». Alar se la quedó mirando y las palabras de la pregunta se le escapaban a medida que le dominaba el asombro ante cierta secreta armonía, de sabor muy antiguo, que se descubría en los rasgos de la joven. Algo que estaba también en la máscara cretense, mezclado con cierta impresión de salud ultraterrena que da esa permanencia, a través de los siglos, de la interrelación de ojos y boca, nariz y frente y la plenitud de formas propias de ciertos pueblos del Levante. Una sonrisa de la muchacha le trajo de nuevo al presente y contestó: «Conviene más a mi carácter que a mis convicciones religiosas este género de vida. Por mi parte, lamento no poder ofrecerles mejor alojamiento».

Y así fue como Alar conoció a Ana Alesi, a la que llamó después La Cretense y a quien amó hasta su último día y guardó a su lado durante los postreros años de su gobierno en Lycandos. El Estratega halló razones para ir demorando el viaje de los Alesi y, después, pretextando la inseguridad de las costas, dejó a Ana consigo y envió a los demás por tierra, viaje que hubiera resultado en extremo penoso para la joven.

Ana aceptó gustosa la medida, pues ya sentía hacia el Ilirio el amor y la profunda lealtad que le guardara toda la vida. Al llegar a Bizancio, el joven Alesi se quejó ante la Emperatriz por la conducta de Alar. Irene intervino a través de Andrónico para amonestar al Estratega y exigirle el regreso inmediato de Ana. Alar contestó a su hermano en una carta, que también figura en los archivos del Concilio y que nos da muchas luces sobre su historia y sobre las razones que lo unieron a Ana. Dice así:

«En relación con Ana deseo explicarte lo sucedido para que, tal como te lo cuento, se lo hagas saber a la Augusta. Tengo demasiada devoción y lealtad por ella para que, en medio de tanto conspirador y tanto traidor que la rodea, me distinga, precisamente a mí, con su injusto enojo.

»Ana es, hoy, todo lo que me ata al mundo. Si no fuera por ella, hace mucho tiempo que hubiera dejado mis huesos en cualquier emboscada nocturna. Tú lo sabes mejor que nadie y como nadie entiendes mis razones. Al principio, cuando apenas la conocía, en verdad pretexté ciertos motivos de seguridad para guardarla a mi lado. Después, se fue uniendo cada vez más a mi vida y hoy el mundo se sostiene para mí a través de su piel, de su aroma, de sus palabras, de su amable compañía en el lecho y de la forma como comprende, con clarividencia hermosísima, las verdades, las certezas que he ido conquistando en mi retiro del mundo y de sus sórdidas argucias cortesanas. Con ella he llegado a apresar, al fin, una verdad suficiente para vivir cada día. La verdad de su tibio cuerpo, la verdad de su voz velada y fiel, la verdad de sus grandes ojos asombrados y leales. Como esto es muy parecido al razonamiento de un

adolescente enamorado, es probable que en la Corte no lo entiendan. Pero yo sé que la Augusta sabrá cuál es el particular sentido de mi conducta. Ella me conoce hace muchos años y en el fondo de su alma cristiana de hoy reposa, escondida, la aguda ateniense que fuera mi leal amiga y protectora.

»Como sé cuán deleznable y débil es todo intento humano de prolongar, contra todos y contra todo, una relación como la que me une a Ana, si la Despoina insiste en ordenar su regreso a Constantinopla no moveré un dedo para impedirlo. Pero allí habrá terminado para mí todo interés en seguir sirviendo a quien tan torpemente me lastima».

Andrónico comunicó a Irene la respuesta de su hermano. La Emperatriz se conmovió con las palabras del Hirió y prometió olvidar el asunto. En efecto, dos años permaneció Ana al lado de Alar, recorriendo con él todos los puestos y ciudades de la frontera y descansando, en el estío, en un escondido puerto de la costa en donde un amigo veneciano había obsequiado al Estratega una pequeña casa de recreo. Pero los Alesi no se daban por vencidos y con ocasión de un empréstito que negociaba Irene con algunos comerciantes genoveses, la casa respaldó la deuda con su firma y la Basilissa se vio obligada a intervenir en forma definitiva, si bien contra su voluntad, ordenando el regreso de Ana. La pareja recibió al mensajero de Irene y conferenciaron con él casi toda la noche. Al día siguiente, Ana la Cretense se embarcaba para Constantinopla y Alar volvía a la capital de su provincia. Quienes estaban presentes no pudieron menos de sorprenderse ante la serenidad con que se dijeron adiós. Todos conocían la profunda adhesión del Estratega a la muchacha y la forma como hacía depender de ella hasta el más mínimo acto de su vida. Sus íntimos amigos, empero, no se extrañaron de la tranquilidad del Ilirio, pues conocían muy bien su pensamiento. Sabían que un fatalismo lúcido, de raíces muy hondas, le hacía aparecer indiferente en los momentos más críticos.

Alar no volvió a mencionar el nombre de la Cretense. Guardaba consigo algunos objetos suyos y unas cartas que le escribiera cuando se ausentó para hacerse cargo del aprovisionamiento y preparación militar de la flota anclada en Malta. Conservaba también un arete que olvidó la muchacha en el lecho, la primera vez que durmieron juntos en la fortaleza de San Esteban Damasceno.

Un día citó a sus oficiales a una audiencia. El Estratega les comunicó sus propósitos en las siguientes palabras:

«Ahmid Kabil ha reunido todas sus fuerzas y prepara una incursión sin precedentes contra nuestras provincias. Pero esta vez cuenta, si no con el apoyo, sí con la vigilante imparcialidad del Emir. Si penetramos por sorpresa en Siria y alcanzamos a Kabil en sus cuarteles, donde ahora prepara sus fuerzas, la victoria estará seguramente a nuestro favor. Pero una vez terminemos con él, el Emir seguramente violará su neutralidad y se echará sobre nosotros, sabiéndonos lejos de nuestros cuarteles e imposibilitados de recibir ninguna ayuda. Ahora bien, mi plan consiste en pedir refuerzos a Bizancio y traerlos aquí en sigilo para reforzar las

ciudadelas de la frontera en donde quedarán la mitad de nuestras tropas.

»Cuando el Emir haya terminado con nosotros, sería loco pensar lo contrario, pues vamos a luchar cincuenta contra uno, se volverá sobre la frontera e irá a estrellarse con una resistencia mucho más poderosa de la que sospecha y entonces será él quien esté lejos de sus cuarteles y será copado por los nuestros.

»Habremos eliminado así dos peligrosos enemigos del Imperio con el sacrificio de algunos de nosotros. Contra el reglamento, no quiero esta vez designar los jefes y soldados que deban quedarse y los que quieran internarse conmigo. Escojan ustedes libremente y mañana, al alba, me comunican su decisión. Una cosa quiero que sepan con certeza: los que vayan conmigo para terminar con Kabil no tienen ninguna posibilidad de regresar vivos. El Emir espera cualquier descuido nuestro para atacarnos y ésta será para él una ocasión única que aprovechará sin cuartel. Los que se queden para unirse a los refuerzos que hemos pedido a nuestra Despoina formarán a la izquierda del patio de armas y los que hayan decidido acompañarme lo harán a la derecha. Es todo».

Se dice que era tal la adhesión que sus gentes tenían por Alar, que los oficiales optaron por sortear entre ellos el quedarse o partir con el Estratega, pues ninguno quería abandonarlo. A la mañana siguiente, Alar pasó revista a su ejército, arengó a los que se quedaban para defender la frontera del Imperio y sus palabras fueron recibidas con lágrimas por muchos de ellos. A quienes se le unieron para internarse en el desierto, les ordenó congregarse en un lugar de la Siria Mardaíta. Dos semanas después, se reunieron allí cerca de cuarenta mil soldados que, al mando personal del Ilirio, penetraron en las áridas montañas de Asia Menor.

La campaña de Alar está descrita con escrupuloso detalle en las «Relaciones Militares» de Alejo Comneno, documento inapreciable para conocer la vida militar de aquella época y penetrar en las causas que hicieron posible, siglos más tarde, la destrucción del Imperio por los turcos. Alar no se había equivocado. Una vez derrotado el escurridizo Ahmid Kabil, con muy pocas bajas en las filas griegas, regresó hacia su Thema a marchas forzadas. En la mitad del camino su columna fue sorprendida por una avalancha de jenízaros e infantería turca que se le pegó a los talones sin soltar la presa. Había dividido sus tropas en tres grupos que avanzaban en abanico hacia lugares diferentes del territorio bizantino, con el fin de impedir la total aniquilación del ejército que había penetrado en Siria. Los turcos cayeron en la trampa y se aferraron a la columna de la extrema izquierda comandada por el Estratega, creyendo que se trataba del grueso del ejército. Acosado día y noche por crecientes masas de musulmanes, Alar ordenó detenerse en el Oasis de Kazheb y allí hacer frente al enemigo. Formaron en cuadro, según la tradición bizantina, y comenzó el asedio por parte de los turcos. Mientras las otras dos columnas volvían intactas al Imperio e iban a unirse a los defensores de los puestos avanzados, las gentes de Alar iban siendo copadas por las flechas musulmanas. Al cuarto día de sitio, Alar resolvió intentar una salida nocturna y por la mañana atacar a los sitiadores desde la

retaguardia. Había la posibilidad de ahuyentarlos, haciéndoles creer que se trataba de refuerzos enviados de Lycandos. Reunió a los macedónicos y a dos regimientos de búlgaros y les propuso la salida. Todos aceptaron serenamente y a medianoche se escurrieron por las frescas arenas que se extendían hasta el horizonte. Sin alertar a los turcos, cruzaron sus líneas y fueron a esconderse en una hondonada en espera del alba. Por desgracia para los griegos, a la mañana siguiente todo el grueso de las tropas del Emir llegaba al lugar del combate. Al primer claror de la mañana una lluvia de flechas les anunció su fin. Una vasta marea de infantes y jenízaros se extendía por todas partes rodeando la hondonada. No tenían siquiera la posibilidad de luchar cuerpo a cuerpo con los turcos; tal era la barrera impenetrable que formaban las flechas disparadas por éstos. Los macedónicos atacaron enloquecidos y fueron aniquilados en pocos minutos por las cimitarras de los jenízaros. Unos cuantos húngaros y la guardia personal del Estratega rodearon a Alar que miraba impasible la carnicería.

La primera flecha le atravesó la espalda y le salió por el pecho a la altura de las últimas costillas. Antes de perder por completo sus fuerzas, apuntó a un mahdi que desde su caballo se divertía en matar búlgaros con su arco y le lanzó la espada pasándolo de parte a parte. Un segundo flechazo le atravesó la garganta. Comenzó a perder sangre rápidamente, y envolviéndose en su capa se dejó caer al suelo con una vaga sonrisa en el rostro. Los fanáticos búlgaros cantaban himnos religiosos y salmos de alabanza a Cristo, con esa fe ciega y ferviente de los recién convertidos. Por entre las monótonas voces de los mártires comenzó a llegarle la muerte al Estratega.

Una gozosa confirmación de sus razones le vino de repente. En verdad, con el nacimiento caemos en una trampa sin salida. Todo esfuerzo de la razón, la especiosa red de las religiones, la débil y percedera fe del hombre en potencias que le son ajenas o que él inventa, el torpe avance de la historia, las convicciones políticas, los sistemas de griegos y romanos para conducir el Estado, todo le pareció un necio juego de niños. Y ante el vacío que avanzaba hacia él a medida que su sangre se escapaba, buscó una razón para haber vivido, algo que le hiciera valedera la serena aceptación de su nada, y de pronto, como un golpe de sangre más que le subiera, el recuerdo de Ana la Cretense le fue llenando de sentido toda la historia de su vida sobre la tierra. El delicado tejido azul de las venas en sus blancos pechos, un abrirse de las pupilas con asombro y ternura, un suave ceñirse a su piel para velar su sueño, las dos respiraciones jadeando entre tantas noches, como un mar palpitando eternamente; sus manos seguras, blancas, sus dedos firmes y sus uñas en forma de almendra, su manera de escucharle, su andar, el recuerdo de cada palabra suya, se alzaron para decirle al Estratega que su vida no había sido en vano, que nada podemos pedir, a no ser la secreta armonía que nos une pasajera y con ese gran misterio de los otros seres y nos permite andar acompañados una parte del camino. La armonía perdurable de un cuerpo y, a través de ella, el solitario grito de otro ser que ha buscado comunicarse con quien ama y lo ha logrado, así sea imperfecta y

vagamente, le bastaron para entrar en la muerte con una gran dicha que se confundía con la sangre manando a borbotones. Un último flechazo lo clavó en la tierra atravesándole el corazón. Para entonces, ya era presa de esa desordenada alegría, tan esquiva, de quien se sabe dueño del ilusorio vacío de la muerte.

## Sharaya

Sharaya, el Santón de Jandripur, permanecía desde tiempos muy lejanos sentado a la orilla de la carretera, a la salida de la aldea. Allí recibía las escasas limosnas y las cada vez más raras oraciones de los aldeanos. Su cuerpo se había cubierto de una costra gris y su pelo colgaba en grasientas greñas por las que caminaban los insectos. Sus huesos, forrados por la piel, formaban ángulos oscuros e imposibles que daban a la inmóvil figura un aire pétreo y estatuario que en mucho contribuyera al olvido en que lo tenían las gentes del lugar. Sólo los viejos recordaban aún, entre la niebla de sus mocedades, la llegada del esbelto santón, entonces con cierto aire mundano y dueño de una locuacidad en materias religiosas que fue perdiendo a medida que ganaba mayores y más vastos dominios en su tarea de meditación al pie del camino.

A pesar del poco o ningún caso que le hacían ahora los habitantes de la aldea, y tal vez gracias a ello, Sharaya era un atento observador de la vida circundante y conocía como pocos, las intrincadas y mezquinas historias que se tejían y borraban en el pueblo al paso de los años.

Sus ojos adquirieron una dulce fijeza de bestia doméstica, que las gentes confundían con la mansedumbre de la imbecilidad y que los prudentes reconocían como reveladora de la luminosa y total percepción de los más hondos secretos del ser.

Tal era Sharaya, el Santón de Jandripur en el Distrito de Lahore.

La noche que antecedió a su último día fue una noche de lluvia, y el río bajó de las montañas crecido, bramando como una bestia enferma, pero de inagotable energía.

(Gruesas gotas han resbalado toda la noche sobre la piel del parasol que instalaron las mujeres cuando la gran sequía. Golpea la lluvia como un aviso, como una señal preparada en otro mundo. Nunca había sonado así sobre el tenso pellejo de antílope. Algo me dice y algo en mí ha entendido el insistente mensaje. Se ha formado un gran charco, con el agua que escurre por la blanda cúpula que cree protegerme. Muy pronto se secará porque se acerca una jornada de calor. Comienza el vaho a subir de la tierra y las serpientes a esconderse en sus nidos anegados. En lo alto, una cometa sube en torpes cabezadas. Amarilla. Un canto de mujer asciende a purificar la mañana como un lienzo de olvido. Uno sostiene el hilo, el otro me mira largamente y con sorpresa. Me descubre, entro en su infancia. Soy un hito y nazco a una nueva vida. En sus ojos miedo, miedo y compasión. No sabe si soy bestia u hombre. Con un pequeño bambú me busca el dolor y no lo encuentra. Corre hacia el otro, que lo aleja sin volver a mirarme. El Santón de Jandripur. Hace mucho tiempo. Ahora otra cosa y muchas cosas: un Santón, entre ellas. La vastedad de mis dominios se ha extendido hasta el curvo horizonte sin principio ni fin. Vuelve. Extiende su mano hasta tocarme, sin el bastoncillo que lo protegía. Lejano como una estrella o tan cerca como algo que sueño. Es igual. Lo llama su compañero. Cae la cometa, lentamente, buscando su muerte, naciendo. Los árboles la ocultan. Cae al río donde la espera un largo viaje

hasta cuando se deslía el papel. Entonces, el esqueleto irá hasta' el mar y allí bajará a las profundidades. A su alrededor reconstruirán los corales y las ostras la sólida sombra de su antigua forma y en ella dejarán los peces sus huevos y los cangrejos tapanán a sus crías con arena. Irán a morir allí las grandes mantas y sobre sus cadáveres los peces fosforescentes cavarán sus madrigueras de blanda materia en transformación. Un pequeño desorden se hará al paso de las corrientes submarinas y muchos siglos después el breve remolino surgirá a la superficie y luego todo volverá a ser como antes. Un tiempo sin cauce como un grito sin voz en el blanco vacío de la nada. Le llaman vida, presos en sus propias fronteras ilusorias. La mañana se anuncia con este camión. Dos más. Anoche pasaron varios. Soldados de las montañas. Cabecean trasnochados, sostenidos en sus fusiles. No pasa. Se atasca en el lodo de la orilla. El motor gira locamente, ruge con furia, se detiene, vuelve a gemir. Cortan ramas. Vienen otros. Tanques; siete. Lo empujan. Pasa. Gritos. Pobres gritos de rabia contra el agua, contra el barro. Ahora cantan. Cantan el desastre, cantan su sangre, sus mujeres, sus hijos, cantan sus vacas esqueléticas. La gran madre paridora. Mueren de muerte de vida de soldado obediente a la tumba. Campesinos, tejedores, herreros, actores, acólitos del templo, estudiantes, letrados, ladrones, hijos de funcionarios, hombres de las máquinas, hombres del arroz, hombres de los caminos. Se llaman igual, sus rostros son iguales, su muerte es la misma. Desde lejos viene el silencio como una gran red de otro mundo. Los insectos comienzan a despertar. Era una serpiente entre las hojas. La misma, tal vez, que pasó anoche por entre mis piernas. Agua y sangre en frías escamas articuladas. La madre de todos recorre sus dominios y de sus viejos colmillos mana la leche letal de los milenios. Los deudos venían a menudo para preguntarme la razón de su duelo, mientras el humo de la pira alzaba su sucia tienda en el cielo. Pero ya entonces hacía mucho tiempo que la palabra me fuera inútil y nada hubiera podido decirles. De todas maneras ya lo sabían, pero en otra forma, como sabe la sangre su camino, ciegamente, inútilmente. Temen a la muerte y después descansan en ella y se suman a su fecunda tarea y bajan en cenizas por el río, dejando la tufarada agria de nueva vida, alimento y abono de otros mundos. Huyó tras la maleza. Siente los pasos antes que todos. Hombres de la aldea con sus carretas. Todo se lo llevan. El gran lecho matrimonial regalo de los misioneros. Falso oro chillón y oxidado de sus copulaciones. Hyen, entonces. El alcalde con su mujer hidrópica. Miente cuando viene a orar. Los sacerdotes del pequeño templo. Ruedas irregulares que se bambolean y patinan en la usada caja del eje. Vidas incompletas, trozos apenas de la gran verdad, como la costra gris que ensucia la piscina después de las abluciones. Nata de mugre, corazón de la miseria, escala del desperdicio. Y tan seguros en su afán mismo de huir. Otra destrucción los empuja, más honda, la única y verdadera catástrofe en la oscuridad agobiadora e inquieta de su instinto. Vuelven a mirarme. Los más viejos. No sé leer sus ojos. Tampoco puedo ya decirles cómo es inútil escapar de lo que está en todas partes. Es como los que rezan para tener fe o los que labran la tierra para dar de comer a los bueyes que tiran del arado. Y toda la



impedimenta de sus astrosas pertenencias. Me dejan ofrendas. Lo que no quieren llevar, lo que les es ajeno en su huida. La viuda con sus hijos. Ojosa, flacos pechos muertos. Flores del templo. No se atreve a tirarlas ni tampoco a dejarlas frente a los ídolos que mañana serán destruidos con la misma furia que los hizo nacer. No irá muy lejos, está señalada, apartada, escogida entre todos. Andra, la que bailó desnuda toda una noche ante el Santón. Sus hijos recordarán un día: «...cuando huimos de Jandripur ella murió en el camino, la subimos a la copa de un árbol muy alto y allí descansó, visitada por los vientos y lavada por las aguas del mundo. Vigilándonos por varios días hasta cuando la perdimos de vista...». Y, sin embargo, tampoco será como ellos creen. No exactamente. Otras cosas habrá que se les ocultarán para siempre y que, sin embargo, llevan consigo. Con la muerte de su gran madre paridora de la muerte, la de los saltos de sangre, la que trueno levemente los huesos, la que lima la linfa en su lomo. Miran hacia atrás al silencio de sus hogares abandonados donde gritarán por mucho tiempo todavía sus deseos y sus miedos, sus miserias y sus exaltaciones, tratando de alcanzarlos en su camino. Soldados. Escolta huyendo con banderas de señales. Lo veo. Me ve. Letras y palabras. Me mira. Ir. No sabe. El último. Solo. Tal vez. No sé de qué estoy solo. Vuelve a mirarme, se va tras los otros. Una espada que inventa la cinta azul de su hoja con la palabra de los dioses de la guerra labrada torpemente).

Al mediodía, Sharaya alargó la mano y tomó la mitad de una naranja medio seca y comenzó a masticar un pedazo de la cáscara tenazmente perfumada. El calor de la siesta expandió el aroma de la fruta entre una danza de insectos enloquecidos y que chocaban contra la vieja piel del privilegiado. El ruido de las aguas se fue debilitando y el río tornaba a su antiguo cauce. Cuando comenzó a caer el sol, un leve sopor fue apoderándose de los anquilosados miembros del Santón e infundiéndole la beatitud inefable del que sueña descubriendo las pistas secretas de su destino.

(Aguas en desorden, saltando y salpicando la fría espuma de la corriente. Agua de las montañas que baja danzando en remolinos y se remansa en el vientre que gira lento, liso y tibio, protegido por el rotundo cáliz de las caderas. Olor de especies quemadas en la pequeña plaza y el agudo sonar de los instrumentos que narran los incidentes de la danza. Risa en la boca sin dientes de la vieja mendiga, risa de la carne recordando, comparando. Lazo implacable y una gran dulzura en el pecho pesando y doliendo y largas tardes del ir y venir de la sangre en sorpresivas mareas y la vecindad de la dicha, la pequeña dicha del hombre, hermana del terror, la breve dicha de dientes de rata comiendo y mascando. Un vasto palio de ceniza sobre la memoria de la carne. Viaje a la sede de los amos de entonces. Los tímidos pastores dueños de una porción del mundo, convertidos en puntillosos comerciantes, pacientes, tercos, soñadores, desamparados fuera de su isla. Hélices mordiendo las turbias aguas de la desembocadura. Una mancha interminable y amarillenta anticipa la gran ciudad bulliciosa de los funcionarios, donde la sabiduría asciende por escaleras simétricas maculadas por el húmedo hollín de las máquinas. Tierras de la

razón. Por la plaza, hombres y mujeres se apresuran entre la grasosa niebla del ocaso. Colores saltando, un vaso se llena de luces que desaparecen para dar lugar al trazo azul y verde, tome, tome, tome, tome. Salta la espuma del bautismo, salta en el tránsito sombrío de los inconformes y laboriosos amos. Aguas que chorrean sobre las espaldas bautizadas en la raída sombra de la selva, entre gritos de aves y chirrido de insectos. La piel del más sabio, del más viejo, arrugada bajo las tetillas colgantes, mojándose con el agua de la verdad, la que lava antiguas y nuevas concupiscencias, la que borra los títulos ganados en vastas construcciones de piedra, madres de sutiles argumentos. Mi padrino y mi maestro, segundo padre midiendo la superficie de la tierra, chacal virgen de verdad, un sapo amargo, padre de la verdad. Y, por fin, la última lucha al lado de ellos, mis hermanos. Las manifestaciones, las prisiones en las montañas, el partido y sus ramificaciones clandestinas trabajando como venas de un cuerpo que despierta. Aquí mismo, cuando todo parecía haber entrado pacíficamente en orden, hubiera podido aún ser el amo, dictar la ley bajo mi parasol, moverlos hacia lo bueno o hacia lo malo, según conviniera a su destino, predicar una doctrina y hacerlos un poco mejores. El comisionado de bigote rojizo y nuca sudorosa, argumentando a la luz de la sucia lámpara del cuartel. Su antiguo y probado camino de razonamiento por el cual transitan tan seguros pero tan lejos de sí mismos, ahogando sus mejores y más ciertos poderes: «Ninguno sabe por qué les hablas. No les interesa, como tampoco saben por qué estoy aquí, como tampoco lo sé yo. El único que tiene ya todas las respuestas eres tú, pero de nada han de servirte. Siempre se llega al mismo sitio. Tú eres el Santón. No todos pueden serlo. Ellos ponen la ira destructora y el fecundo deseo. Tú miras, indiferente hacia el negro sol de tus conquistas interiores y eres tan miserable y tan pobre como ellos, porque el camino que has recorrido es tan pequeño que no cuenta ante la larga jornada que te propones hacer movido por el engañoso orgullo que te amarra. Ponte a su lado y guíalos y ayúdame a imponer autoridad y a entregar las cosas en orden. Después, ya se las arreglarán como puedan; pero tú, que has vivido y te has formado entre nosotros, sabes que nuestra razón es la única a la medida de los hombres. Lo demás es locura. Tú lo sabes». Una pálida cobra, piel de la verdad. Sueño mi vuelta al único sueño que está unido por un extremo a la divinidad que no dice su nombre, al padre y a la madre de los dioses, fugaces fantasmas esclavos del hombre. Sueño mi sueño soñando el sueño del que levanta el pie en la posición del elefante, del que te dice «no temas» con el arco de sus dedos, del portador del fuego, del que viaja en el lomo de la tortuga. La hora viene, vino hace muchas horas y no termina de llegar).

Sharaya se quedó dormido, y en la pesada siesta de la abandonada Jandripur comenzaron a entrar las primeras unidades del ejército invasor. Instalaron sus tiendas y ordenaron sus vehículos. Cuando el Santón despertó, la aldea comenzaba a arder y las húmedas maderas de las casas estallaban en el aire tierno del ocaso nublando el cielo con las altas columnas de humo. Eran muchos, y el roncar de los camiones y de los tanques que seguían llegando indicaba que no se trataba ya de una pequeña

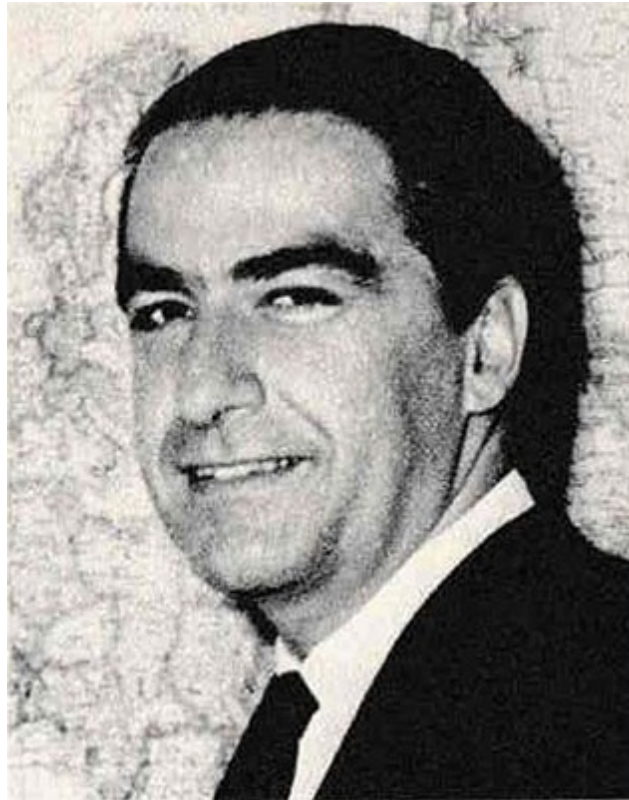
avanzada sino del grueso del ejército. Un altoparlante comenzó a dar instrucciones en el agudo y destemplado idioma de las montañas, sobre cómo debían conducirse los soldados en la comarca y sobre las precauciones que debían tomar para cuidarse de los que quedaban escondidos para organizar la resistencia. El ajetreo duró hasta muy entrada la noche, cuando un gran silencio se hizo en la aldea y sus alrededores.

(Duermen agotados después de la carrera. Piensan seriamente en la redención de los pueblos, en la igualdad, en el fin de la injusticia, en la fraternidad entre los hombres. Ellos mismos traen un nuevo caos que también mata y una nueva injusticia que también convoca la miseria. Es como el que se lava las manos en un arroyo de aguas emponzoñadas. Ahí vienen dos. Alumbran el camino con una linterna de mano. Campesinos también, jóvenes, casi niños. Una mujer con ellos. Prisionera tal vez o ramera que los sigue para comer y guardar algún dinero. La están desnudando. El viejo rito repetido sin fe y sin amor. Les tiemblan las manos y las rodillas. Vieja vergüenza sobre el mundo. Ella ríe y su piel responde y sus miembros responden a la ola que crece en el cuerpo que la oprime contra la tierra. Madre necesaria. Renacen unidos en la sede de todos los orígenes. Gimen y ríen al mismo tiempo. Un solo cuerpo de dos cabezas ebrias y acosadas en el vértigo de su propio renacer, de su larga agonía. El otro sonríe con timidez. Sonríe de su propia vergüenza y espera. Sembrar hijos en la tierra liberada. Terminaron. Ella se viste. El otro me alumbra con la linterna).

Los soldados y la mujer se quedaron absortos ante el extraño amasijo de trapos mugrientos, alimentos descompuestos y las carnes momificadas del Santón. Evitaron la mirada ardiente y fija de Sharaya, testigo del breve placer que le robaran a sus oscuras vidas precederas. Bien poco quedaba al Santón de forma humana. La mujer fue la primera en apartar su vista de la hierática figura y comenzó de nuevo a envolverse en sus ropas. Los dos soldados seguían intrigados y se acercaron un poco más. Por fin, el que había esperado, reaccionó bruscamente. «Parece un Santón — dijo —, pero no podemos dejarlo observando el paso de nuestras fuerzas. Ya nos ha visto y ha contado sin duda nuestros camiones y nuestros tanques. Además, nadie vendrá ya a consultarle y a venerarlo. Ha terminado su dominio». El otro se alzó de hombros y, sin volver a mirar, tomó a la mujer por el brazo y se alejó por la blanquecina huella del camino. Antes de alcanzarlos, el que había hablado alzó su ametralladora y apuntó indiferente hacia la ausente figura apergaminada, hacia los ausentes ojos fijos en el perpetuo desastre del tiempo y soltó el seguro del arma.

(En cada hoja que se mueve estaba previsto mi tránsito. La escena misma, de tan familiar, me es ajena por entero. Cuando el mochuelo termine su círculo en el alto cielo nocturno, ya se habrá cumplido el deseo de las pobres potencias que nos unen, a él que me mata y a mí que nazco de nuevo en el dintel del mundo que perece brevemente como la flor que se desprende o la marea salina que se escapa incontenible dejando el sabor ferruginoso de la vida en la boca que muere y corre por el piso indiferente del pobre astro muerto viajero en la nada circular del vacío que

arde imposible para siempre para siempre para siempre).



ÁLVARO MUTIS (1923-2013) nace en Bogotá (Colombia), residiendo los siguientes años de su niñez en Bruselas, donde cursó los primeros estudios. Sin embargo, hay un retorno oportuno que lo devuelve, no ya a la austera y clerical Bogotá de aquellos tiempos, sino a las llanuras cálidas y abiertas de la provincia tolimense, donde recoge para siempre los fecundos contrastes de su geografía que discurren singularmente a lo largo de su selecta producción literaria, lo mismo en la poesía que en el relato.

De Mutis, se ha dicho, que es ante todo un poeta, y uno de los mejores sin duda alguna de Hispanoamérica, pero esta circunstancia sólo ha contribuido a darle carta universal de prosista, como quiera que su aventura en estos pagados, se eleva desde el asiento mismo de la vida, atravesando las peripecias oscuras de la creación, hasta alcanzar de un solo vuelo las alturas del efecto poético.

*El Espectador*, diario de Bogotá, recoge sus primeros trabajos, que más tarde alcanzan condición editorial en un libro llamado *La Balanza*, publicado en 1947. *Los Elementos del Desastre*, su segundo título, es editado por Losada de Buenos Aires en una colección especial de poesía, en 1953. *Mito*, de Bogotá, importante órgano cultural ya desaparecido, publica en 1959, *Reseña de los Hospitales de Ultramar*. En México aparece poco después, en 1960, *Los Trabajos Perdidos*, y tal vez su más importante experiencia en el difícil terreno de la prosa, el *Diario de Lecumberri* que recoge el presente volumen, lo mismo que su última publicación *La Mansión de Araucaíma* editada en Buenos Aires, en 1973.

En Alvaro Mutis fluyen constantemente dos condiciones originales que resulta difícil

separar, pese a lo mucho que se ha insistido en colocar lo literario por fuera de todo lo humanamente personal, porque es éste uno de los hombres que debiendo haber nacido en el siglo XIV, según sus propias palabras, vive el presente de cuerpo entero, con esa voluntad épica que confiere la inteligencia a los privilegiados, cuyos contornos, bifurcaciones y meandros no son fáciles de discernir. Mutis es como todo libro transcendente, una realidad auténtica, sugestiva, ilimitada, desconcertante, y por lo mismo, un algo indivisible.

Esta imposible dicotomía, confiere a cada una de sus páginas, esa cualidad sugestiva de la sinceridad que el lector sabe agradecer, pero no a título de transferir determinados efectos de la realidad en su ilusoria apariencia, sino tocados por los vastos atributos que sitúan la palabra en su más ambiciosa transcendencia.

Como en todo escritor, es posible señalar sin ninguna ofensa las lecturas que han causado más hondas sugerencias en Mutis, rastreando tan solo su exquisita prosa: Marcel Proust y Joseph Conrad, cimas universales de la mejor literatura.

*Diario de Lecumberry* es un relato conmovedor nacido de la entraña misma del desarraigo, puertas adentro de una prisión, donde la vida, suspendida como de una compleja telaraña, oscila perpetuamente entre la muerte y la fundamental supervivencia.

*La Mansión de Araucaíma*, segunda parte de este libro, nos introduce en los laberintos más sombríos aún de la conciencia humana, cuyos destellos surgen acusados por claves, resonancias, transiciones, gestos, orquestando así los contrapuntos de una historia sin fronteras temporales, ni delimitaciones entre realidad y ficción.

Completan este volumen los cuentos *Antes de que cante el gallo*, *La muerte del estratega* y *Sharaya*.

Alvaro Mutis es rigurosamente uno de los más importantes escritores colombianos de los últimos años, pero tal vez el más universal de todos. Muere en ciudad de México en septiembre 2013.

Héctor Sánchez

# Notas

[1] Adicto a la heroína. <<



[2] Heroína falsificada. <<

[3] Homicidas. <<

[4] [Influyentes.](#) <<

[5] Delación. <<

[6] Reincidentes. <<

[7] Billetes de cincuenta pesos mexicanos. <<

[8] Golpear, torturar. <<

[9] Cabeza. <<



[10] Anciana. <<

[11] Vigilar. <<

[12] Policía. <<

[13] Tratos y negocios más o menos turbios. <<